

los más bellos
romances del mundo

México $1600
Precio Pacto $1550
(Incluye 3% de Desc.)
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75

Novelas con corazón

Estar condenada a vivir la pesadilla constante de ser telepática, era insoportable para Dana Haslow, al grado de hacerla desear la muerte, como una misericordiosa liberación.

Fue entonces cuando David Raymond apareció, y ella por fin encontró a alguien que no sólo la apreciaba, sino también la comprendía. Sin embargo, poco después descubrió que había un sufrimiento mayor: ofrecer su amor y ser rechazada.

VISIONES DEL PASADO

Amanda Carpenter



IMPRESO EN MEXICO

Visiones del pasado

Amanda Carpenter

Visiones del pasado (1989)
Título Original: Flashback (1984)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 740
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dana Haslow y David Raymond

Argumento:

Estar condenada a vivir la pesadilla constante de ser telepática, era insoportable para Dana Haslow, al grado de hacerla desear la muerte, como una misericordiosa liberación.

Fue entonces cuando David Raymond apareció, y ella por fin encontró a alguien que no sólo la apreciaba, sino también la comprendía. Sin embargo, poco después descubrió que había un sufrimiento mayor: ofrecer su amor y ser rechazada.

Capítulo 1

La fina hoja de la navaja penetró en su abdomen con un movimiento tan claro y preciso, que la hizo toser con incredulidad, sorpresa y dolor. El calor del día laceraba su piel y hacía que la camiseta se le adhiriera a la espalda. Cuando sus ojos lanzaron una muda acusación al extraño que se arrodillaba frente a ella con actitud amenazadora, él pareció tan raro como el verde y café del campo, como su propio delirio.

Con lentitud, empezó a venirse abajo hasta caer en el suelo.

Con una mano se palpó el vientre. Apretó con firmeza el puño y, con un aullido de dolor, lo introdujo en la herida para salvarse de morir desangrada. Líquido color púrpura se deslizó por sus manos y goteó en el suelo, al tiempo que un hililllo de sudor rodaba por sus sienes, mezclándose con la mugre que le cubría el rostro. Dolor, rabia y desesperación se conjuntaban. Y por increíble que pareciera, iba a vivir.

Entonces, unas manos rudas alejaron la suya para determinar la extensión del daño. Ella empezó a perderse en los límites de la conciencia, contraída de dolor. La neblina que la rodeaba comenzó a hacerse más espesa y el mundo entero se transformó en la nada.

Y la nada era parte de su sueño y no podía despertar o escapar de él. Se dejó arrastrar por una oleada de dolor.

Por fin, Dana despertó. Su pecho estaba congestionado por los sollozos; además, la cubría una capa de sudor. La sábana rodó por el delgado y trémulo cuerpo. Una ligera brisa movió la cortina de la ventana y agitó su cabello. Todavía con la náusea que le había provocado la pesadilla, la joven respiró agitada y se levantó.

La medianoche, la más negra y terrible de todas las horas, cuando las pesadillas parecen reales, y es muy difícil sacudirse la desesperación. Ahora ésta volvía a hacer presa de Dana y la hacía padecer más que la pesadilla misma, pues era real e inevitable.

Avanzó hasta el interruptor de la luz y, con dedos trémulos, lo accionó. En seguida, se quitó el pijama de un tirón y fijó la mirada en su vientre. Sus ojos de color café reflejaron esperanza y horror a la vez.

En la tensa piel no había cicatriz alguna.

Salió con movimientos de anciana, y se encaminó a la escalera que se hallaban al final del pasillo. Si pudiera deshacerse de esa

cabeza y no preocuparse por nada; si tuviera la certeza de que no estaba trastornada…

—¿Dana? —preguntó la somnolienta madre—. Cariño, ¿estás bien? —con una sensación de tedio y sin ánimo para contestar, la chica escuchó de nueva cuenta el susurro que salió de la habitación de su progenitora—. Fue otra pesadilla, ¿no es así, mi vida?

—Sí —respondió la aludida, cortante. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas—. No te preocupes, estoy bien. Sólo bajaré a leer un poco, no tengo sueño. Tú vuelve a dormirte.

El viento aulló y luego, lo único que se escuchó fue el crujir de una cama.

Segundos después, Dana volvió a escuchar la voz de su mamá.

—De acuerdo, hija. De cualquier modo, me gustaría que te viera el doctor Freedman y que tomaras algunas pastillas para dormir. Ese insomnio te va a ocasionar una crisis nerviosa si no te cuidas —las palabras de la señora se perdieron, y Dana descendió por la escalera, sabía que su progenitora no iba a agregar más.

La atmósfera de la casa era sofocante. Dana subió a ponerse un pantalón, una camiseta fresca y unos zapatos de lona. Para estar más cómoda, se sujetó el pelo en un moño.

A los pocos minutos, la joven se hallaba sentada en el quicio de la puerta de servicio, en su ansia por respirar aire fresco, algo imposible si se consideraba que el calor del exterior era tan asfixiante como el de la casa.

La noche era clara y brillante y los enormes pinos del frente susurraban, agitados por el incesante viento.

Entonces, Dana se levantó y empezó a caminar como autómata. Sus pies hallaban mecánicamente el camino, pues lo conocían bien. Empero, no importaba cuan lejos llegara, jamás podría huir de la pesadilla, pues formaba parte de sí misma.

Siempre se aferró a la idea de que, aunque un tanto extraña, era sana tanto de mente como de cuerpo. Mas ahora, después de numerosas noches en que había soñado una vida que no era la suya, empezó a convencerse de que iba a volverse loca. Estaba aterrada, pues en dichos sueños había algo nuevo, oscuro e irreal.

Cuando era niña, sus padres llegaron paulatinamente a la conclusión de que era especial. Todo empezó el día en que la pequeña se percató de que cada vez que alguien próximo a ella resultaba herido, lloraba en silencio y cubría la misma parte que la otra persona se había lastimado.

Si le preguntaban, nunca podía describir con palabras exactas qué experimentaba. Ya mayor, Dana se asombró al descubrir que la gente no percibía los mensajes que con claridad recibía ella.

Sus padres, al adquirir más conciencia de su peculiar forma de ser, y ver el nerviosismo con el que regresó después de su primer día de clases, decidieron hacer lo más conveniente para protegerla: la sacaron de la escuela, y su madre, una excelente profesora, abandonó su carrera para dedicarse a educar a Dana.

Ahora, entre el manto de la noche, la joven sonrió al pensar en el apoyo incondicional y el amor que siempre le prodigaron sus progenitores, aunque la consideraran como un fenómeno.

Siendo una adolescente, Dana había investigado y supo que era telepática. Convencida de que las emociones y los pensamientos de la gente eran incontrolables, e incapaz de transmitir los suyos, se volvió introvertida.

Mientras caminaba en medio de la penumbra, lloró en silenció. No importaba cuánto lo intentara, jamás podría apartarse de los demás. Siempre detectó sus emociones y pensamientos como un radar, lo que la motivaba a gritar de rabia y frustración ante su total falta de intimidad. Aunque apenas tenía veinte años, sentía como si hubiera vivido una eternidad.

Conservaba la sensatez, a pesar del temor de la señora Haslow de que el trastorno mental de su pequeña se debiera al hecho de haber descubierto, cuando estaba embarazada, que su esposo la engañaba con la empleada de la oficina de correos.

Un dolor agudo había sacudido a Dana tres años antes, al enterarse de que su padre había muerto después de sufrir un accidente en la fábrica en que trabajaba. Y aun ahora, con apenas recordarlo, la recorría un sudor helado. El día que los compasivos vecinos llegaron con la noticia de que Jerry Haslow había fallecido, Dana estaba ya llorando al lado de su aturdida y afligida madre.

Las peculiares y aterradoras pesadillas que ahora sufría, no tenían sentido. No pudo hallar un lazo de conexión entre éstas y el mundo que conocía, venían de uno lejano. Estaba sola en su locura.

En ese momento, el viento aulló y Dana percibió algo. No, no estaba sola. Encontró su voz y preguntó:

—¿Quién está allí?

No hubo respuesta, sólo el crujir de los pinos. El viento sopló sobre la hierba y pareció que manos invisibles la agitaran. Había alguien, una gran sombra se confundió con la de los árboles, mas no

formaba parte de éstos. Alarmada, Dana vociferó:

—Sé que está allí, es inútil que se esconda. ¿Quién es? —su voz resonó en el inmenso espacio abierto.

Una voz masculina contestó con tono hostil:

—Esta invadiendo una propiedad ajena, quienquiera que sea. Por todos los cielos, son las cuatro de la mañana, no creo que sea una hora apropiada para caminar.

La sombra se materializó, transformándose en la figura de un hombre que se acercaba.

Dana percibió su hostilidad y, confusa, dio unos pasos hacia atrás.

—Ho… hola. Usted debe de ser la persona que renta la casa de los Cessler, se… señor Raymond. Soy su vecina, Dana Haslow. Me adentré un poco en la propiedad, a la señora Cessler nunca le importó —su mente trabajaba a toda su capacidad.

Hablaba sin poner atención en las palabras, pues se preguntaba si algún día resultaría peligrosa para los demás. Si estaba trastornada, ¿sería capaz de ocultarlo, o tendría que ser internada? Se preguntó si la comida sería buena en una institución para enfermos mentales y de paso se preguntó por qué ese hombre había dejado la cama y salido de su casa a las cuatro de la mañana.

Al parecer, a él le intrigó lo mismo con respecto a Dana, pues después de una obvia vacilación, se le acercó y musitó:

—Es un poco tarde para vagar por el bosque, ¿no cree, señorita Haslow? Si sufriera un accidente, pasaría mucho tiempo antes que pudieran encontrarla.

—Conozco bien el área —contestó ella, cortante—, no habrá tal accidente.

Se escuchó el aleteo de un búho y el chillido de un ratón. Dana recuperó la seguridad. Él se mostraba más accesible, aunque con esa rara hostilidad que la intrigaba.

—Oh, pero pudo ocurrir un accidente hace unos minutos —agregó gentil y ella se atragantó, pues se le acercó más—. Como yo no la reconocí en la oscuridad, pude herirla pensando que se trataba de un ladrón que se había introducido en la propiedad.

—Olvide eso, señor Raymond —la tensión la obligaba a ser concisa, mas no le importaba—. Este lugar es tan pequeño que por las noches no cerramos la puerta de nuestras casas. Usted está tratando de ahuyentarme de aquí, ¿no es cierto? La señora Cessler me aseguró que le hablaría de mí —no le importó qué pensara el

sujeto de ella, sabía que todos en ese pueblo la consideraban rara e introvertida.

—No se ha expresado mal para ser las cuatro de la mañana. La señora no mencionó que usted tuviera el hábito de vagar por aquí ni que yo debía ser indulgente, como sin duda ella lo ha sido toda su vida.

Esa voz resultaría atractiva, pensó la joven, si no tuviera ese tono de mofa. Él avanzó, con determinación. Debía de medir un metro con ochenta y cinco centímetros, calculó Dana al verlo ante sí como si fuese un muro. La hostilidad había disminuido, pero todavía irradiaba cierta tensión nerviosa que la intimidaba.

—Dígame, señorita Haslow —continuó él—, ¿acostumbra caminar de madrugada?

En la casual pregunta, Dana adivinó un dejo de morbo.

—Padezco insomnio —replicó, lacónica—, y suelo vagar por esta zona cuando me ocurre.

—Sin importarle su seguridad.

—En todo caso, se trata de mi vida o de mi muerte, y no creo que ello sea asunto de su incumbencia. Estaré fuera de la propiedad en cuanto pase al otro lado del camino —intentó hacerlo, pero él al permanecer inmóvil, lo impidió, y ella, impaciente, se detuvo.

—Para ser las cuatro de la mañana, es también muy desatenta. Grace me advirtió que era usted reservada, mas nunca mencionó su mala educación.

—La mala educación es sólo cuestión de enfoques.

Aunque habló con calma, se convulsionó. ¿Por qué no se apartaba ese hombre del camino y la dejaba pasar? Necesitaba correr, fatigarse para desahogar la turbación que la dominaba.

—Cuando uno se comporta con corrección, generalmente espera que la otra persona lo trate del mismo modo, de acuerdo con las normas universales que la humanidad ha impuesto, aunadas a la necesidad que todos tenemos de ser aceptados en el grupo social en que nos desenvolvemos. Yo no tengo ese tipo de inclinaciones, tendencias o expectativas, por lo tanto, no me preocupa si soy grosera o no —pasó a su lado y al oír su risa, se detuvo como si hubiera sido una marioneta de la cual tiraran.

—¡Qué gran discurso! —se mofó su interlocutor—. Me pregunto si conoce el significado de todas las palabras que utilizó o si en realidad quiso decir todo eso.

Sin ánimo para replicar, Dana empezó a avanzar de nuevo por el

camino que la llevaría de regreso a su casa.

Llegó a la propiedad, entró en la sala y se dejó caer en un sillón, sollozando. El resto de la noche, lo sabía por experiencia, lo pasaría sin dormir. No compartía sus temores ni la locura que padecía.

Su madre era una excelente persona, pero ya la había ayudado mucho en los últimos años y era tiempo de que tuviera la oportunidad de hacer lo que quisiera. No porque su hija sufriera una lesión emocional iba a sacrificar su vida.

Dana abrió los ojos en medio de la penumbra. Le agradaba que su mamá fuera maestra y que volviera a trabajar. Sin su esposo y con unos años más, necesitaba intereses propios, aunque tenían suficiente dinero del seguro de vida de su padre y podían gozar de ciertas comodidades.

Denise Haslow estaba preocupada por las pesadillas de su hija, aunque nunca lo mencionaba, y Dana, intuitiva, deseaba borrar sus temores, pese a que ni siquiera era capaz de hacerlo con los propios.

Esa mañana, al ver bajar a su madre por la escalera, apenas sonrió.

—Buenos días, mamá. ¿Te preparo el desayuno?

Denise clavó la mirada en su hija, notando las sombras que le enmarcaban los ojos.

—No —repuso con gentileza—, yo lo haré hoy. ¿Qué apeteces? ¿Huevos con tocino?

—No, gracias. Creo que sólo tomaré jugo y pan tostado. Además, sólo quedan dos huevos en el refrigerador. Planeo ir a la tienda esta tarde —se puso de pie y siguió a su madre hasta la cocina—. Lamento haberte despertado anoche.

—No te preocupes, cariño. ¿De nuevo pasaste la noche en vela?

—Sí, pero no me preocupa —era una mentira, y le maravillaba que su madre no la detectara—. Las pesadillas desaparecerán, de hecho ya están disminuyendo. La de anoche fue menos clara e intensa, apenas la recuerdo —otra mentira, que al parecer tranquilizó a la señora.

Más tarde, salió rumbo a la tienda de comestibles. La distancia a que quedaba le brindaría la oportunidad de hacer ejercicio y recibir los reconfortantes rayos del sol. El viento aún soplaba, agitaba los árboles y mecía los arbustos. Dana compró algunas provisiones, suficientes para llenar el refrigerador con lo más indispensable, mas no demasiadas para poder llevarlas con facilidad. En la tienda la conocían bien porque era una clienta asidua, y la esposa del tendero

la abrumó con su charla hasta que Dana logró escabullirse.

Una vez afuera, emprendió el regreso caminando por la acera, a la cual subió con dificultad a pesar de ser fuerte y ágil. Como los rayos del sol la deslumbraron por un momento, tardó en percatarse de que estaba ante la morbosa mirada de un jovenzuelo llamado Mick, quien vivía en una casa cercana a la suya. Con atrevimiento e insolencia, la había abordado más de una vez y ahora, al ver que las manos de él le alcanzaban los brazos, la certeza de que estaba en peligro la estremeció. Tembló como si hubiera sentido un frío repentino.

—Discúlpame —musitó, tensa, tratando de desprenderse, mas las toscas manos ejercieron mayor presión en sus brazos. Estaba atrapada.

—Vaya, vaya —siseó el mocetón, al tiempo que la miraba de arriba abajo con descaro—, tenemos aquí a la reina de la presunción. ¿Qué pasa, nena, eres tan engreída que no puedes mirarme a la cara?

—Siempre has tenido muy malos modales, Mick, y veo que no has cambiado —espetó Dana y lo miró con sarcasmo a los ojos—. Discúlpame, tengo muchas cosas que hacer.

—No me digas —la increpó, burlón, mientras las manos subían hasta la altura del hombro—. ¿Es la manera de tratar a un vecino? —la presión que ejercía en la piel femenina se haría visible más tarde—. Demuéstrame cuan buena puedes ser.

—Suéltame, canalla, o arrojaré esta lata de café a tus pies —amenazó, furiosa.

Mick se contuvo, y debió notar en los ojos de la joven un indicio de que estaba a punto de perder la compostura, porque se apartó de su camino. No obstante, a su paso, la observó con la misma insolencia y sorna de antes.

Ella le lanzó una mirada desdeñosa, sin demostrar la turbación que la embargaba. Luego, sin agregar palabra, siguió su camino.

Avanzó a paso veloz, sonriendo a veces a los pequeños que jugaban por allí. Muy cerca de su casa, algo la instó a moverse y mirar a su espalda.

Un hombre, parado a cierta distancia, la observaba. Pese a la lejanía, Dana pudo notar que debía tener unos treinta años y que era de pelo castaño, largo en la parte posterior y corto hacia la frente. Al mismo tiempo descubrió que dos líneas profundas, que iban de la nariz a la boca, marcaban su rostro. Una gran hendidura

en el entrecejo, labios carnosos y ojos oscuros, fue lo último que percibió; si bien al final comprendió que más que con los ojos, lo veía con la mente.

Se trataba de su vecino, David Raymond, reflexionó. Sorprendida, se dijo que si era tan sensible a su presencia, ¿por qué no supo, la noche anterior, que se trataba de él? Aunque entonces se encontraba preocupada y distraída.

Una vez dentro de su casa, acomodó a toda prisa los víveres; y buscando soledad y descanso, subió a su habitación, donde recogió un cuaderno de dibujo y unos lápices. Trazaría algunos bosquejos; sus dedos estaban impacientes por plasmar algo en el papel.

Con un grito avisó a su madre que saldría, cuando ya se hallaba en la puerta de atrás. Luego de un instante de indecisión, optó por encaminarse al lugar que usaba para descansar. La soledad que caracterizaba a la propiedad de la señora Cessler, la ayudaría a liberar la tensión que amenazaba con ahogarla.

Avanzó a través de sombras azulosas y fragmentos de luz que se filtraban entre los enormes pinos, los cuales ocultaban la senda y cubrían el terreno en toda su extensión, lo mismo que el musgo.

Dana no fijaba su atención en el paisaje, mentalmente se remontaba al inicio de sus temores. Pensaba en esa parte de sí que la apartaba de sus congéneres.

Su respiración se hizo agitada cuando alcanzó la parte más alta del sendero, y arribó, al final de la arboleda, al claro que se extendía hasta un peñasco de granito de unos doce metros de alto.

El claro proporcionaba una excelente vista de los alrededores. Dana se sentó bajo un pino y suspirando, se apoyó en el tronco, mientras observaba el panorama.

El lugar, que marcaba el límite entre su propiedad y la de la señora Cessler, resultaba ideal para disfrutar de paz y descanso, pues era poco frecuentado.

No obstante, Dana no adquirió la anhelada tranquilidad pues estaba demasiado excitada. Sus inquietos dedos buscaron una página en blanco en su cuaderno de dibujo, hicieron lo propio con los lápices y empezaron a trazar finas líneas.

Luego de contemplar el paisaje, Dana entrecerró los ojos y dejó que su mente divagara.

Entonces escuchó unas pisadas en la vereda.

Giró abruptamente la cabeza. Su recién hallada soledad había sido quebrantada. Tensa y decidida a permanecer allí, apretó los

labios. Fijó la vista en el camino y oprimió el cuaderno y el lápiz. Al romperse éste, ella se sobresaltó.

Las pisadas se oyeron más cerca, hasta detenerse a unos metros de ella.

—Señor Raymond, buenas tardes —saludó sin levantar la vista.

Hubo una pausa en la que sólo se oyó el graznido de un ave.

—Buenas tardes —contestó el aludido—. De modo que este es su paraje predilecto.

—Sí —posó las manos en el regazo. ¿Debía levantarse e irse de allí? Presintió algo oscuro que no tenía que ver con la claridad del día, y sus piernas se pusieron rígidas, como si estuvieran a punto de emprender la carrera—. Si gusta, me marcho ahora mismo.

—Es un ofrecimiento generoso para venir de quien ha vagado por estas tierras durante años, y un radical cambio de actitud con respecto a la de anoche. No, no se moleste en levantarse. No creo tener derecho a sacarla de la propiedad y no sería un acto de buena educación.

Las manos femeninas temblaron.

—Gracias —dijo la chica, sintiendo que algo intangible flotaba en el ambiente. Presintió que, aunque la trataba con caballerosidad, ocupaba su mente en algo ajeno a ella. Sólo entonces se atrevió a mirarlo y añadió—: Disculpe mi falta de educación de anoche, estaba cansada y nerviosa.

—El insomnio transforma a la gente, lo sé. Por favor, no se disculpe, yo tampoco fui muy atento —levantó la vista como si buscara algo.

El viento despeinó su cabello y Dana, más que oír, sintió el suspiro que exhaló. Comprendió que tomaba un respiro y ella lo aprovechó para separar las manos, mientras la presión que sentía en el pecho se aligeraba. Entonces se percató de que la tensión que la ahogaba no era la suya, sino la de él.

Lo miró de soslayo y pudo notar cómo se marcaba la línea que iba de la cadera a los hombros. Se preguntó cuan fuerte sería.

David inclinó la cabeza, iluminada tenuemente por los rayos solares, y contempló a la chica por un instante. En seguida se sentó a su lado y entrelazó las manos sobre las rodillas.

Por un momento, Dana deseó huir, pero incapaz de levantarse, sólo acertó a ver una vez más el paisaje.

Él observaba la erguida cabeza.

—Mi nombre es David y el tuyo, Dana, si mal no recuerdo.

Después que la joven asintió, prosiguió con su amigable charla, si bien ella notó que sólo hablaba por distraerse. ¿Qué le preocupaba?

—¿Viniste a casa a pasar las vacaciones de verano? —preguntó él en cierto punto de la conversación.

—No —como el hombre le clavó la mirada, suavizó la contestación agregando—: No estudio.

—Ah. Entonces, ¿a qué te dedicas?

Dana hubiera querido gritarle que ese diálogo era una farsa, que cada frase que pronunciaban carecía de significado y el interés de él era fingido; no tenía derecho a interrogarla acerca de algo tan personal. Empero, no dispuesta a dejarse abatir con el recordatorio de una verdad tan amarga como la suya, alzó los hombros y contestó:

—A nada. ¿Y usted?

—Soy escritor. En general trabajo de manera independiente.

—¿Y está haciendo algo actualmente, o tomó unas vacaciones, señor Raymond?

—Llámame David, ¿quieres? Y sí, digamos que me concedí una tregua para luego volver al ajetreo cotidiano.

Era falso, reflexionó Dana, y por un segundo temió decírselo, mas se detuvo al comprender que no tendría objeto discutir con un extraño. Entonces, se puso de pie, con lo que provocó que su cuaderno de dibujo cayera al suelo tapizado de musgo.

Quiso inclinarse a recogerlo, pero David se adelantó y al tiempo que ella musitaba un "gracias", él se lo colocó en las manos, sin dejar de ver el bosquejo.

La agitación que el inconcluso dibujo de la chica causó en el hombre, fue similar a la de un estanque donde se ha arrojado una piedra. Dana notó cómo palidecía y con qué fuerza oprimía el papel.

—¿En dónde viste esto?

La feroz pregunta amedrentó a Dana.

—Son unos cuantos garabatos —musitó, trémula. ¿Qué pasaba con él? ¿Qué lo había alterado?

—No es éste paisaje —puso el dibujo frente al rostro femenino.

Dana gimió. El paisaje, insólitamente detallado, era algo que nunca había visto.

—¿En dónde lo viste? —insistió David.

—En ningún lado, fue mi imaginación la que lo creó —

retrocedió, atemorizada, y el claro, para ella, de repente perdió tonalidad.

—Tú no lo hiciste. ¿Cuántos años tienes? —avanzó hacia ella.

—Veinte.

—Eres demasiado joven para haber estado allí.

¿Allí? ¿En dónde?, se preguntó Dana.

—¿En dónde has visto esto?

—En ningún lado, lo juro. Puede quedarse con el dibujo, sólo hacía unos trazos, créame —pálida, observó la pupila dilatada de aquellos ojos oscuros y la dureza de su expresión. Comprendiendo cuan peligroso podía resultar, se apartó a pasos grandes e irregulares.

Él la alcanzó y sin compasión la asió del brazo. Ella no lo resintió, pues tenía la certeza de que el paisaje no estaba en su mente, sino en la de ese hombre.

Con la mano que tenía libre, Dana se cubrió los labios y exclamó:

—¡Oh, Dios!

Tras notar la mirada acusadora de él, logró zafarse y huir.

Capítulo 2

El avión aterrizó con un golpe violento, para luego patinar sobre la pista. Los pasajeros gritaron, tomaron sus pertenencias y saltaron antes que la enorme coraza estallara en pedazos. Corrieron a buscar refugio en el edificio rectangular que parecía haber sido construido a la buena de Dios. Dana, después de recoger su bolsa de lona, corrió con los demás. El calor era lo que más la molestaba, después de dejar la relativa frescura del avión. Ahora caía sobre su rostro como una lengua de fuego y la hacía jadear, igual que un pez fuera del agua.

Las extrañas tonalidades verde y café de la vegetación circundante, contrastaban con la construcción. Ella entró con los demás, y unos hombres vestidos con unos overoles de color aceituna simularon alinearse, mientras un oficial avanzaba y se detenía frente a ellos.

Durante varias horas el hombre parloteó sin cesar. La cabeza de Dana empezó a sufrir los estragos del calor y la delirante situación. Estaba cansada y la perorata del hombre continuaba, inclemente. De súbito, todo cambió; el extraño, parado ahora frente a ella, le dirigió una mirada amedrentadora; no obstante, Dana lo miró a los ojos.

De pronto, él preguntó:

—¿Cree usted en el infierno, teniente?

—No, señor —su voz sonó tan profunda y cavernosa que en ese momento Dana supo que el sueño no era suyo, sino de otra persona. Al mismo tiempo descubrió que estaba imposibilitada para salir de él, hasta que, quien estuviera soñándolo, terminara de hacerlo.

El oficial que tenía frente a ella, o él, se tornó lascivo, diabólico; su rostro se transformó en una máscara horripilante.

—Ya lo harás, jovencito, créeme, lo harás. Dentro de un año desearás estar fuera de este lugar, o muerto. Porque, ¿sabes qué lugar es éste, pequeño? Es el infierno.

La palabra resonó extrañamente en la cabeza de Dana, hasta que ésta pensó que gritaría. "Este es el infierno, el infierno, el infierno…"

Se arrebujó entre las sábanas, tensa y sudorosa, llorando y gimiendo. En seguida, se arrodilló un momento sobre la cama, trémula por la emoción y el cansancio. Luego, se arrastró lenta y dolorosamente fuera del lecho, no sin antes mirar su reloj. Eran las tres y media, sólo había dormido cinco horas, pero sabía que no lo

haría más esa noche.

Fatigada, se encaminó al baño. Abrió la llave del agua fría y el impacto del rocío helado la despertó. Cuando salió, sollozando, sus dedos amoratados eligieron con torpeza el pantalón y la blusa que se iba a poner. Entonces tomó la secadora de pelo y secó la larga y espesa cabellera de color claro.

El pantalón no se ceñía a su talle y ella hizo una mueca de rabia. Comúnmente delgada, ahora, con la falta de apetito, la esbeltez se agudizó, sus brazos semejaban palillos y el hueso de los codos se hacía prominente. Sus caderas también resaltaban. Se examinó en el espejo y pensó, irritada, que parecía un maniquí en el que el único indicio de vida era el destello febril de sus ojos castaños. La pérdida de peso también había afectado su rostro, donde los pómulos se marcaban y el cuello parecía endeble para sostener el peso de la cabeza. Por otro lado, estaba por perder la belleza de sus labios y el valioso atributo del brillo de sus ojos, únicos rasgos positivos que le quedaban, porque fuera de ellos, parecía un gato en tiempos de hambruna.

Trataría de desayunar, decidió después del examen crítico que se hizo frente al espejo.

Más tarde, al estar frente a la mesa de la cocina y ver con desgana los alimentos, comprendió que no podía obligar a su sublevado estómago a que los recibiera. De modo que los comestibles, una vez más, fueron retirados.

Esa mañana decidió visitar a la señora Cessler, la anciana que era su vecina desde hacía años y a quien le pertenecían el terreno y la casa que David Raymond rentaba. La octogenaria mujer vivía en un perenne estado de melancolía, recordando a su esposo y los días felices de su pasado. Dana, quien la consideraba comprensiva, amable y siempre dispuesta a recibir a un callado, mejor dicho hermético visitante, hizo amistad con ella. Por el momento la anciana no podía vivir sola en su casa, a causa de un accidente en el que se había fracturado la cadera, y por el que había tenido que alquilar la propiedad a David Raymond, mientras ella se iba a vivir con su hermana, hasta que sus frágiles huesos soldaran. Dana había visitado muchas veces a la señora, y nunca dilucidaron cómo la joven se enteró de que la viejita se había accidentado y cómo fue que ella la encontró doblada de dolor al pie de la escalera. En sus primeras visitas, Dana temió que la señora Cessler le formulara preguntas embarazosas, pero no lo hizo y la joven poco a poco

adquirió tranquilidad.

Después de informar a su madre adonde iba, Dana salió de la casa y se dirigió a la cochera, que era una construcción independiente. Subió al auto, dio marcha atrás y lo sacó con destreza.

La señora Cessler y su hermana vivían al otro lado del pueblo, y Dana se obligó a conducir con precaución. Después de dos semanas de dormir poco, estaba más que expuesta a sufrir un accidente.

Al cabo de un rato, llegó hasta la pequeña casa rodeada de arbustos, cortados con delicadeza, y dos robles. Estacionó el coche en la calle, frente a otro que estaba allí, y en seguida fue a llamar a la puerta.

Las pisadas que escuchó en el interior eran más firmes de lo que esperaba, y cuando la puerta se abrió, se encontró cara a cara con David Raymond quien, impávido, la miró.

Como autómata, Dana dio un paso atrás y él musitó algo incomprensible, mientras abría más la puerta y gritaba sobre el hombro:

—Es Dana Haslow, Grace.

—Pasa, Dana —contestó la anciana y la chica no tuvo más opción que obedecer.

Entró guiada por el silencioso e inconmovible hombre a quien dirigió una mirada llena de cautela. Una vez en la sala aparentó tanta calma como le fue posible. En ese momento vio a la señora Cessler en el sillón donde, en silencio, solía pasar los días. Con menos pelo, más canoso y el rostro marchito, por la anciana parecían haber pasado años y no semanas desde que sufrió el accidente.

Después de depositar un beso cariñoso en su mejilla, Dana ocupó el sillón contiguo. Evitó mirar a David, consciente de que le resultaba antipática.

—¡Dana, querida! —exclamó entusiasta la señora, mientras se reclinaba en su asiento y sonreía—. Siempre es grato verte. Pero no tienes buen aspecto, niña. ¡Has perdido mucho peso! Según veo, tú y David tienen mucho en común. ¿Conoces a David?

—Sí, nos conocemos —murmuró Dana sin comprender del todo lo que la anciana quiso decir, y se inclinó para evitar la mirada de él y poder seguir el hilo de la conversación—. ¿Y usted cómo está? Cada vez que vengo la veo mejor.

—Tonterías —masculló la mujer mayor haciendo una mueca de

dolor que estremeció a Dana.

Esta dirigió la vista hacia David y se preguntó qué pensaría de ella. Sabía que no le inspiraba confianza, aunque desconocía la causa; a menos que tuviera que ver con el dibujo que ella hizo y que él reconoció de inmediato. ¿Por qué reaccionó de una manera tan violenta?

—Es una gran tranquilidad que David se haga cargo de la casa, y no un extraño —la señora Cessler interrumpió los pensamientos de la chica—. Sé que la cuidará bien —sonrió cariñosa al hombre.

—Me preguntaba cómo se las había arreglado para rentar la propiedad casi en seguida del accidente —comentó Dana—. ¿Acaso son parientes?

David sólo asintió, sin dejar de mirar a la joven.

—Sí, querida. David es nieto de un primo —explicó la señora Cessler—. No creo que conozcas esa línea de mi familia.

Después de conversar durante algunos minutos, Dana estudió las posibilidades de despedirse, pero la mujer mayor la invitó a que se quedara un rato más y preparara un poco de café. Tras poner algunas objeciones, consciente de la presencia de David, Dana al fin accedió, convencida de que la anciana no la dejaría partir. Con el corazón palpitándole a un ritmo acelerado, entró en la cocina a preparar la bebida.

Cuando salía con una bandeja en la que llevaba el humeante líquido, un ruido en la habitación contigua la hizo saltar. Era David, desde luego, quien iba a su encuentro y la miraba con fijeza. Ella no se sorprendió; aun sin oír sus pisadas, habría percibido su presencia. Sin hablar, se volvió y, con mano temblorosa, reacomodó las tazas en la bandeja. El ambiente se sentía cargado de las preguntas que él quería hacerle y de la hostilidad que le mostraba.

—Vine a ver si podía ayudarte a llevar algo. Pareces no tener fuerza para llevar semejante peso —en dos zancadas estuvo a su lado.

Dana le entregó la bandeja de inmediato y aprovechó la ocasión para poner distancia entre los dos. ¿Por qué la ponía nerviosa? ¿Por qué era tan sensible a ese hombre?

—Soy más fuerte de lo que parezco —objetó enarcando el entrecejo.

—Según veo, tu fortaleza no basta para que lleves la cabeza erguida. Grace tiene razón, estás muy delgada —llevando la bandeja, entró en la sala.

A su espalda, Dana lo siguió, de pronto divertida por sus observaciones.

Ya en la sala, ella sirvió café en sendas tazas, entregó la primera a la señora y la segunda a David, de quien se apartó al momento, no sin percibir la irritación de él. Ella tomó una taza para sí, fue a ocupar su sillón y bebió el café a sorbos pequeños, como una excusa para no hablar. La visita pronto se convirtió para ella en un tormento. Nerviosa, sintiendo el dolor de la señora Cessler en carne propia, estaba al borde del colapso, como si algo en su cabeza estuviera a punto de estallar. De pronto, se percató de que aquella molestia no provenía de ella, sino de él. Era David quien en su esfuerzo por dominarse, transmitía a Dana su tensión, y ella no podía liberarse, estaba tan atrapada como él.

Consternada ante la revelación que se le presentaba, Dana se ensimismó en sus pensamientos, sin que los otros sospecharan algo malo en que ella se mantuviera atendiendo sólo a medias la conversación.

—¿Y no hiciste algo más en los últimos seis años? —preguntó la anciana a David. Dana escuchó el final de la pregunta y notó que el interpelado se miraba las manos, sentado de manera perezosa—. Creo que tu abuela mencionó que trabajabas como editor en un diario. ¿Es cierto?

Con sólo una parte de su mente ocupada en la charla, Dana no pretendía hablar, mas se sorprendió al hacer una observación:

—Eso fue hace cinco años, no seis.

Aun cuando las palabras ya habían salido, trató de detenerlas.

Siguió un pesado silencio.

La señora Cessler y David la miraron con fijeza. Dana se llevó una mano a los labios, molesta consigo por lo que acababa de hacer. Si usualmente podía controlar sus pensamientos y no expresarlos, ¿por qué en esta ocasión no lo logró? Percibió la irritación de él.

La expresión de David se tornó gélida, sarcástica, y no trató de disimularla.

—Puesto que la señorita Haslow sabe mucho acerca de mí, ¿por qué no dejas que ella conteste todas tus preguntas, Grace? Obviamente tiene una buena fuente de información.

Dana entrelazó las manos sobre su regazo.

—No sé qué me pasó. Lo… lo siento, yo… —se disculpó, desesperada.

La furia de David no disminuyó y, de nuevo con sarcasmo, la

increpó:

—¿No sabes qué te mueve a hablar en tono de chismorreo, o qué te hace ponerte en evidencia? Tienes que revelarme quién es tu informante. Debe de ser eficaz para ofrecer semejantes detalles… quizá me enseñe algunos trucos para efectuar mi labor periodística.

Dana palideció y los ojos se le dilataron; se percató de que la señora Cessler le sonreía de manera tan compasiva, que dos grandes lágrimas escaparon hacia sus mejillas. Abruptamente, se levantó, colocó sin cuidado la taza y la azucarera en la bandeja y musitó a la anciana:

—Vendré pronto a verla de nuevo —sin mirar al iracundo sujeto sentado a escasos centímetros de ella, se dirigió a la puerta del frente.

De inmediato él se levantó y le dio alcance cuando ella apenas abría la puerta y a ciegas se encaminaba hacia su auto. No lo lograría. David era muy rápido.

—¡David! ¡Déjala ir! —gritó la señora Cessler, quien con más firmeza agregó—: Tengo que hablar contigo. Vuelve de inmediato.

Él se detuvo con una mano sobre el picaporte mientras veía cómo Dana subía a su auto y se alejaba. Aún iracundo, aspiró, en un esfuerzo por calmarse, pues estaba a punto de perder el dominio sobre sí.

Cuando regresó a la sala, unos segundos después, su expresión había vuelto a la normalidad. Se sentó y miró a la anciana.

Grace Cessler tiró del fleco de la manta que le cubría las piernas y empezó a hablar con extraña indecisión.

—Quiero confiarte algo, David, algo que por tu bien y el de Dana no debes contar a nadie. ¿Me lo prometes, hijo?

Perplejo y con el ceño fruncido, él asintió y se arrellanó en su asiento. La anciana carraspeó, como si recapacitara en lo que tenía que decir.

—Recuerdo cuando los Haslow se mudaron a la casa contigua a la mía —empezó—. Formaban una hermosa familia; eran cálidos, caritativos y alegres. Y recuerdo a Dana, una chiquilla de trenzas, ojos preciosos y muy callada. Cuando, ese otoño, la niña no fue a la escuela con el resto de los pequeños del vecindario, supuse que aún no tenía edad para hacerlo. No obstante, el siguiente año tampoco asistió y entonces me di cuenta de que ésa no era la razón. Tenme paciencia —suplicó, aunque David la escuchaba atento—. Necesito llegar al meollo y quiero hacerlo de la mejor manera posible.

—Adelante, Grace —replicó él con calma y, sin que se lo pidiera, se inclinó para servir más café en la taza de la mujer, quien se lo agradeció.

—Eres un buen muchacho, siempre lo has sido. Lo que ocurre es que casi adivino cómo vas a reaccionar con lo que quiero decirte. Aunque ahora no importa, hablaré pase lo que pase. Por supuesto, esto sucedió hace varios años. A mí me intrigaba que una niña sin aparentes deficiencias mentales fuera tan retraída. Recuerdo una conversación que tuve con Denise, su madre. ¿La conoces?

—No. De hecho apenas he visto a Dana. Ella pasea por tu terreno, como me advertiste.

La señora Cessler sonrió.

—Sí, su alma no tiene sosiego. Pero volvamos a nuestra conversación principal. Se me ocurrió preguntarle a Denise si su hija no tenía capacidad normal para el aprendizaje y si por ese motivo no la habían enviado a la escuela pública. Denise, aún me acuerdo de su peculiar mirada, dudó antes de contestarme que el coeficiente mental de Dana era superior al de algunos niños de su misma edad. Fue entonces que supe que Denise, profesora titulada, había abandonado su carrera para instruir en persona a su pequeña. Extraño, ¿no te parece? Mucha gente complementa la educación de sus hijos, pero abandonar una carrera para dedicarse de lleno a eso, es algo fuera de lo común.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Los Haslow no eran ricos, dicho sea de paso. Vivían bien con el sueldo de Jerry, pero habrían gozado de mayores comodidades con el ingreso de la señora. Lo más peculiar del caso, sin embargo, fue que Dana no jugaba con otros niños, sino que los evitaba; y la explicación no estaba en sus padres, pues éstos la trataban con naturalidad, sin sobreprotegerla o mimarla demasiado. El problema era inherente a Dana, y yo lo percibí.

Volvió a hacer una pausa para en seguida continuar:

—Cierto día que tomaba café en compañía de Denise, mientras la niña coloreaba un dibujo, acostada en el suelo muy cerca de mí, recuerdo que quise azúcar para mi café y la azucarera estaba fuera de mi alcance. Antes que hiciera algún movimiento para tomarla, Dana se levantó y sin decir palabra me la entregó.

Hasta entonces, David levantó la vista del tapete.

—La niña era observadora e inteligente. ¿Es eso lo que te cuesta tanto trabajo decirme?

—No. Te he contado sólo parte de la historia, David. Después que Dana me pasó la azucarera, Denise y ella se miraron una a la otra como si hubieran sido descubiertas en flagrante delito. Entonces, sin que su madre lo indicara, la pequeña recogió su cuaderno y sus lápices y abandonó la habitación.

Grace se detuvo al darse cuenta de que había trenzado el fleco de su manta. Con cuidado empezó a desanudarlo. Luego, como si cambiara de tema, continuó:

—Jerry Haslow murió hace tres años, a causa de un accidente que sufrió en la fábrica en que trabajaba. Fue terrible. Algunos de sus superiores solicitaron mi ayuda para informar a Denise. Fui a su casa, acompañada por otro vecino que aún no conoces, y llamamos a la puerta del frente durante un buen rato. Como no obtuvimos respuesta, empujamos la puerta y descubrimos que estaba abierta. Encontramos a Denise, afligida y llorosa, sentada en un sofá al lado de Dana, quien tenía el aspecto de haber sido arrollada por un auto. No pudo emitir palabra, pues temblaba de pies a cabeza, y nosotros no pudimos ayudarla a salir de ese estado. David, ya sabían que Jerry estaba muerto.

Grace miró a su interlocutor y notó que él a su vez la observaba con detenimiento, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos en el pelo. Después de reflexionar en el relato, apuntó incrédulo:

—Estás tratando de decirme que Dana es telepática.

La anciana dudó un poco antes de replicar:

—Eso creo. Verás, hay algo más que quiero contarte y que ni con Dana he comentado. Cuando rodé por la escalera, hace algunos meses, estaba sola en la casa y por su ubicación era poco probable que alguien me viera desde afuera. No recuerdo cuánto tiempo estuve doblada por el dolor, al pie de la escalera, pero no pudieron ser más de cinco minutos, cuando escuché que rompían el cristal de la puerta trasera. Segundos después, dando traspiés, entró Dana. Cojeaba y se oprimía la cadera.

El recuerdo hizo que Grace sonriera débilmente.

—En ese momento no pude atar cabos, David —prosiguió—, pero desde el accidente he tenido tiempo de sobra para pensar. Dana cojeaba del pie izquierdo, y era ese el lado de la cadera que yo me había fracturado.

El silencio volvió a llenar la habitación. David miró de sus manos al tapete, en tanto la anciana aguardaba. Al fin él habló, observándola:

—Tengo que creer en tu historia porque hay puntos que se pueden corroborar con otras personas. Uno siempre oye hablar de estos fenómenos psíquicos, pero es fácil ponerlos en duda si no se tiene una experiencia de primera mano. ¿Tienes idea de cómo controla ella esa… sensibilidad?

—No. Nunca lo menciona. ¿Puedes culparla? ¿Imaginas la reacción de algunas personas? ¿El riesgo al ridículo? Ni siquiera a ti debía confiarte esto, mas no quiero que reproches a Dana que "sepa algo de ti", algo que por lógica no debería saber. Por otra parte, creo que lo tomas con mucha calma, por escucharlo de una vieja enferma.

Él le estrechó las manos y movió negativamente la cabeza.

—No digas eso o nunca volveré a visitarte. Aunque debo reconocer que me intriga el que ella conociera aspectos a los cuales no tuviera acceso o no hubiera vivido —su voz se apagó. Pálido y con los ojos dilatados, musitó—: ¡Oh, Dios!

Grace se le acercó, alarmada.

—¿Qué ocurre, David?

En un esfuerzo por dominar lo que lo atormentaba, él sonrió a la anciana. Entonces se percató, por la expresión de cansancio de ésta, de que su visita se había prolongado demasiado.

—Nada —contestó—. Fue un pensamiento pasajero.

Cuando conducía hacia su casa, Dana, furiosa, notó que las manos le temblaban, que de hecho, toda ella se convulsionaba. Pensó en cómo David la había intimidado, aun antes que ella se inmiscuyera en una conversación ajena y provocara, desde su punto de vista, una justificada ira. Y todo por el bosquejo que hizo de un lugar desconocido. ¿Qué había pintado, por cierto? Trazó el mismo paisaje bizarro de sus pesadillas. No tenía idea de haberlo visto en otro lado, y era de un significado vital para David Raymond.

En este tenor continuó su camino. Al fin llegó a su destino y estacionó el auto.

Si el dibujo había salido de la mente de él, las pesadillas también. Estas empezaron a cobrar sentido, aun para ella. Estaban relacionadas entre sí de tal forma, que sospechó que no eran producto de la imaginación, sino de la memoria.

No de su imaginación en todo caso. No estaba perdiendo la razón, al menos no todavía. Sólo soñaba los sueños de David

Raymond. El pensar en ello la estremeció.

—¡Oh, Dios! —exclamó antes de bajar del coche.

Temblorosa y blasfemando cerró la puerta del auto. ¿Por qué había perdido el control ahora? Reconocer que estaba ligada mentalmente a otra persona la atormentaba, aunque estaba acostumbrada a su tragedia. ¿A qué se debía esa confusión de emociones? ¿Por qué la rabia y el temor la hacían temblar de ese modo?

Después de entrar en la casa y cerrar la puerta, Dana movió la cabeza hacia atrás y suspiró aliviada. En seguida se limpió un hilillo de sudor que corría por su frente. Como sudaba profusamente, se preguntó si estaría al borde del colapso y si, después de todo, estaba equivocada y poco a poco perdía la cordura.

Giró la cabeza y vio a su madre, quien entraba en la sala. El rostro de la joven debió reflejar su trastorno, pues Denise exclamó:

—¡Dana! ¿Estás bien? ¡Tu aspecto es terrible!

—Estoy muy bien —contestó la aludida pasando su lengua por los labios. Luego dio medía vuelta y se encaminó a la cocina.

Necesitaba tomar algo. Fue hasta el fregadero, abrió el grifo del agua fría y llenó un vaso hasta el borde. Bebió el líquido a sorbos y después repitió la operación. Hacía tanto calor que tenía la garganta seca. Cuando se volvió, se encontró con la mirada de su madre, quien la había seguido.

Denise examinó a su hija unos segundos y al fin preguntó:

—¿Desde cuándo no ingieres un alimento decente? ¿Ya comiste? Mírate, cada día estás más delgada.

La chica se frotó las sudorosas manos.

—No me molestes —masculló—. Estoy bien. ¿Sería mucho pedirte que me dejaras sola?

El rostro de Denise mostró sorpresa e ira.

—No creo que haya motivo para que seas grosera, jovencita, aun si supones que hubo provocación de mi parte. No quiero que vuelvas a hablarme en ese tono, ¿me oíste? Ahora siéntate, te prepararé algo para comer.

—¿No oíste lo que dije? —protestó Dana—. Te he pedido que me dejes sola, por piedad. No quiero comer. Estoy bien, grábate eso, ¿quieres? —se volvió, cansada, con la sensación de no haber dormido en años.

A pesar de sus propias emociones, percibió en su madre ira, perplejidad y preocupación.

—¡Dana, siéntate! —exclamó la señora y pasado un momento, agregó—: Me das la impresión de que vas a desmayarte. Llamaré al médico y le pediré una cita. Tu aspecto es deplorable.

—¿Por qué no puedo hacerte entender? —gritó Dana y se llevó las manos a las orejas, como si una campana repiqueteara en ellos —. Nunca me escuchas. ¡Te pedí que me dejaras sola!

Denise quedó como petrificada y Dana aprovechó la ocasión para salir de la cocina y subir por la escalera. Una vez en su habitación, y después de mirar la puerta cerrada, se desplomó en la cama, dejando escapar toda su tortura en lastimeros y prolongados sollozos. Entonces, las imágenes de sus pesadillas, visualizadas en la mente, la atormentaron de nuevo. En medio de la oscuridad buscó un rayo de esperanza, pero éste no apareció. Al poco rato se quedó dormida.

Capítulo 3

Nada de importancia le ocurrió a Dana durante los siguientes días. El fin de semana llegó y se fue, el tiempo se tornó lluvioso y empezaron a soplar fuertes vientos. La tarde del domingo el clima volvió a ser benévolo, en tanto que Dana y su madre se eludían mutuamente, cohibidas a causa de su altercado. Por suerte, la joven no tuvo una pesadilla que importunara su descanso nocturno.

Mentalmente volvió a descansar, comió un poco y fue capaz de presentar un aspecto más o menos normal a la vista de los demás.

A pesar de la normalidad con que transcurrieron los días, y la paz de éstos, Dana continuó tensa, nerviosa, atenta a cualquier sonido repentino o desmedido. Pronto empezó a despertar a media noche, miraba alrededor y se asomaba por la ventana para convencerse de que todo continuaba en calma. No estaba segura de qué buscaba, sólo era consciente de su preocupación y temor. Era un miedo perenne, como si esperara morir en cualquier momento, que el mundo entero se convirtiera en su enemigo, o que alguien llegara por la espalda para clavarle una daga. Al pensar en esto recordó una de sus pesadillas, la fina y fría navaja que se incrustó en su vientre. A pesar de haber comprobado que no mostraba marca alguna en la piel, la sensación resultaba tan vivida y clara en su mente, que en ocasiones volvía a revisarse.

Empezó a trotar para ver si aliviaba en algo la perpetua falta de descanso, la ultra sensibilidad a los ruidos y al ambiente. Empezó con paseos moderados, para incrementar día con día la velocidad de su trote, hasta que sentía los músculos tonificados, tensos y algunas veces doloridos. Entonces regresaba a casa, jadeante y con el corazón latiendo a ritmo acelerado. Sin embargo, no podía exorcizar al demonio que la perseguía.

Todos sus sentidos se hallaban alertas. Veía y oía cosas con tal claridad, que una vez que su madre, por accidente, le rozó un brazo, todo su ser se cimbró. Vivía intensamente, concentrada en cualquier cosa que se cruzara en su camino, pues sabía que tarde o temprano rodaría por aquel abismo a cuyos bordes se aproximaba. Vivía como si no hubiera mañana, como si su muerte fuera a producirse esa noche o al día siguiente, y el constante martilleo en su cerebro, que archivaba cada sonido superfluo, semejaba el tic tac de una bomba

de tiempo.

La mañana del domingo, Dana tomó su nuevo cuaderno de dibujo y deambuló por los alrededores, dibujando algunos animales pequeños y cualquier otra cosa que captaran sus ojos. Pasó así varias horas y cuando llegó el momento de ir a almorzar, regresó a casa, satisfecha con su trabajo. Era una buena dibujante y lo sabía, aunque no se consideraba dueña de un talento especial. Era capaz de lograr buenos dibujos, y extendió todos en la mesa de la cocina para mostrárselos a su madre, quien pareció impresionada.

—Creo que debo intentar algo más ambicioso —comentó Dana, dudosa, y fue recompensada con una sonrisa de aprobación. Animada, continuó—: Mejor dicho, creo que debo reunir una colección de mis dibujos de fauna silvestre, entintarlos y quizá salpicar algunos de color. Ha de ser un trabajo pesado pues nunca he dominado la técnica, pero parece divertido, ¿no es cierto?

—Tú sabes cómo respeto tu trabajo, Dana —replicó su madre, quien caminó en dirección opuesta al mostrador, mientras recorría con la vista las diversas creaciones y daba un sorbo a su café—. Tú sabes que eres hábil, siempre has sido franca contigo misma. ¿Qué planeas hacer con los dibujos una vez que estén entintados?

—En realidad, no lo sé —respondió la chica encogiendo los hombros—. Quizá pueda exhibirlos en alguna librería o en una tienda de arte. Pienso intentarlo. Pero antes necesito terminarlos —hizo una pausa y al mirar a su madre, notó con afecto que el pelo de ésta empezaba a tornarse plateado—. ¿Crees que se vendan?

La respuesta de Denise fue inmediata y sincera.

—Sí, claro. Poseen sensibilidad y delicadeza. Considero que eres una artista prometedora.

—Gracias —sonrió animada, y Denise exhaló un suspiro de alivio. Era la primera sonrisa auténtica que notaba en su hija desde hacía tiempo.

La sonrisa se apagó, la mirada de Dana se perdió en algún punto lejano y movió la cabeza como un perro que husmea el ambiente.

—La puerta del frente —dijo concisa—. ¿Puedes abrirla, mamá? Hoy no deseo hablar con nadie.

La señora frunció el entrecejo, pero aseguró:

—Desde luego, yo me desharé de quien sea —noto la palidez de Dana y la forma en que presionaba su cuaderno de dibujo—. ¿Todo bien, cariño?—preguntó, angustiada.

—Oh, sí —respondió la joven de inmediato. De nuevo intentó

sonreír, mas sus labios sólo lograron formar la misma mueca que Denise había visto las pasadas tres semanas—. ¿Qué podía estar mal?

Después de mirar a su hija con severidad, Denise movió la cabeza de un lado a otro, y fue a recibir al visitante, quien aún no llamaba a la puerta. Dana mantuvo la cabeza inclinada hasta que su madre abandonó la cocina; entonces, suspiró. Podría salir por la puerta de atrás mientras Denise hablaba con David Raymond. Sabía que éste quería hablar con ella, mas no deseaba enfrentar lo que sin duda sería un encuentro desagradable. En ese momento su cabeza se movió con brusquedad y su mano se deslizó por los dibujos, esparciéndolos por el suelo.

—¡Oh, no! —gimió aterrada—. Viene hacia la puerta de atrás —sintió el repentino cambio de él en cuanto a ir por la puerta principal. La joven intentó recoger los dibujos y salir antes que David apareciera—. ¡Mamá! ¡Viene por la puerta de atrás! Apresúrate y… ¡Oh! —oyó el llamado a escasos pasos de donde se hallaba acuclillada. Se irguió con lentitud a sabiendas de que no podría escapar, puesto que las pequeñas cortinas de la puerta estaban corridas y él la miraba a los ojos.

Dana fue hasta la puerta y de mala gana abrió, en el momento en que su madre entraba en la cocina, proveniente del frente de la casa. La chica alzó la vista, sintiendo como si sus ojos soportaran un gran peso, y se encontró con la mirada de su vecino.

—Hola, Dana —musitó David—. Por favor, ¿puedo entrar?

Si en la joven hubiera estado, con descortesía le habría negado el acceso, sin embargo, su madre estaba allí, mirándola, y ésta no toleraba el mal trato a las visitas. Dana bajó la vista y dio un paso atrás, en tanto que, frenética, buscaba la causa de que ese individuo estuviera allí, sin duda con algún propósito siniestro. Esto la perturbó más que cualquier otra cosa; confiaba en su sexto sentido al igual que la mayoría de la gente en su vista o el oído. Era un error, supo de pronto. Algunas veces no daba resultado.

No tenía indicio alguno de qué esperar. No sabía si él estaba molesto o triste, o si su presencia correspondía a un simple interés de ser sociable. No, esto no era posible y Dana lo percibía.

Sin que ella lo supiera, su rostro perdió color y las líneas alrededor de sus ojos y de su nariz reflejaron la tensión que la abrumaba. David la estudió y luego observó a Denise a través de la habitación. La señora se había detenido en el umbral de la puerta.

—Mi nombre es David —se presentó, avanzó hacia ella y ofreció una mano bronceada. La mujer mayor la estrechó al tiempo que él continuaba—: Conocí a su hija hace algunos días, la semana pasada, ¿no es así? —miró encima de su hombro a la silenciosa chica, quien no se molestó en replicar—. Nos vimos en casa de Grace. Soy nieto del primo de ella.

—¡Ya entiendo! Bueno, es un placer conocerlo —dijo Denise, entusiasta.

Dana sintió el interés de su madre por el hombre, antes que la propia señora, y esto le divirtió sobremanera. ¡Si Denise supiera lo que le había hecho a ese caballero! Una cosa era cierta: él no abrigaba los pensamientos que su madre imaginaba. Dana sin duda le inspiraba antipatía y no podía culparlo. Para David, era una entremetida.

—¿Gusta una taza de café, o quizá té helado? —preguntó Denise al tiempo que Dana rodeaba la mesa y terminaba de reunir sus dibujos, consciente de la mirada interrogadora de su progenitora.

Siempre tenían cuidado en cuanto a quién invitaban a su casa, considerando la sensibilidad de la chica. Denise se preguntaba en silencio si todo estaba bien.

Era demasiado tarde para eso. La invitación ya había sido formulada. Dana tomó una decisión rápida: si no podía explicar su conducta hacia David, ella y su madre no tenían que discutir. Esperó la respuesta de su vecino, con la esperanza de que rechazara el ofrecimiento.

Desde luego, David no lo hizo. Con extrema cortesía dio las gracias a la mujer, aceptó el té y lo bebió con evidente placer.

—Le ruego me disculpe, tengo cosas que hacer —se disculpó Dana, concisa. Reunió sus dibujos y, evitando la mirada de su madre, se dirigió a la puerta.

No escaparía con facilidad.

—¿Puedo robarte unos minutos de tu tiempo? —le pidió David con serenidad—. Seré breve, lo prometo. Hay algo que me gustaría comentarte.

La joven se volvió y, al sostenerle la mirada, comprobó que sus ojos no eran tan negros como le habían parecido. Escéptica al tacto que él mostraba, asintió de mala gana. Había sido tan cortés al dar a entender a Denise que deseaba hablar a solas con su hija, que aquélla pronto comprendió la insinuación y salió de la cocina, no sin antes mirar a su hija.

Cuando las pisadas de la señora dejaron de oírse, la chica se acercó bruscamente a la cafetera y la puso a funcionar. En seguida sacó una taza y en cuanto el café estuvo listo, lo sirvió con rapidez, todo en medio de un desconcertante silencio. Como derramó un poco en el mostrador, se apresuró a limpiarlo con un trapo. No podía mantenerse serena mientras era observada con detenimiento.

—El martes, después que saliste, sostuve una pequeña charla con Grace —comentó David de manera repentina.

Dana dio un brinco tal, que de nuevo derramó café y éste, al caerle en la mano, la hizo emitir un gritito. Con labios temblorosos se chupó un nudillo, en el momento en que David dejaba con brusquedad su vaso y se acercaba a ella. Después de quitarle la taza y colocarla en la mesa sin derramar una gota del líquido, él lanzó al suelo el trapo, pues había caído una buena cantidad de café. Al terminar de limpiar, tomó la mano de ella y la sostuvo debajo del grifo del agua, asiéndola por la muñeca. Cálida y bastante más gruesa, la mano masculina constituía un marcado contraste con la de Dana.

Temblorosa, mantuvo la cabeza inclinada, dándole la espalda a David. Supo que él se percataba de que no era un temblor causado por simple nerviosismo, sino producto de un trastorno emocional más serio. Aún le sostenía la mano con fuerza y luego la soltó para rodearle los hombros mientras musitaba:

—Oh, no, no tiembles, por favor.

Como su mano estaba casi entumecida por el agua fría, Dana cerró el grifo y se la frotó. David la condujo a la mesa, movió una silla para que la joven se sentara y luego se colocó a su lado. Ella tomó su taza de café y la observó con fijeza, tratando en vano de conservar la compostura. Temblaba como una hoja en medio de un vendaval.

Era extraño que no pudiera entrever ahora las causas de la antipatía que al parecer él le profesaba. Y, cuando iba a averiguar su estado de ánimo, David le preguntó:

—¿Qué pasa, Dana?

—Nada. Me quemé la mano —replicó inexpresiva y sin mirarlo. Era muy vulnerable a cualquier herida que él pudiera infligirle, aunque no fuera premeditada.

Tan agobiada estaba por la incertidumbre, que no se percató de que iba a iniciar una conversación importante con un extraño.

—Algo sucede —repitió él, aún gentil—. Pero no insistiré. ¿Estás

bien?

Dana asintió con un movimiento de la cabeza, y se preguntó por qué él se preocupaba por ella.

—Quise darte tiempo, por eso dejé pasar unos días antes de venir —prosiguió David—. Deseaba hacerte unas preguntas. Grace me contó ciertas cosas el martes —se detuvo para escoger las palabras y Dana notó el control que ejercía en sus emociones. Sin embargo, sintió una especie de latigazo, y retrocedió.

El hombre guardaba una cantidad increíble de fuerza emocional que amenazaba con estallar. Era la bomba de tiempo que Dana sentía repiquetear en su cerebro, y estaba a punto de explotar.

—¿Qué le ocurre? —inquirió ella en un susurro, y se cubrió los labios con una mano al comprobar que otra vez hablaba, sin querer, ante él. En forma abrupta, corrió su silla hacia atrás, y de no haber sido porque David la sostuvo con presteza, habría caído. Él la retornó a su sitio en tanto que ella musitaba—: Discúlpeme, no me siento bien… —sí David no la hubiera detenido, habría huido.

De pronto, estuvo delante de ella y la asió por los hombros.

—Estás bien, sólo perturbada. ¿Por qué, Dana? —la pregunta contenía tal nota de ansiedad, que ella lo miró sorprendida—. ¿Qué sientes? ¿En qué piensas?

Estupefacta, Dana abrió los ojos desmesuradamente, sin dejar de verlo. La frase "él lo sabe ya" atravesó su cerebro, seguida por una pregunta: "¿Cómo?"

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirió en un esfuerzo vano por disimular—. ¿Quién soy yo para ti? ¿Por qué demonios te importa lo que siento?

Él suspiró y Dana tuvo un instante para maravillarse ante la nueva experiencia de sentir tan cerca un cuerpo masculino, cálido y diferente a1 de su padre cuando la abrazaba o estaba cerca de ella. Este… se sentía extraño. Apartó de sí tales pensamientos. Era sólo otra emoción proveniente de ese hombre, emoción que nunca había sentido.

—Dana, no sé cómo decir esto —empezó David con voz profunda—, pero cuando Grace y yo hablamos, el tema central fue cómo te habrías enterado de su accidente, sin que hubiera alguna explicada lógica. Tocamos algunos puntos referentes a tu sensibilidad hacia las demás personas, y qué sentían éstas. Grace me contó que supiste de la muerte de tu padre, sin que alguien te informara.

Dana no supo qué la conmocionó más, si el hecho de que la señora Cessler hubiera conocido durante años el secreto que ella se esforzaba por ocultar, o el que lo hubiera contado precisamente a ese hombre. Agitada, y llorosa, se alejó de él.

—No sé de qué hablas. Nada sé de eso —apenas se percató de que por segunda vez lo tuteaba; y mentía a sabiendas de que era inútil. Todavía más, su mentira resultaba patética.

—Sabes de qué habló —replicó David, calmado, y el contraste entre la tranquilidad de él y la agitación de ella, fue evidente.

Dana retrocedió una vez más y se golpeó en la pared que se hallaba a su espalda, en el momento en que David prosiguió:

—Es algo sobre lo que tenemos que hablar, de modo que no nos beneficiará el evadirlo. ¿Estás bien?

La joven palideció; a su pesar, estaba atemorizada.

—Creo que es mejor que se marche, señor Raymond —dijo con excesiva formalidad y su esfuerzo por parecer fría se tradujo en una especie de gorjeo. Indecisa, agregó—: No quiero hablar de eso. No sé de qué habla. Nunca he oído algo parecido… Insisto en que es mejor que se retire.

Furtivamente, avanzó hacia la puerta, caminó de espaldas por el espacio abierto y casi chilló al chocar contra alguien. Estaba tan absorta en el hombre, que no percibió la presencia de su madre.

La mirada de ésta, no obstante, estaba fija también en David, no en Dana.

—De modo que ha hablado con Grace —señaló, tranquila—. ¿Por qué lo hizo, señor Raymond? ¿Qué hizo mi hija?

—¡Madre! —exclamó Dana. Trataba de que él no creyera lo que le habían contado y que se fuera de su casa—. Yo… creo que esta conversación ha ido demasiado lejos, señor Raymond, ¿podría, por favor, retirarse ahora? —poco consciente de lo que había dicho, se apartó también de su madre, para encontrarse de pronto en un rincón, apoyada entre el mostrador y el muro.

—Dana querida, es demasiado tarde. Él ya sabe mucho, puedo leerlo en sus ojos. Y por alguna razón, necesita hacer ciertas preguntas. Sólo podemos abrigar la esperanza de que sea un hombre lo suficiente discreto para guardar silencio al respecto.

Dana entrelazó las manos y las estrujó una contra otra con tal fuerza que los nudillos adquirieron tonos rojizos y blancos. No soportaba las miradas de preocupación que le dirigían Denise y David. Las sensaciones de ellos la golpeaban con insistencia. Los

pensamientos, dudas, inquietudes y temores que la asaltaban eran una carga demasiado pesada para una sola persona; y no podía decir cuáles eran propias y cuáles no.

—Yo… no estoy preparada para esto —dijo en tanto se obligaba a serenarse, cruzando los brazos en un gesto defensivo. Al mirar a su madre percibió tal compasión y amor que estuvo a punto de llorar. ¿Acaso era un fenómeno digno de lástima?—. No me han preparado para esto —musitó—. He cometido indiscreciones antes, pero nadie sabía y ahora… ahora…

Cuando terminó de hablar, se volvió y escapó. Mientras Dana corría fuera de la casa, Denise, en un gesto de cansancio, se apoyó contra la mesa de la cocina y su mirada se posó en el silencioso hombre que se hallaba frente a ella. El rostro masculino no mostraba expresión alguna, y la señora preguntó:

—¿Qué piensa ahora, señor Raymond?

—Que desearía no haber forzado la situación —respondió, pálido y mirando la puerta que la chica había cruzado minutos antes.

Volvió la cabeza y miró a la mujer mayor, quien detectó en sus ojos la profundidad de sus emociones, no obstante lo inexpresivo de su rostro. Por unos segundos sintió lo que su hija había sentido toda la vida.

—Creo que será mejor que siga a Dana para cerciorarme de que está bien —dijo David.

Denise negó con la cabeza.

—No, es preferible que le dé tiempo para que se calme. Y dese usted también tiempo para tranquilizarse. Si se acerca a mi hija ahora, le hará más mal que bien. La pobre necesita recuperarse… ¿Puedo llamarlo David? Bien, supongo que no va a decirme por qué está tan interesado en esto, ¿o sí? —sonrió; no le sorprendió que él negara con la cabeza—. Lo imaginaba. Tendré que confiar en el buen juicio de Grace. Oh, sí, sé que ella sospechó algo cercano a la verdad cuando mi esposo murió, pero hasta ahora nada se ha comentado. Espero que sea delicado con Dana, sin importar lo que tenga que decirle. Asimismo, confío en que maneje este peligroso descubrimiento con criterio y no trate de explotar a Dana, como mucha gente haría. Ella ha estado muy protegida todo el tiempo.

David se limitó a ver el suelo, con la cabeza inclinada, y algo en su porte y expresión tranquilizó a la dama antes que él respondiera:

—Señora Haslow, deseo que crea cuan sincero soy al decirle que

no dañaría a su hija, ni a nadie más —posó la vista en los ojos de ella, con el brillo de una sonrisa en los propios.

Denise no pudo menos que sonreír a su vez. Era un hombre muy apuesto.

—Y con su permiso —agregó él—, me gustaría tratar de encontrar a su hija ahora. Estoy preocupado por ella.

La mujer asintió, pero apenas David llegó a la puerta, ella dijo:

—No creo que tenga éxito. El bosque es inmenso y Dana conoce cada centímetro de él. No la encontrará a menos que ella así lo desee.

La puerta rechinó al cerrarse y si él contestó, su respuesta se perdió en el aire.

Cuanto más lejos llegara, más apta estaría Dana para tranquilizarse; temblaba de miedo y algo más. Como se sentía extremadamente tensa, se preguntó qué haría si alguien la tocaba. ¿Caería al abismo donde se albergaba la locura, al olvido o en una impenetrable depresión?

No quiso saberlo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó David detrás de Dana, quien volvió la cabeza. Aunque resultara extraño, se había asombrado.

—¿Cómo diablos supiste en dónde encontrarme? —inquirió sin poder evitar el asombro que denotaba su voz. La hierba crujió cuando David se le acercó.

—¿De modo que a veces pierdes tu radar? —demandó él, sonriente. Dana se relajó al sentir el ambiente libre de turbulencias.

—No puedo controlarlo ni dirigirlo bien. Con algunas personas lo logro, con otras nunca lo consigo. Demonios, ni siquiera puedo bloquearlo cuando quiero —término con un suspiro, asombrada de sí.

—Por favor, no te aflijas de que yo sepa lo que te pasa —dijo él y Dana adivinó que trataba de ser gentil—. No pretendo hacer algo que te hiera. Sé que algunas veces "tu peculiaridad" te causa miedo y que te resulta difícil vivir con ella. Si prefieres darte un tiempo para adaptarte a mí ahora que conozco tu verdad, podemos guardar silencio, o yo me puedo ir. No quiero torturarte, sólo vine para cerciorarme de que estabas bien.

Conmovida, Dana sonrió y fijó la vista en David. Pero antes que pudiera preguntarse qué sentía él, todo se aclaró. Con aparente dominio de sí, David la miró también.

—No tienes que decirme cómo me encontraste —aseguró ella—. ¿Hice algo muy obvio?

—No sé —contestó él—. Busqué y miré en los alrededores sin pensar. Supongo que fue intuición —sonrió ante la mirada de Dana —. Un singular aviso de alguien como tú. No, no me cayó del cielo como un rayo de luz. Simplemente vagué por allí y di contigo.

—Entiendo lo que tratas de decir. Lo que pasa es que me resulta difícil creer en algo tan vago como la suerte, cuando para mí es más definido, más claro. Con frecuencia me sorprende que los demás no sientan las cosas que yo experimento —bajó la vista y arrancó un trozo de hierba cuya aspereza le produjo una pequeña herida en la piel—. Es triste.

La mano masculina alcanzó las de ella y las estrechó; pasado un ligero sobresalto de asombro, Dana dejó que sus rígidos dedos descansarán en el cálido apretón.

—¿Te ayudaría hablar de eso? —inquirió David, sereno—. Toda esa energía contenida en tu pequeño cuerpo y siendo tan difícil para cualquiera escuchar hasta el final…

La vista de Dana se nubló, y la hoja que miraba se desvaneció entre las lágrimas.

—No lo sé —confesó, avergonzada; los dedos varoniles se cerraron sobre sus manos.

—Grace me habló de lo que debes de haber sentido cuando ella cayó por la escalera. ¿Sentiste su dolor o, mentalmente, oíste sus quejidos? ¿Cómo te enteraste?

—Tú… tú no eres incrédulo, ¿o sí? Quiero decir… ¿de veras crees que es real? ¿No vas a reírte de mí? —por una extraña y maligna razón, en ese momento no pudo saber lo que David pensaba y le frustró reconocer que, cuando quería, su sexto sentido no le respondía mientras que en ocasiones no era capaz de controlarlo o detenerlo.

—Me gustaría —repuso él tras dudar un instante—. Resultaría tranquilizante para mí poder reír. Pero tanto tus dibujos como lo que Grace me contó y lo que tu propia madre expresó, me merecen mucho respeto. Y sobre todo, respeto ese auténtico dolor que expresan tus ojos ahora que me miran. Debo creerte.

Dana suspiró; la acometió la sensación de que se liberaba de un peso que había llevado sobre los hombros toda la vida.

—Siempre temí que si alguien me descubría, se burlara de mí. Verás, para mí es algo exclusivo, privado. Es mi realidad.

David percibió el rumbo que tomaban sus pensamientos; parecía como si fueran viejos amigos y no dos personas que acabaran de conocerse.

—A nadie le agrada que su versión de la realidad sea ridiculizada. Para algunos es cuestión de vida o muerte, me temo —los dedos de David juguetearon con los femeninos.

Dana se ruborizó ante el íntimo contacto, furiosa por no poder evitarlo. De pronto recordó que, hacía muy poco tiempo, la cercanía de él la había agitado, entonces se percató de que la desconocida emoción provenía de sí misma.

—Lamento mucho haber hablado a tontas y a locas el pasado martes —se disculpó—. De no haber sido por Grace, yo habría muerto de…

—Olvídalo —la interrumpió David—. Es comprensible, ahora que sé un poco mejor qué es lo que pasa por tu cabeza.

—Espero que sea también perdonable.

—Lo será en el mismo grado en que tú disculpes lo desagradable que fui yo —repuso él, sonriente.

Dana sonrió a su vez y haciendo eco de las palabras de David, respondió:

—Es comprensible. Olvídalo, nada hay que perdonar —un pajarillo batió sus alas sobre ellos, y la joven levantó la cabeza para seguirlo con la mirada. Los rayos de sol cayeron de lleno sobre sus ojos. Durante unos segundos fue sólo consciente del brillo blanquecino, del calor del verano, de la cálida mano que acunaba las dos suyas y del aroma de la hierba fresca. Al cabo de un rato, bajó la vista y volvió a tener conciencia del mundo visual.

—La noche que nos conocimos, ¿adivinaste mi presencia entre los árboles, o hice algún ruido? —preguntó David—. Podría jurar que procuraba no hacer alguno, y me sorprendió que tú supieras que estaba allí. Quise vigilarte para averiguar cuáles eran tus intenciones, y ya planeaba algunas sorpresas desagradables para ti.

Dana miró hacia la hierba, donde un escarabajo, después de caer de una delgada rama, intentaba subir a otra. Ella se preguntó hacia dónde se dirigiría el animalito, o si al menos lo sabía.

—No te oí —murmuró al fin.

—¿Y no sentiste miedo?

Su tono resultó extraño. Dana lo contempló en silencio; descubrió que David no la miraba, como imaginó, sino que fijaba la vista en el bosque, como si hubiera hallado la respuesta a una

pregunta vital. Parecía cansado, y ella se dio cuenta de que las líneas de su rostro eran producto de la fatiga, no de la edad. No debía tener más de treinta y cinco años. De súbito, Dana se preguntó si ella parecería joven…

—No —respondió y su voz resultó firme—. No había algo que pudiera herirme.

Sintió que David se relajaba, y ella trató de adivinar qué había dicho que produjera ese efecto en él. Bajó la vista hasta su mano, oprimida aún por la masculina.

—¿Sabes cuan fascinante puede resultar la mitología? —se aventuró a preguntar Dana.

El hombre volvió su atención a ella, no sin tratar de dilucidar el por qué del cambio de tema.

—Sólo he leído la leyenda de Eurídice y Orfeo —agregó la chica —. ¿La conoces? Siempre me ha impresionado cómo él bajó hasta los infiernos para volver a su amada esposa a la vida. Parece que todo el mundo ha tenido, alguna vez, una versión del infierno.

David permaneció callado; al parecer las palabras de Dana lo habían impresionado. La chica sintió la necesidad de alejarse de él para estar sola. No estaba acostumbrada a que escucharan sus confidencias.

Retiró la mano y, de manera abrupta, se puso de pie.

—Lo siento —se disculpó un tanto insegura, y como él la miraba, le dio la espalda—. Discúlpame, no es algo personal… sólo hablé para mí —lo miró suplicante y la mirada masculina se suavizó —. Sé que quieres hablar, pero, ¿podríamos dejar eso por ahora?

Él sonrió.

—Necesitas tiempo. No esperabas algo como esto, ¿verdad? —dudó—. ¿Quién soy yo, después de todo, para decírtelo? No te importa que lo sepa, ¿o sí?

—Supongo que sí, aunque no es algo que podamos controlar o impedir, ¿no lo crees? Por cierto, ¿de qué quieres hablar?

Lo miró y notó que, al tiempo que el rostro perdía su expresión, una especie de manto oscuro cubría sus pensamientos. Dana pensó en las terroríficas pesadillas y en el temor que seguía a éstas cuando despertaba. No era fácil hablar de sus sueños, ni siquiera a su madre le había contado en qué consistían.

—¿Ves? —dijo ella con un inconsciente gesto de desamparo—. Tú, igual que yo, necesitas tiempo. Sólo… —alzó la vista al sol como si algo le hubiera nublado la visión—, sólo cabe preguntar

cuánto tiempo, necesitamos.

No fue consciente de que había usado el plural en vez del singular, y David, pese a que se mostró suspicaz, no contestó.

Capítulo 4

Más que caminar, Dana arrastraba los pies sobre la hierba cuando iba de regreso a su casa. En vano trató de recuperar la sensación de paz y tranquilidad de que había disfrutado hacía un mes. Algo en su interior estaba cambiando y sólo de manera parcial tenía que ver con las pesadillas que la agobiaban.

Se relacionaba con David Raymond; al parecer él era el causante de los cambios y de las sensaciones que ella albergaba en su interior. En su búsqueda de una nueva vida, había avanzado un paso hacia la madurez, mas ello no constituía sino un reflejo de su aislamiento. Al mirar en retrospectiva, vio a otra chica, la que ella había sido, y no logró identificarse con tal imagen; al parecer esa era la diferencia entre ser un adolescente y ser un adulto.

Obligada a vivir con una persona mayor, tuvo que madurar de alguna forma. Ya no era la princesa solitaria del castillo. No se había percatado de cuan poco se había identificado con su madre, a pesar de vivir juntas; o quizá la extrema cercanía las había mantenido un tanto apartadas. Cualquiera que fuera la razón, Dana reconoció que había construido un mundo aparte, ajeno al de su progenitora, y tal conocimiento le provocó una extraña sensación. Las desavenencias normales de los adolescentes con sus padres fueron algo desconocido para Dana. Ella siempre supo demasiado, siempre fue consciente de lo que ocurría en su entorno. Esbozó una ligera sonrisa al volver la vista al pasado y reconocer en sí misma cierta arrogancia típica de la juventud; se consideraba un adulto con el cuerpo de una joven. Era la máxima autoridad mundial en cinismo y sabiduría.

Empezó a ver cuan normal había sido, y eso resultaba irrisorio. Dejó de caminar y se apoyó en una roca, mirando las formas de las "piñas" caídas de los árboles, las cuales conformaban una especie de alfombra en el suelo del bosque. ¡Qué frustrante era reconocer su normalidad! El considerarse única, especial, había sido su orgullo y desesperación, la fuente de su alegría y pesar.

Y ahora, después de todo, descubría que no era tan diferente. Reconocía que las sensaciones que David Raymond provocaba en ella le eran desconocidas. Se trataba de una atracción que nunca soñó que existiera. David le atraía, no porque fuera el alma gemela de ella ni porque él fuese atractivo; se trataba de algo relacionado con la masculinidad, esa extraña característica que complementaba la feminidad de ella. Le gustaba que fuera un hombre fuerte, de emociones profundas y al mismo tiempo capaz de dominarlas; que tuviera un alto sentido de la justicia y capacidad para comprender algo ajeno a su experiencia; que la escuchara y le ofreciera su apoyo en vez de alejarse como hacían los demás. Pero más que todo, le gustaba su virilidad.

Consciente de su propia feminidad, encogió los hombros y sonrió. Era una tontería, David quizá no se interesaba en ella como mujer. Tal vez, lo de ella no era sino un enamoramiento de adolescente. Dudó, no obstante, de que se tratara de eso.

Ya en su casa, Dana encontró a su madre en la cocina, ocupada en preparar la cena. Cuando cerró la puerta, Denise se volvió de inmediato y se le acercó. Al presentir la preocupación de la mujer mayor, Dana sonrió para tranquilizarla.

—Sólo necesitaba espacio para respirar, mamá. ¿Qué vamos a cenar?

Denise notó la palidez de su hija.

—¿Seguro que estás bien? ¿Te encontró David?

—Sí —asintió Dana, con el ceño fruncido—, lo que fue una sorpresa para mí, pero los fortuitos ocurren —dirigió una fugaz sonrisa a su madre—. Buscaba un poco de intimidad y no pensé que él me encontrara con tal facilidad —fue hacia el refrigerador, sacó la leche, llenó un vaso con el refrescante líquido y bebió.

Denise se acercó de nuevo a la estufa y Dana, por encima del hombro de aquélla, espió en la cacerola del espagueti. Sospechaba que su madre aún tenía muchas preguntas por hacerle, pero sólo la oyó decir:

—¿Todo está bien, Dana? ¿Tú estás bien?

La chica aspiró hondo al sentir la peligrosa y perenne tensión que la dominaba, así como un ligero temblor en los labios.

—No lo sé —evitó la mirada de su madre—. Desearía decir que sí, mas hay algo que no entiendo ni puedo controlar. No lo sé —repitió, desvalida.

Denise movió el contenido de la cacerola y luego, con sumo

cuidado, colocó la cuchara a un lado.

—Es algo relacionado con David, ¿verdad?

Dana se cimbró, al mismo tiempo se alegró de que su madre no la observara y pudiera notar su reacción tan reveladora. Casi derramó la leche del vaso. Podía haber dicho la verdad, pero, de nuevo, de sus labios brotó un escueto "no lo sé".

—Estoy preocupada por ti —le confesó Denise, con suavidad.

En su fuero interno, Dana le concedió la razón. Ella misma estaba preocupada por su estado. Fue hacia la silla para sentarse, mas antes de hacerlo, se volvió para encarar a su mamá.

—¿Sabes por qué estoy preocupada? Creo que es por David —se preguntó por qué su madre parecía tan sorprendida.

—¿De veras? —Denise sonrió—. Él es un hombre que nunca pierde el control sobre sí mismo, si es que no me equivoco al juzgarlo.

"Eso es lo que me preocupa", pensó Dana, y se preguntó por qué tal pensamiento le sobrevenía de manera tan repentina. Era verdad, pero antes no consideró ese hecho peligroso. Siempre deseó tener habilidad para encerrarse en sí misma y no permitir la influencia de factores externos. Si bien, reconocía que tal cualidad podía ser perjudicial si se volvía demasiado hermética y o si dejaba entrever las emociones contenidas. Pese a todo, Dana deseaba poseer ese control, pues era muy vulnerable a las influencias ajenas.

Esa noche, Dana no sufrió pesadillas, pero sí tuvo un sueño un tanto atemorizante. En la oscuridad, algo se movía sigilosamente a su espalda. Ella no podría sentarse, a pesar de la fatiga. Sabía que si se mantenía despierta y se alejaba, estaría a salvo, pues era ágil y de buenos reflejos. Sin embargo, había un problema, estaba demasiado cansada, y si la vencía el sueño, moriría. En ese momento supo también que estaba durmiendo, pero no consiguió despertar. Sudaba profusamente y experimentaba la eterna sensación de que alguien o algo la acechaba, mientras ella trataba de volver a la seguridad de su hogar. Pero no existía un lugar seguro allí, todo estaba cubierto de sombras.

Pronto las imágenes se desvanecieron y Dana cayó en un sueño intranquilo que duró el resto de la noche. Al despertar recordó el sueño, aunque no lo entendía.

Saltó de la cama y, sin comprender su urgente necesidad por cubrirse, se vistió tan rápido como pudo, tomando la ropa que tenía a la mano: un holgado pantalón de color café, una camiseta verde

olivo y zapatos deportivos.

Una vez vestida, y más animada, bajó por la escalera y se encaminó a la cocina, donde, en vez de prepararse algo, tomó una lata de duraznos y los comió acompañados con leche. Pese a su falta de apetito, casi los devoró; más tarde necesitaría de toda su energía.

La cabeza le dolía y eso era raro, ya que ella casi no padecía de jaquecas. Puesto que el dolor ahora era real, Dana se sintió contrariada. En ese momento Denise entró en la cocina y contempló a su hija.

—Buenos días, querida. ¿Qué pasa? ¿Te duele la cabeza? —preguntó al pasar a su lado y palmearle el hombro.

Dana suspiró.

—Sí. Creo que es a causa del calor. Al menos eso parece. No sé —no notó que su madre arqueó las cejas.

—Es curioso —comentó Denise—, yo no siento calor y de acuerdo con el reporte del servicio meteorológico, hoy tendremos un día templado —se acercó a su hija y colocó los dedos en la frente de ella—. No pareces tener fiebre.

La joven apartó la mano de su progenitora.

—Estoy bien, sólo tengo un ligero dolor de cabeza y un poco de calor. Tomaré una aspirina y me sentiré mejor. ¿Hay tabletas de sal?

—¿Tabletas de sal? ¿Para qué? —inquirió Denise, asombrada.

—Para nada, para nada —replicó Dana parpadeando. Movió la cabeza y el dolor la hizo estremecer—. No sé a qué se debe esto —sonrió a su madre en un intento de ocultar los fuertes latidos de su corazón y el sudor de las manos. De pronto sintió la necesidad de moverse y se levantó—. Creo que iré a la tienda hoy, en vez de esperar hasta mañana. Me hace falta el ejercicio. ¿Hay algo en especial que quieres que compre?

Denise aún la miraba, insegura. Dana evitó verla y entonces aquélla respondió:

—Nada que no pueda esperar. Preferiría que no fueras hoy. Dana… ¿qué pasa?

Como si se tratara de otra persona, la chica respondió:

—Estoy sufriendo una crisis nerviosa —sorprendida de sus propias palabras, se llevó una mano a la garganta y, en un esfuerzo por aclarar la mente, movió la cabeza—. No sé, mamá. Siento que algo corre dentro de mí, algo que no puedo detener y que semeja una bola de nieve que va hacia el abismo y que en su veloz

descenso cobra impulso… Yo… —aguzó la vista hacia su preocupada madre—. Necesito moverme. Regresaré en un santiamén.

En seguida, y a pesar de las protestas de Denise, Dana tomó dinero de su portamonedas y salió de la casa para dirigirse a la tienda. Tal vez podría detenerse en la oficina postal y comprar algunas estampillas para enviar los pagos pendientes. Elevó la vista al cielo y sintió una gota de sudor en el rostro. Quizá podría pasar también a la farmacia por unas tabletas de sal.

En la casa, Denise se mordía el labio inferior, indecisa, hasta que se decidió y tomó la guía telefónica, donde buscó el número de la señora Cessler. Sin demora, tomó el receptor del teléfono y giró el disco con rapidez, deseando que David no hubiera cambiado el número al mudarse allí. Permaneció largo tiempo al teléfono, sin obtener respuesta.

Dana, por su parte, vagaba por las calles sin prestar atención al mundo circundante, sumida en sus pensamientos, atrapada en una imagen de su mente. Sentía dentro de sí la eterna y tensa cuerda, pero ahora se imaginaba caminando sobre la cuerda, que vibraba y pendía sobre el abismo. Dicha imagen perdió intensidad cuando la joven se percató de que se hallaba frente a la tienda. Como la oficina postal estaba del otro lado de la calle, prefirió dirigirse allá pues si lo hacía después, los paquetes de las compras que efectuaría le impedirían obrar con libertad. Mientras pagaba las estampillas, sintió una especie de látigo alrededor del cuello, como si alguien tirara de él con el propósito de asfixiarla.

Afuera pasaba algo. Alguien estaba en apuros… Dana no sabía quién, sólo que era joven. Salió a la calle y, cubriéndose los ojos del sol, miró hacia ambos lados. Nada extraño ocurría. Después de examinar una vez más el lugar, cruzó hacia la otra acera, husmeando en el ambiente en busca de una pista.

Algo salvaje y peligroso se encontraba cerca. Empezó a caminar, despacio. No se trataba de algo, sino de alguien. De prisa y segura de lo que encontraría, dio vuelta en la esquina, hacia el oscuro callejón situado detrás de la tienda. Una jovencita gimoteaba aterrorizada. Dana se acercó a las dos personas: Mick y una chica a quien ella no conocía, pero que al parecer no tenía más de quince años. La adolescente se hallaba de espaldas a la pared y Mick, frente a ella, la miraba amenazador; al percatarse de la presencia de Dana, modificó su actitud y simuló ser un chico en plan de conquistador.

Dana, no obstante, desconfiaba de las apariencias. Con una fría sonrisa y de manera casual, se aproximó.

—Hola, Mick. Bonito día, ¿no? ¿Qué tramas hoy? —al tiempo que hablaba se acercó al mocetón y, con la vista fija en sus ojos, lo obligó a retroceder.

Dana se encontraba a un lado de la chica y extendía una mano en dirección de ella, cuando sintió que otra mano, fría y trémula, se deslizaba hacia la suya.

—¡Tenía que ser la Reina de la Presunción! —sonrió Mick de manera desagradable. Era más alto que Dana y parecía fuerte—. ¿Qué haces aquí? ¿Viniste a inspeccionar la basura?

—Que, según me parece, muestra su estado natural —se volvió hacia la quinceañera y le sonrió—. Lo que me gustaría saber es por qué alguien tan joven como tú se mezcla con la inmundicia.

La aludida balbuceó algo, pero Dana no lo entendió debido a la interrupción de Mick.

—No le creas una palabra. Ella quiso venir aquí, yo no la obligué.

Dana lo contempló con una mirada fría y brillante, y obligó a sus sentidos a estar alertas a cualquier cosa que Mick hiciera, y antes que éste hablara, pudo percibir que era presa de la furia ante las pocas o nulas vías de escape que se le presentaban. Intuyó también que el muchacho no mentía. Pensativa, miró a la jovencita y le dijo:

—Bueno, estoy segura de que has aprendido la lección —liberó la pequeña mano de la chica—. Ya que al parecer has tenido suficiente en cuanto a sustos por hoy, ¿por qué no vas a tu casa? O, al menos, no te busques problemas, trata a chicos de tu misma edad.

Ni tarda, ni perezosa, la adolescente salió corriendo como un conejillo asustado. Entonces, Dana se volvió de nuevo hacia Mick dispuesta también a alejarse. Cuando daba media vuelta para hacerlo, supo que no podría, de modo que no le sorprendió que Mick la sujetara por un brazo y la hiciera volverse hacia él. Pese a que presentía el peligro, Dana lo enfrentó con indiferencia.

—Te has metido donde no te llaman, hermana de la caridad —siseó el muchacho, mientras la miraba de arriba abajo, con morbosidad insultante—. ¿Estás dispuesta a afrontar las consecuencias?

—¡Apártate! —gruñó, colérica ante el atrevimiento de él. En ese

instante se percató de que no era Mick quien emanaba peligro, sino ella misma. Ella era la peligrosa. No obstante su nerviosismo, le guiñó un ojo al muchacho y, ante la mirada de sorpresa de él, añadió con voz suave—: No estás intimidando a una menor de edad, sugiero que analices tu actitud. Ahora, déjame pasar.

La expresión de él se transformó, y mostró cierta excitación. Dana lo notó y, alarmada, se replegó hacia atrás. No era un jovencito que la importunara por simple malicia, sino alguien presto a liberarse de las ataduras sociales.

—¿Por qué debo dejarte ir? —la acorraló contra la pared al igual que a su anterior víctima—. Si me das la contraseña —sonrió—, o algo parecido. Vamos, cariño, ¿no dices que no eres la niñita con quien jugaba yo hace un rato? Eso es lo mejor, tú tienes edad para jugar en las ligas mayores, ¿o no? —con aparente pereza enredó un mechón del pelo femenino en su dedo.

Estaba demasiado cerca. Dana asió la ruda mano y la apartó de sí con tal violencia, que Mick lanzó una exclamación.

—Mantén las manos lejos de mí. No me gustan, son inmundas. Ahora, quítate de mi camino antes que hunda las uñas en tu rostro y te arranque media piel.

Le dio un empellón e hizo el intento de moverse, aun a sabiendas de que Mick reaccionaría con agresividad. Era inútil evitar la tensión que vibraba en el interior de ella. "No me presiones, Mick, no me toques o…"

Él la tomó por los hombros y clavó los dedos en la frágil piel. Tal era la violencia que en Dana estaba a punto de emerger, que lo de Mick parecía una simple rabieta. Le dio una bofetada con toda la fuerza de que fue capaz, y los dedos se le entumecieron cuando él la empujó contra la pared.

El hombro femenino dio contra el concreto y Dana gimió. No hacia tiempo para reflexionar. Todo lo que pudo hacer fue volver la cabeza y ver cómo las manos de Mick se acercaban a su cuello para atraerla hacia sí.

Algo en la cabeza de Dana hizo explosión; el imaginario y tenso cable en su interior se rompió y la realidad de pronto se transformó sus ojos se dilataron cuando, horrorizada, vio que las manos de Mick se acercaban con lentitud.

Entonces, donde sólo estaba Mick, Dana vio a dos personas, dos hombres, uno de ellos muy raro. El más joven se aproximó a ella, titubeante a causa del intenso calor, y Dana, por instinto, se inclinó,

con el cuerpo agitado por continuos espasmos, antes de impulsar la mano y estrellarla en el vulnerable cuello masculino. Como la cabeza de Mick se sacudió, la chica aprovechó la oportunidad y después de golpearlo repetidamente, con la pierna le propinó un golpe final en la espalda. Mientras, aturdido, se tambaleaba, ella empezó a correr y fue a estrellarse contra alguien que se acercaba. Se trataba de David, quien, por los hombros, intentó detenerla, sin éxito, pues Dana continuó su carrera.

Mick, mientras tanto, se aprestaba a ir en pos de su presa, mas al ver que alguien más se encontraba en el callejón, se detuvo en seco. Receloso, observó a David.

Aun con el pensamiento puesto en Dana y en la dirección que siguió, David se movió con la velocidad de una pantera, y Mick fue lanzado contra la pared, donde, sofocado, sintió cómo una mano ruda e inmisericorde se cerraba en su cuello. Toda su bravura se esfumó; no se hallaba ya ante una frágil y débil mujer, sino ante un furioso hombre, quien, apartándolo de sí como si se tratara de un bicho asqueroso, espetó:

—No tengo tiempo para esto. Si vuelvo a verte, tu cuello conocerá de veras el poder de mi puño, ¿has entendido, jovencito?

Aunque éste asintió con vehemencia, David no esperó, corrió a través del callejón hasta llegar a la calle, observándola de extremo a extremo, preocupado y alerta. De pronto y de manera inconsciente, imitó uno de los impulsos habituales de Dana: levantó la cabeza y husmeó el aire. En seguida, empezó a caminar.

Presa de la crisis a la que la había llevado Mick, Dana corría tan rápido como permitían sus pies. Respiraba agitada y tenía el cuello y el rostro empapados en sudor. Movió la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha, en busca de alguna señal de peligro.

Su mente se hallaba ocupada con algo, una imagen tan atemorizante como real. El paisaje que se le presentaba era diferente, su hogar y su mundo se hallaban lejos, y ella debía luchar por sobrevivir en este grotesco y extraño lugar.

Necesitaba encontrar a los soldados tan pronto como fuera posible, debía hallar a cinco jovencitos heridos y solos, que no sobrevivirían a la guerrilla, la lluvia, los francotiradores y las continuas trampas. Si anochecía y ellos continuaban allá, morirían sin remedio; por esa razón ella (o él) estaba obligada(o) a ir en su busca. El que aquel helicóptero se hubiera estrellado había cimbrado su mundo. Ella (o él), Dios lo

sabía, no quería volver a saber de esos aparatos en su vida. Después de esto, no volvería a volar, al menos si podía evitarlo.

Sin armas, alimentos, medicinas ni un lugar para guarecerse, aquellos adolescentes no vivirían más allá de esa noche. Dios, esa selva plagada de chicos sudorosos y aterrorizados que peleaban entre sí, no tenía sentido. En ese amenazante mundo únicamente destacaba algo: la lucha por la supervivencia, cuya conquista no se le facilitaba a él por ser unos años mayor que esos adolescentes a quienes se había instruido para matar y luego se les había arrojado a aquella pesadilla.

Después de todo, no importaba la edad ni la apariencia de la gente, todo moría con violencia y la sangre que derramaba era la misma.

En su incesante correr, la mente de Dana trabajaba en dos niveles; uno, el superficial, en el que sólo veía el asfalto que pisaba, y otro, por el que desaparecía el primero y se hallaba fuera de la realidad: el mundo de sus sueños y pesadillas. Pasó por un sólido roble que conocía desde hacía cinco años, mas ahora no le resultó familiar. El panorama entero era extraño y siniestro.

Era el abismo, aquello a lo que las pesadillas mismas la habían conducido, absorbiéndola hasta convertirla, de simple espectadora, en personaje principal del sueño que ahora vivía, pues no podía separar su propio yo de la imagen mental.

¡Dios, en qué momento le ocurría esto! Era un veterano a punto de que lo enviasen de regreso a Estados Unidos. En un mes y medio terminaría su servicio e iría a casa. Si bien era común que a los veteranos les sucediera eso antes de abandonar ese infierno.

Si podía salir de ese lugar, nunca pensaría ni hablaría de él; trataría de olvidar esos instantes de su vida. Jamás volvería a pronunciar siquiera el nombre de Vietnam.

Todo era trivial y sin significado.

Capítulo 5

Dana penetró en su casa cual bólido y corrió por la sala hasta la escalera. En seguida abrió la puerta del armario ubicado en el vestíbulo y empezó a sacar cosas de prisa, renegando del temblor de sus manos. Primero tendió una manta en el suelo y sobre ella arrojó un estuche de primeros auxilios, vendajes, tijeras y algunas toallas blancas.

Su madre, atraída por el ruido, acudió al vestíbulo y miró a la joven, boquiabierta.

—¿Qué rayos haces?

El sudor perló la frente de la chica. Apenas había escuchado a su mamá. *Era una fortuna que el campamento se hallara cerca. Tenía que darse prisa para que no la sorprendieran. ¡Diantres, no tenía ni un arma! Lo que debía hacer… Algo iluminó su mente en ese momento, asió los extremos de la manta, los unió, y la llevó hacia la escalera.* Denise la siguió, alarmada.

—Dana, ¿vas a decirme qué estás haciendo? —repitió al mismo tiempo que la asía por un brazo.

Luego de librarse de la mano de su madre, la joven vociferó:

—¡Me estrellé! Me estrellé antes de dar con ellos. Morirán si no los llevamos a un lugar seguro. ¡Apártate de mi camino! —suplicó, desesperada.

Tenía que llegar con el botiquín, o intentarlo al menos. No era mucho, pero podría constituir la diferencia entre la vida y la muerte. Corrió hacia la cocina, de donde tomó algunas latas de comida que agregó a lo demás. Entonces, corrió al estibio y empezó a abrir cajones, dejando un desastre tras de sí, pues lo hacía con demasiada fuerza y caían al suelo.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Denise, pálida. Saltó hacia su hija, con las manos extendidas—. ¡No, Dana! ¡No… no hagas eso!… ¡Oh, Dios!

Horrorizada ante lo que Dana había encontrado, Denise no oyó que David entraba en la casa, ni se percató de su presencia hasta que él, cual saeta, pasó a su lado para ir en dirección de Dana. Esta lo obligó a detenerse de golpe al volverse hacia él y mirarlo con los ojos dilatados.

La chica sostenía en una temblorosa mano un revólver, y puso el

cilindro en su sitio.

Miró a David con la desesperación reflejada en los ojos. Él estaba rígido y aunque su rostro había perdido color, sus ojos no mostraban emoción alguna.

—Dana —dijo con suavidad, mirándola sin moverse—. Cariño, por favor escúchame. Todo está bien. Cálmate y baja el arma. ¿Puedes dármela, por favor? —avanzó un paso.

Dana sólo acertó a mirarlo.

Hacia mucho calor. El verano, con su humedad y clima cálido, era criminal. Mas el invierno, plagado de tormentas, vientos huracanados y mosquitos, resultaba igual. Un grupo de chicos mataba a otro sin que alguien los detuviera. El mundo entero se había vuelto loco.

Tras dar un paso, la joven aspiró, hondo y se enjugó la frente. Al apartar la mano, ésta estaba húmeda.

—Olvidé las tabletas de sal —comentó a la vez que miraba la humedad de su mano.

David, con la vista fija en Dana, y el corazón latiéndole de prisa, dio un paso más. Ella se hallaba detrás del escritorio, parecía pequeña, frágil e inocente, y sostenía débilmente el revólver.

—Yo tengo algunas tabletas de sal en la casa, cariño —murmuró David—. Te las daré si bajas el arma para ir conmigo. Por favor, Dana, obedéceme.

Denise, en medio de su horror, vio que el hombre daba otro paso.

De pronto, Dana miró a David con cierta fiereza y retrocedió con tal brusquedad que su hombro golpeó contra la parte saliente del librero, gimiendo a causa del dolor. Su madre se llevó ambas manos a los labios. David había quedado petrificado de nuevo.

La punta del arma estaba dirigida hacia él. Entonces, en una muestra de instintivo temor, Dana se replegó más.

—Señora Haslow —empezó David, aún sin moverse—, ¿está cargada el arma?

—No lo sé —musitó la aludida—. Tal vez sí. Había algunas balas en el gabinete y Dana me daba la espalda cuando hacía algo con el revólver. No sé si ella sepa cargar un arma… nunca había tenido una en sus manos, no sabría cómo usarla, si quisiera. ¿Qué le ocurre? La noto muerta de miedo.

—Creo que lo adivino —apuntó David, reacio, al tiempo que avanzaba hacia la chica, quien no cesaba de mirarlo—. ¿Qué pasa,

Dana? ¿Para qué necesitas el arma? —preguntó con gentileza.

—Me estrellé. Me dispararon y estrellé el helicóptero. No pude dar con esos pobres chicos, y están muriendo, lo sé.

David, sintiendo como si algo lo hubiera golpeado en el plexo solar, aspiró honda y largamente.

—¡Oh, Dana… Dana!… Los chicos están bien. Lo sé, acabo de verlos. No tienes de qué preocuparte. La batalla terminó. Por favor, baja el arma. Estás asustando a tu madre, ¿no lo ves?

—¡Mientes! —vociferó Dana y Denise a su vez lanzó una exclamación. Sólo David permanecía como estatua, mientras la joven repetía, furiosa—: ¡Mientes, maldición! Yo era el único piloto que podía captar sus señales de radio. ¡Están muriendo!… Esos chicos —su mirada reflejó tal angustia que tanto Denise como David contuvieron a respiración, en tanto Dana gritaba—: ¡Apártense de mi camino! ¡Quítense de la puerta! ¡Vayan a aquel lado de la habitación! —señaló un extremo.

* * *

Con lentitud, su madre y David obedecieron. En ese instante, ante la expresión de espanto de Denise, Dana mostró cierto resplandor en el rostro, como si un fragmento de la realidad hubiera penetrado en su pesadilla. Por desgracia, fue una lucidez momentánea. De nuevo la invadió la desesperación.

Dana rodeó el escritorio, del lado opuesto al que se hallaban su madre y David. Sin apartar la mirada de ellos se acercó a la puerta. Entonces corrió tan rápido como pudo, llevando su pequeño cargamento, para luego salir y tomar uno de los senderos que convergían en su casa. *Tenía que encontrar a esos chicos y ayudarlos.*

En la casa, David, tras aspirar con fuerza, volvió su atención a Denise, quien, parecía más vieja. Él estaba alarmado por lo que había visto y con gentileza tomó a la mujer del brazo y la obligó a sentarse. Ella lo miró aterrorizada.

—¿Qué le pasa? ¡Nunca había estado así, nunca! ¡Oh, Dios! ¿Qué pasará si hiere a alguien? ¡David, tenemos que hacer algo!

—No… no, señora Haslow —replicó él, presionándola con ambas manos para que permaneciera sentada—. Tome unos minutos y trate de calmarse un poco. ¿Lo hará? ¿Intentará mantenerse tan serena como pueda? Iré a buscarla. Le prometo que la encontraré y todo estará bien.

Al mirarlo, Denise percibió la emoción que le nubló la vista.

Estaba bajo una gran tensión.

—¿A qué se refería Dana cuando dijo que se había estrellado? —inquirió la mujer, clavando la mirada en él. David tragó en seco—. Usted lo sabe, ¿verdad? Esto tiene que ver con usted —como él no respondió, ella añadió, en apariencia cambiando de tema—: Traté de llamarlo cuando mi hija salió de casa, esta mañana. Actuaba de manera extraña y creí que usted podría alcanzarla en la tienda y traerla sana y salva. Pero no estaba en su hogar.

Un músculo de la mandíbula masculina tembló. David estrechó ambas manos de la mujer y como si se percatara de pronto de la mirada de ella, la soltó.

—Venía para acá —explicó, escueto.

—¿Por qué? No llamó a la puerta del frente, ¿o sí? ¿Cambió de parecer? David…

—En vez de venir me dirigí a la tienda —la interrumpió, con expresión de dolor—. No me mire así. Desde luego que ignoraba que su hija iba a la tienda… ¿cómo podía saberlo? Simplemente me encaminaba allá y… y… —ante la mirada de Denise, David se volvió y se apartó de ella, mesándose el cabello de manera agitada. Entonces repitió con voz grave—: ¿Cómo podía saberlo? No podía… —se detuvo y movió la cabeza como si le doliera.

Denise era una de las pocas personas en el mundo que tenía una buena causa para no mostrarse escéptica con lo que le ocurriera a Dana.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué sucedió? —demandó, ansiosa—. ¿Vio usted a mi hija? ¿Ocurrió algo que la alterara o atemorizara? ¿Por qué usted decidió venir acá?

—¡No lo sé! —exclamó él con violencia, más al instante se contuvo y repitió—: Lo ignoro. Todo lo que sé es que quise venir. Yo… sí, algo ocurrió en el pueblo que alteró a Dana, pero no entiendo cómo. Señora Haslow —la miró y con una expresión de asombro ocultó el estado de tensión en que se hallaba—, su hija no estaba en la tienda ni en ningún otro lugar donde pudiera buscarla. No obstante, al caminar hacia la parte de atrás del establecimiento, di con ella. Sabía en dónde se encontraba y que estaba en apuros.

Denise se levantó y fue hasta David, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Entonces, ¿cree usted que le sea posible persuadirla para que se libere de eso que la tiene atrapada? —inquirió al tiempo que le tomaba el brazo—. Oh, Dios, temo tanto por lo que pueda

sucederle, quizá los dos debamos ir en su busca… tal vez yo debería llamar a alguien para solicitar ayuda. Oh, no sé qué hacer —empezó a llorar y se estrujó las manos.

—¡No! —objetó David, asiéndola por los hombros—. No llame a nadie. Yo saldré, no puede haber ido muy lejos. La encontraré y la traeré de regreso, sana y salva. Usted permanezca aquí, ¿de acuerdo? —dudó antes de añadir—: Será mejor que se serene y la espere. ¿Está usted bien? De verdad debo ir —esbozó una sonrisa.

Tranquilizada, Denise respondió:

—Estoy bien, de veras. Sólo… por favor, David, tráigala sana y salva.

Él empezó a decir algo, mas se detuvo y contempló a la mujer durante un momento. En seguida, con otro movimiento de la cabeza, salió.

Cegada por la luz solar que se infiltraba entre los pinos, Dana escuchó a lo lejos los graznidos de algunas aves, mientras a su nariz llegaba el aroma de la hierba fresca y el de su propio sudor. Respiraba agitada, como si fuera partícipe de una carrera.

Su mirada, atraída por el peso que sostenía en la mano, bajó hasta ésta y un estremecimiento recorrió a Dana al no saber cómo había llegado el arma a su poder. ¡Un revólver! ¿Qué iba a hacer con él? ¿Por qué se encontraba en medio del bosque?

¡Por Dios! ¿Qué iba a hacer?

—Oh, no, no, no —sollozó mientras, temblando y con los labios resecos, se remontaba al pasado inmediato. Había un gran blanco. ¿Qué hizo? Algo la había alterado hasta el punto de enfurecerla. ¿Qué fue?

Sus ojos parpadearon y al hacerlo fue como si accionaran su memoria. Mick y la jovencita. La sórdida escena detrás de la tienda. La rabia, el temor, la amenaza y después… nada. No recordaba cómo se había apoderado del arma ni cómo llegó allí.

En su mente había una gran laguna. Al parecer, actuó sin sentido. Perdió de vista la realidad y se adentró en los confines de lo misterioso, en el abismo. Sólo Dios sabía cómo y de dónde tomó el revólver y luego qué había hecho con él. Porque, después de tomar el arma, escapó presurosa. ¿Qué había hecho?

Un gemido de horror escapó de sus labios al ver de nuevo el revólver en sus manos. No. podía recordar, sin duda estaba

enloqueciendo. Todo en el mundo era normal, menos ella, y nunca lo sería. Se hallaba en el fondo del abismo del cual nunca saldría. Estaba loca.

Se preguntó si resultaría peligrosa. La oscura arma en su diestra se presentó borrosa al tiempo que repentinas lágrimas empañaban los ojos de la chica.

Dana gritó de pronto y un pájaro, aterrorizado, emprendió el vuelo. Pensó en el detestable Mick, en la asustada jovencita, en su madre, en la esposa del señor Simms, el dueño de la tienda, en David, en la señora Cessler. Al recordar a todos los que amaba, contempló el arma y, sollozante, apuntó al tronco de un pino, donde disparó seis veces. Sólo se escucharon dos detonaciones; de los otros cuatro tiros nada más se oyó un ruido metálico.

El disgusto, la rabia y el odio por sí misma la dominaron. Iría a casa… no, no podía. "¡Oh, mamá, no quise herirte! ¡Estoy enferma, enferma!…"

La cabeza de Dana se irguió en ese instante, como si hubiera escuchado un lejano ruido. David se acercaba, la voz masculina que llegaba a sus oídos era de desesperación. La llamaba, había oído los tiros. No debía hallarla, ella no podía ver a alguien. Al mirar el arma otra vez, irguió la cabeza y, llorosa, la lanzó contra el árbol más cercano, donde cayó con un sonido seco. De pronto, deseó haber guardado una bala para usarla contra sí.

No era capaz de herir a los demás.

Aunque sofocada y exhausta, empezó a correr en dirección a la ladera. Al correr, reconoció el lugar y una determinación cobró forma en su cerebro. No habría más dolor, soledad ni preocupaciones…

—¡Dana! —gritó David en tanto se aproximaba. Estaba muy cerca y ella se hallaba exhausta—. Dana, ¡por Dios! Detente, déjame hablarte…

Ella negó con la cabeza. David no debía detenerla, sería lo mejor.

—No estás en esto por ti misma. Detente un momento, por favor —su violenta voz se escuchó más cerca y ella lo oyó correr.

Podía atraparla a pesar de que la chica estaba casi en la cima de la ladera. Mientras lo oía hablar, se preguntó si sabría de la soledad que la aquejaba y se apresuró a la punta de la mortal roca. Eso bastaría.

—¡Dios, Dana, no lo hagas! —gritó David detrás de ella con toda

la fuerza que le dio el terror que ahora lo consumía.

Ante tal acicateo a su ser y a sus propias emociones, Dana dio un traspié. Pero se sobrepuso en un instante; aún podría hacerlo si superaba el dolor. No podía vivir, simplemente no podía.

Su crisis emocional, la adrenalina que fluía por su ser y su terrible decisión, se combinaron para hacerla consciente de todo. Su percepción se volvió brillante, y recordó cada instante de su vida, cada gesto, cada sonido y escena…

La luz del sol era en extremo brillante, y sus piernas temblaron cuando las obligó a moverse. El lugar pareció de pronto muy pequeño, su pecho se levantó en un hondo y largo suspiro. Una gota de sudor llegó hasta su boca. Dana tenía la imagen mental de algo fuerte y veloz que se lanzaba a su camino, detrás de ella, y sólo al volver la vista se dio cuenta de que se trataba de David, quien se valía de su intelecto y cuerpo para detenerla.

Dana, por primera vez atrapada en sus propias emociones, no atendió los mensajes mentales de él y corrió, o mejor dicho, trotó. Consiguió sacarle cierta delantera a su perseguidor, la tierra se perdió bajo sus pies.

Todo giró alrededor, su cuerpo dio vueltas cuando pasó encima del borde del risco. La luz del sol era brillante, en el fondo los pinos se mecían al viento, el cielo azul mostraba sus preciosas formas blancas y la hierba despedía el aroma típico del verano. Dana recordaría todo esto, sería lo último que ella vería, la maravilla y belleza de este mundo…

…Algo parecido a una banda de acero rodeó su muñeca y con crueldad le impidió la caída. Dana gritó de dolor cuando fue oprimida contra la ladera del risco. Algo oscuro ocultaba la luz del sol: la cabeza de David, quien pendía del borde del peñasco, tendido sobre su vientre, en un último intento por detenerla, usando su propio cuerpo como si se tratase de un arpón de pesca que lanzó con asombrosa puntería.

Dana pensó en todo mientras se hallaba suspendida entre la vida y la muerte, con el helado viento hiriéndola, su hombro casi desprendido y la agitada respiración de David muy cerca del oído. Pensó en cuan estrecha era su muñeca; las oportunidades de él de atraparla habían sido mínimas y ella no sería capaz de escapar del abismo.

Oyó al hombre y lo sintió luchar por controlar su fuerte cuerpo. Dana era pequeña y frágil, pero sostener su peso en tan abrupto

tirón debía ser tan penoso para él como lo era para ella. Le llevó algunos minutos reunir fuerza para impulsarla hacia la seguridad del borde.

Lo escuchó aspirar hondo y luego el hombro masculino se dobló y David empezó a tirar de Dana lentamente, centímetro a centímetro.

Perturbada, sollozante, e inmersa en la única muerte deseada que había experimentado en toda su vida, Dana se aferró a las manos de David, en las que sin darse cuenta enterró las uñas hasta hacerlas sangrar, y empezó a lanzar puntapiés de manera convulsiva.

—¡No, déjame! ¡Déjame caer! ¡Por favor, déjame morir! —suplicó.

—¡Demonios, no lo haré! —gruñó David—. ¡No vas a suicidarte, no tendré tu muerte en mi conciencia!

Dana notó la determinación que contenían sus palabras. Los blancos nudillos cerrados en la mano femenina estaban a punto de fracturarla, mas Dana ya no lo sentía.

—No lo haré —afirmó exhausta y adolorida.

—Dana —jadeó David y su voz sonó como un susurro salido del alma. La joven lo miró a los ojos, desesperada—. No soportaría verte morir y no puedo izarte más, tu forcejeo fue demasiado. Si tú quieres morir, hazlo, pero yo caeré contigo. No me dejarás atrás.

Con los ojos dilatados, Dana lo contempló y advirtió la seriedad que acompañaba a sus palabras. David iba a cumplir lo que decía.

Ella lanzó una especie de sollozo, y de pronto él se acercó al borde del risco, sin aminorar la fuerza con que asía la frágil muñeca de la chica, quien sintió que bajaba unos centímetros mientras la tosca roca aceraba su piel, al golpear contra ella.

—Te lo aseguro —musitó David—, lo haré.

Capítulo 6

Más que de su propia muerte, Dana se acobardó al pensar en el cuerpo inerte de David, en el instante en que se estrellara al pie del risco.

—No —siseó ella con voz apenas audible—, ¡no! Subiré.

David, tras jadear y reunir fuerza, empezó a tirar de Dana de nuevo, lo que para ella resultó en extremo doloroso, pues su brazo desnudo rozaba contra la roca y lo había hecho sangrar. No obstante, los esfuerzos de David fueron premiados; al poco rato, ella se asía del borde de la ladera con la mano libre, para segundos después tenderse en aquélla, con los pies y la cadera aún suspendidos en el aire, antes de arrastrarse hacia tierra firme.

Al tiempo que luchaba por tomar aire, Dana empezó a sollozar y su cuerpo se sacudió. Las manos de David pasaron bajo los brazos de la chica para estrecharla con fuerza, mientras ella misma rodeaba con sus manos el fuerte y sudoroso cuello masculino. Dana lloró en el pecho de David, quien la oprimió aún más cuando los espasmos dieron comienzo. Con el rostro apoyado en el pelo de Dana, David le pasó las trémulas manos por la espalda, palmo a palmo. La joven no supo quién consolaba a quién. Sólo sabía que él era cálido, real y se interesaba en el bienestar de ella. Por su parte, David supo lo que Dana sentía.

Los ojos de ella estaban cerrados y sus sollozos habían cesado. Dana trató de ocultar el rostro en el cuello masculino. Los cuerpos de uno y otro se entrelazaron y posaron en el suelo. Las fuertes y pesadas piernas de David se hallaban contra las de Dana, el tosco torso contra el suave pecho y las manos de él en el largo cabello de ella. David apartó un poco la cabeza de Dana y sus labios tomaron los de la chica, fieros, trémulos, demandantes. La joven le correspondió. Esto no era lo que, en sus románticos sueños diurnos, habría llamado beso, sino una dolorosa y urgente reafirmación de la vida del otro, de saberla a salvo y necesitarla.

Dana sentía los rayos del sol en la cabeza, en sus desnudos y sangrantes brazos, en el cuello y en la mejilla; y sentía también la calidez del cuerpo de David al fusionarse la piel de ambos en un estrecho abrazo. Podía aspirar el aroma de los pinos y de la hierba, mezclada con la esencia de David. Oyó la agitada respiración de

éste y de alguien más… la suya. En ese momento una roca se clavó en su cadera y una luz amarilla la cegó. La caricia en que ambos tomaban parte, no se interrumpió.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de la chica, y mientras David la mecía, Dana dejó que corrieran libremente, reflexionando en lo imperfecto de su propio ser, en la brisa que acariciaba su cálida piel, en el hombre que tenía ante sí, y en ese negro abismo en el que había caído. Era peor que una prisión. Dominada por los sonidos y aromas de la salud, el saberse anormal constituía la mayor de las crueldades que hubiera conocido.

—¿Por qué no me dejaste morir? —musitó. Tenía los ojos cerrados y el rostro oculto en David. Este sostenía la cabeza de ella con una mano, en tanto que ocupaba la otra en estrecharla con tal frenesí que la joven pensó que no podía respirar ni moverse. Él le besó la frente y el cabello.

—No. Oh, no —respondió con voz ronca.

—El arma —señaló Dana—. El arma —insistió temblorosa, en tanto David trataba de oprimirla contra sí.

—Todo está bien, Dana, te lo aseguro. Vas a estar mejor, mucho mejor. Lo lamento mucho… mucho… —las palabras, emitidas en susurro, apenas llegaron a la conciencia de Dana, quien, al descubrir cuan fuertemente había abrazado a David, se apartó. No podía creer que hubiera estado en semejante posición.

—¿Herí a alguien? —preguntó, temerosa de la respuesta.

David la miró con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿no lo recuerdas? —inquirió, incrédulo—. ¿De veras no recuerdas algo?

—¡No! —respondió la chica con el rostro descompuesto—. Sólo sé que me hallaba contra la pared que se encuentra a espaldas de la tienda y que observaba a Mick, mientras él extendía las manos hacia mí como si pretendiera estrangularme. Después… todo quedó en blanco —con una mirada de súplica, demandó—: ¿Qué me ocurrió, David? ¿Adonde fui?

La perplejidad de él fue evidente, mientras buscaba cómo responder con propiedad. Entonces, de manera abrupta, la hizo sentarse.

—Creo que tienes mucho que perdonarme, Dana. Sospecho… —la oprimió de tal manera que ella pensó que gritaría—, sospecho que de alguna manera te has inmiscuido en algo inherente a mí —se detuvo, tratando de hallar las palabras que se negaban a llegar a su

atribulada mente.

—Como las pesadillas —intervino Dana, consciente de su estado.

—Como las pesadillas —confirmó David, sin que sus ojos delataran sorpresa alguna—. Tú sabes su origen. Debí imaginarlo. Esperaba… Dios, tú eres algo que jamás esperé. Creí que con un poco de tiempo y disciplina, sería capaz de dominarlas. No lo he conseguido del todo, ¿verdad?

—David, ¿tienes una herida en el abdomen? —se apartó de sus cálidos brazos, intranquila.

—¿Captaste esa pesadilla? ¿Qué tan sensible eres a ellas?

Con la mirada puesta en el último botón de la camisa de David, Dana respondió:

—Tan sensible como puedo, creo. A veces tengo que revisarme el vientre para cerciorarme de que no tengo una cicatriz.

—¿Y te despiertan las pesadillas? —parecía atontado y Dana no lo culpaba. Aun cuando pudiera aceptarse intelectualmente, el enfrentar un fenómeno psíquico de tal naturaleza constituía un golpe emocional.

—Sí, y paso el resto de la noche sin dormir —esbozó una sonrisa tan forzada que David quiso maldecir. Al instante, Dana alzó la vista y su boca dibujó una sonrisa genuina—. Maldecir no ayuda mucho. Es una tontería que en nada cambia la situación.

—¡Dana! —parecía asustado; su boca se transformó en una delgada y blanca línea—. Ves demasiado para tu propio bien. ¿Eres capaz de leer mis pensamientos con precisión, todo el tiempo?

—No. Como viene se va. En ocasiones tus pensamientos son expresivos, entendibles, aunque yo trate de evitar que lleguen a mí. Considero que invado tu intimidad, y… y… —pálida, bajó la vista y añadió—: David, no quiero esto, de veras. Lo siento. Si pudiera deshacerme de ello, lo haría.

—Shh. Todo estará bien, te lo prometo —la consolaba. Hasta cierto punto, él también era capaz de captar o intuir cosas.

En ese instante, la mano masculina acarició el pelo de la chica, mientras su dueño agregaba:

—¿Te gustaría saber qué creo que ocurrió hace unas horas?

Dana nunca imaginó que su cuerpo temblaría ante semejantes palabras.

—Oh, por favor. Sí, por favor.

—Cuando corriste hacia atrás de la tienda, sufrías una pesadilla… diurna. Estabas atrapada en uno de mis recuerdos, y lo

consideraste real.

Pudo continuar hablando con esa molesta lentitud, pero Dana lo detuvo.

—Espera, ¿qué quisiste decir acerca de cuando corrí hacia atrás de la tienda? ¿Cómo supiste que me encontraba allí? ¿Estabas en ese lugar? No lo recuerdo.

—Fui directamente hacia la parte posterior del establecimiento.

Dana quedó perpleja.

—¿Por qué hiciste eso? Sé que no hicimos suficiente ruido para que alguien nos escuchara desde el frente. No creo que alguien me haya visto dirigir hacia la parte posterior. ¿Por qué fuiste allá? —por alguna razón, esperó, tensa.

—No lo sé —contestó él llano, mas ante la mirada de la chica, repitió con firmeza—: ¡No lo sé! Sólo sabía que te encontrabas allí y que algo marchaba mal.

Bajó los brazos y se retiró. Dana apenas lo notó pues podía presentir una cercanía que iba más allá de lo físico. La chica se humedeció los labios.

—¿Por qué —empezó a preguntar— fuiste hoy al pueblo?

De nuevo, los labios de David formaron una delgada línea, en tanto que las hendiduras a los lados de su boca se hacían más profundas. Pareció de pronto peligroso, los ojos se le oscurecieron, mas Dana no lo notó, sino que, en su usual comunicación mental con él, percibió la ira que le provocaban su propio asombro y confusión.

—Te estaba buscando —respondió, cortante.

La joven, ignorando las señales de peligro, cerró los puños e insistió:

—¿Por qué en el pueblo? ¿Por qué no fuiste a casa? ¿O lo hiciste? No, no habrías llegado tan rápido a la escena si hubieras pasado primero a mi casa —se contestó ella misma—. ¿Por qué en el pueblo? ¿Cómo supiste que estaba allí?

—Fue un presentimiento.

—No mientas, David. No a mí.

—¡No sé! —tronó—. Sólo necesitaba liberarme de cierta tensión…

—Lo sabías.

—Creo que salí a buscarte. Supuse que podríamos tener esa charla…

—Sientes que algo toma forma en ti. Tienes miedo.

—¡No tengo miedo de nada!

—Percibes mis emociones —declaró Dana con certeza.

—¿Cómo podría, por Dios? —espetó, y en esta ocasión Dana casi palpó el peligro que David representaba, sin saber si la carga de temor provenía de él o de sí misma.

—¡No! —gritó ella y se llevó las manos a las sienes. Instantes después y ante la evidente muestra de ira de David, empezó a golpearse con los puños cerrados, concentrándose en el dolor físico para olvidar el dolor emocional.

—¡Deja de hacer eso! —el recio hombre le tomó las manos y la obligó a mantenerlas alejadas de su cuerpo. Tras fijar la vista en la cabeza inclinada de la chica, inquirió—: ¿Por qué tratas de herirte?

—¡Odio hacerlo! —se volvió—. ¡Me odio, detesto esto y a ti! ¡Sal de mi cabeza! ¿No sabes lo que me haces? ¿Lo sientes? ¿Dejarás de mentirte?

Todo quedó en silencio. Al fin las aves lanzaron sus trinos mientras el sol brillaba y el viento susurraba. Después de mirarla, con los ojos dilatados, David asintió:

—Sí, soy sensible a ti —musitó—. No sé cómo, pero así es.

Dana cerró los ojos.

—Soy tan mentirosa como todos. No te odio. No… no quiero morir. Yo… —no pudo terminar pues una lágrima rodó por su mejilla.

—Dana —habló, gentil—. Sabes que también tengo miedo.

La joven se aferró de nuevo a sus brazos y permanecieron así mucho, mucho tiempo.

Una vez en la casa, David abrió en silencio la puerta posterior y le cedió el paso a Dana. Encontraron a la madre de ésta, tensa y pálida, sentada a la mesa de la cocina, con una taza de café sin beber, frente a sí. Apenas levantó la cabeza la mujer, el alivio se hizo patente en sus ojos. Corrió a abrazar a su hija, quien colocó la cabeza en el hombro de quien le daba consuelo.

Segundos después, Denise se retiró un poco y examinó los ojos de los dos jóvenes; no notó tensión alguna.

—Entonces, ¿todo está bien? —preguntó con la atención fija en el semblante de David.

—Tenemos mucho de qué hablar —respondió él, sonriente, mientras Denise, sin asombrarse, volvía la vista hacia su hija, quien

se había sentado con dificultad—. Dana y yo creemos que hay algo que debemos poner en orden, aquí y ahora —ante la pregunta obvia en los ojos de la mujer mayor, volvió a sonreír y le mostró el arma para su inspección.

—¡Oh, gracias a Dios! —la señora la tomó y comentó—: Siempre me puso nerviosa el tener esto cerca, pero Jerry insistió. Me desharé cuanto antes de ella —fue hacia el vestíbulo dejando a Dana con una sonrisa que no era de diversión.

David, con los brazos cruzados, se apoyó contra la alacena.

—De verdad debo de haberla asustado. ¿Qué diablos hice? —le preguntó la joven—. Nunca lo dijiste.

Algo violento vibró en el aire y en seguida se esfumó.

—Nos asustaste a los dos —replicó David simplemente, con los ojos oscurecidos.

Dana sintió que el corazón se le encogía.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Es tan terrible?

—¡No! No lo es —se acercó a Dana y le acarició el rostro, lo que la hizo temblar más—. Sólo es… difícil para mí. Creo que mejor esperaremos hasta que tu madre regrese.

—Bien, ya estoy aquí —la tranquila voz llegó desde la puerta.

David bajó la mano con lentitud. Dana se irguió en el asiento, mientras Denise posaba una mirada extraña en ella, lo que la chica no notó, pues tenía la vista fija en sus manos entrelazadas.

—¿De qué quiere hablar? —continuó Denise—. Tengo la impresión de que sabe más acerca de esto, que mi propia hija. ¿Alguno de ustedes quiere café?

—Por favor —respondieron al unísono y se miraron uno al otro, él, incómodo y ella, avergonzada. Denise alzó las cejas.

En tanto la señora servía el café, su hija se dio cuenta de que tenía el estómago vacío. Empezaba a resentir las consecuencias de la falta de alimento, aunadas a la presión emocional de las últimas horas.

—Una cosa he aprendido con los años, David, y es que nada que tenga que ver con Dana puede uno considerarlo una coincidencia. Aquí está usted.

Mientras terminaba de hablar, entregó una taza de café a David, quien le agregó leche y la pasó a Dana. Esta la tomó en silencio, no sin notar que su madre los observaba de un modo raro, antes de dar otra taza de café a su invitado, quien lo agradeció y sorbió un poco. La mujer mayor se sentaba de nuevo a la mesa.

—¿Qué historia va primero, o acaso están tan interrelacionadas que son una misma? —preguntó Denise.

Las miradas de David y Dana se encontraron. El rostro masculino era inescrutable, pero Dana pudo percibir cuan tenso e incómodo se hallaba. Más acostumbrada a hablar con su madre acerca del asunto, suspiró hondo y replicó:

—Tenemos las mismas pesadillas, mamá. Son sus…

—… mis recuerdos, señora Haslow —añadió él con voz baja—. Son recuerdos de Vietnam —escondió la barbilla en el pecho y las miró. Denise suspiró ruidosamente—. Por alguna razón, Dana es extremadamente sensible a mí y está captando estas…

—… emociones —terminó la joven al verlo dudar. David la miró, desconcertado. Aún no se habituaba a tratar con Dana. Denise se volvió hacia su hija—. Tú sabes que soy incapaz de manejar esto, mamá. Mientras él es capaz de ejercer un control de sí lo suficiente fuerte para su propia… estabilidad, yo no puedo.

—Estabilidad no es la palabra adecuada —intervino David—. Pero ya tendrás la descripción precisa —Dana no supo si se dirigía a ella o a Denise—. Dana no recuerda qué ocurrió hoy. Lo que yo creo es que estuvo atrapada, para usar un término lo más correcto posible, en una especie de pesadilla diurna. Se vio involucrada en una desagradable escena en el centro del pueblo, de la que, por cierto, aún no conozco los pormenores.

—Mick estaba amenazando a una jovencita. Yo percibí su dilema y fui atrás para ver si podía ayudar.

—Entiendo —señaló David—. Bien —se detuvo como buscando las palabras que usaría—, aparentemente, sea por mí mismo o por Dana, supe que algo estaba por suceder, y llegué a la escena justo a tiempo para ver que Dana golpeaba a Mick y corría. Permanecí sólo los minutos suficientes para encarar al chico y en seguida fui en pos de ella.

Se volvió hacia Dana, cruzó la habitación y se apoyó en la mesa, muy cerca de la joven, quien todavía temblaba.

—Tú corriste aquí —continuó David—, preparaste un bulto con medicamentos y enseres de primeros auxilios y tomaste del estudio el arma de tu padre; tu mamá y yo te descubrimos. De acuerdo con lo que dijiste, creo que estabas participando… Dios, es increíble… en algo que me ocurrió a mí en Vietnam. Tú de veras vivías los hechos.

A pesar de su dominio de sí y de la deliberada calma con que

habló, su voz sonó afectada. En ese momento Denise hizo cierto ruido, pero ni David ni Dana pusieron atención.

—Yo era piloto de un helicóptero en Vietnam —prosiguió el relato—. Volaba hacía donde estaban los soldados para proveerlos de armamento y víveres, y cuando me hallaba muy cerca del fuego…

El dolor se adueñó de la cabeza de Dana, ésta gritó y apoyó la cabeza en la mesa. La jaqueca era como un estallido que palpitaba en sus sienes.

—¡Me estrellé! Oh, estoy muy confusa…

Una cálida mano descendió hasta su hombro para consolarla y ella vagamente oyó la exhalación de David, como si éste sintiera su dolor. En seguida, el hombre se llevó su mano a la frente y empezó a golpearse. Dana percibió que él de nuevo ejercía un recio control sobre sí. Mientras tanto, los músculos femeninos se tensaron y Dana empezó a padecer más y más calor. El sudor le humedeció el cuello.

—¡Me estrellé! —repitió David, áspero—. Alguien disparó al helicóptero cuando hacía yo un viaje para sacar a unos heridos. Su líder, con el resto de los hombres, se había dirigido al Viet Cong. Al parecer, en una emboscada, todos fueron liquidados. Mi helicóptero y yo caímos en medio del bosque.

—¡Mí cabeza, mi cabeza! —se quejó Dana—. Me golpeé la cabeza. Hace mucho calor. ¡Ellos no son hombres, son niños y van a morir! ¡Sin mí, morirán! —alguien le gritaba y pasó un tiempo antes que las palabras penetraran en su entendimiento.

Al oír a David abrió los ojos y lo encontró a unos centímetros de ella.

—¡Sal de eso, Dana! —vociferó él—. Nos estás enloqueciendo a ambos. ¡Sal de eso, por todos los cielos!

Al mirarlo, Dana comprendió que él notaba un destello de cordura en ella. David respiraba agitado y sudaba copiosamente. Hizo una mueca al caer en la vertiente de sus recuerdos.

—No regreses. Ellos murieron, Dana. Todos murieron. ¡No regreses! Dios, no puedo… puedo bloquearme yo, mas no puedo hacerlo contigo. No, por favor. Todo terminó, ¿me oyes?

Apenas miró el dolor y la angustia que cobraban vida en los ojos masculinos, los de ella se cubrieron de lágrimas.

—¿Todos? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Todos murieron? —escuchó un siseo de su madre.

—Todos —replicó David con delicadeza—. Fueron asesinados.

Una banda de vietnamitas los encontró y les cercenó el cuello. Nadie hubiera podido salvarlos.

—Todos… los cinco —musitó Dana.

—Los cinco —los dedos masculinos oprimieron los hombros de la chica. En seguida, David se apartó, para permanecer frente a ella, todavía muy cerca.

Dana lo contempló. Él respiraba agitado.

—¿Fue entonces cuando tú resultaste herido? —inquirió la joven —. ¿Te hirieron y abandonaron para que murieras?

—¡Dios mío! —exclamó Denise.

—Sí —respondió él oprimiendo las manos femeninas.

—Las pesadillas son reales. Tienes una cicatriz, ¿no es así?

Impulsada por la necesidad de comprobarlo, se acercó al hombre y le levantó la camisa sin avergonzarse de hacerlo, ni pensar que él pudiera ofenderse.

—¡Dana! —vociferó su madre a guisa de protesta, mas ni uno ni otra le prestaron atención.

David se inclinó sobre el suelo, manteniendo tensos los músculos del torso y las manos a los costados. Con la mirada indicó a la chica que comprendía su necesidad, y ella desabotonó, con manos temblorosas, la prenda masculina. Apretó el puño sobre esta y la estrujó, para luego posar las manos en la solapa, mientras contemplaba el oscuro pecho poblado de abundante vello que se iniciaba muy cerca del cuello y dejaba de verse en la cintura del pantalón vaquero. Al rozar el abdomen descubrió que la piel, pese a su aspecto, era suave al tacto y al pasar la mano por la cicatriz, se estremeció. David permaneció inmóvil y Denise, a pesar de sí, se volvió a mirarlo, fascinada. La mirada de Dana, en tanto, se encontró con la de David y éste asintió.

—Es real. Es real. No estoy loca. La navaja.

Tras decir eso, Dana se llevó la mano al vientre y se lo escudriñó, en un acto similar al de él, trece años antes. El rostro femenino adquirió un rictus de agonía y Denise gritó al ver a su hija irse de espaldas. David la sostuvo antes que cayera al suelo.

De hinojos, la sostuvo un momento, abrazándola mientras la cabeza de ella descansaba en el pecho de él. El cuerpo de Dana estaba totalmente laxo. Al mirarla a la cara y notar que tenía los ojos cerrados, David aspiró hondo y ocultó el rostro en el abundante pelo de ella. Pasados unos momentos, la levantó en brazos, con suma suavidad, para llevarla arriba. La cabeza de Dana cayó

pesadamente en el hombro masculino, dejando a la vista su vulnerable y pálido cuello.

—Está bien, señora Haslow —murmuró David al ver a Denise, preocupada, rodear la mesa.

En ese instante, él miró hacia el cuello de la chica y, viendo la vena que allí palpitaba, inevitablemente pensó que era el sitio ideal para un ataque mortal. De inmediato surgió en él la idea de protegerla; al mismo tiempo, sintió ira contra sí y los recuerdos que no podía evitar.

—Sólo se desmayó —continuó—. Ha pasado una dura prueba y, supongo, sin mucho alimento. ¿En dónde puedo acostarla?

Siguió a la madre de Dana al piso superior, luego a la habitación de la chica. El la depositó en la pulcra cama, antes de echar un vistazo alrededor. Inclinado, tomó el pulso de la joven, encontrándolo estable. Frunció el ceño al ver las magulladuras en el delgado puño, y le estremeció saber que se trataba de las evidencias del fallido intento de Dana por suicidarse.

Se sentó en el borde del lecho y contempló el rostro que, sin aquellas señales de tensión o de estar a la defensiva, mostraba hermosos rasgos. La joven era muy bella.

—Estaría mejor si, dadas las circunstancias, yo me fuera de este lugar —declaró David en el momento en que Denise rodeó la cama para ver a su hija—. Su condición mejoraría, estaría a salvo —lo sorprendió descubrir cuánto se le dificultaba pronunciar las palabras.

—¿Sí? —dudó la mujer mayor y pasó una mano por la aún demacrada faz de su hija—. Si se sienta aquí un rato, tal vez yo pueda preparar algo para comer. Dana no tiene mucho en el estómago, y estoy segura de que eso la ayudará a mantenerse tranquila cuando despierte.

David volvió la vista hacia Denise y abrió la boca para decir algo, mas al ver aquel rostro que también reflejaba tensión, calló y asintió con la cabeza. La señora salió de la habitación.

Dana empezó a recobrar la conciencia poco a poco, hasta que al fin abrió los ojos. Se hallaba sobre algo mullido y volvió la cara al sentir cierto calorcillo en una de sus manos. David, sentado a su lado, se la sostenía con las suyas.

—Me porté como una tonta, ¿verdad?

—Yo diría que has soportado demasiado. Es comprensible —replicó David sin sonreír.

Como Dana empezó a tensarse, inconscientemente, David pasó una mano por su frente y luego por su mejilla.

—¿Qué es esto? —demandó ella.

—No puedo acercarme a ti —respondió David, irritado—. Lo siento, Dana, no quise decir eso, pero, maldición… tienes que comprender cuan inquietante resulta todo esto.

Cansada, la joven se volvió a contemplar el lado opuesto de la habitación. La cama crujió cuando David se movió y, de manera abrupta, la asió por los hombros para obligarla a sentarse. El dolor y la sorpresa la hicieron cimbrarse, mas David no reparó en ello; la tomó por el cuello y le giró la cabeza para que lo mirara. Dana así lo hizo y, con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado, vio que él se inclinaba y cubría su boca con la suya.

Dana besó aquellos labios casi de manera involuntaria; cerró los ojos y rodeó con las manos el fuerte cuello. David la abrazó con tal frenesí que Dana perdió la respiración. Pasados unos segundos, él la soltó y ella cayó sobre su almohada, aturdida por sus emociones y lo inesperado de los hechos.

—Dana, me marcho —apuntó David, tosco—. Dejaré la casa de Grace. ¡No puedo vivir allí a sabiendas de que soy la causa de tus problemas! ¡Esto no puede continuar así y los dos lo sabemos! Estás muy delgada, no comes y de alguna manera has sacado a luz todos los recuerdos que yo luchaba por enterrar. Es lo mejor para los dos. Me iré tan pronto como pueda.

Dana apenas tuvo tiempo de comprender lo que él decía. Bajó la vista y casi sofocó un grito ante la consternación que le provocaban sus palabras. Pese a saber que a últimas fechas David era el causante de sus aflicciones, le importaba mucho volver a verlo o no verlo más. Le importaba sobremanera.

Capítulo 7

—¡Eso no funcionará! —exclamó Dana con torpeza. El silencio llenó la habitación y ella se volvió sobre la almohada para mirar a David.

—No funcionará —repitió—. ¿Recuerdas lo que la señora Cessler te dijo acerca de lo que ocurrió cuando mi padre murió? Él no estaba cerca de mí en ese momento. ¿Crees de veras que las cosas cambiarán por el simple hecho de que tú te vayas? Si ahora soy tan

sensible a ti, seguiré siéndolo sin importar en dónde te encuentres. Sufriré tu dolor.

A pesar de que nada cambió en el rostro de David, la joven supo que lo había contrariado y se estremeció.

—Dios, ¿por qué yo? —se lamentó él—. ¿Por qué demonios tenías que inmiscuirte? ¿Por qué no puedes liberarte de esto?

Con el rostro oculto entre las manos, la chica replicó:

—¿De verdad supones que yo quiero esto? ¿No crees que si pudiera, me desharía de esa parte de mí? Debí morir esta tarde, debí morir.

—¡No digas eso! —aspiró hondo, la miró de manera penetrante y entrelazó las manos. Ella evitó verlo.

No obstante, al cabo de unos segundos, apartó las manos del rostro y lo observó con dureza.

—Además —dijo suavemente—, ¿no estás tú tan atrapado como yo? Porque no puedes liberarte de ti mismo, de tus recuerdos, sin importar cuánto lo intentes. Los suprimes y los suprimes, pero siempre resurgen. Las pesadillas, las noches de insomnio, esa vida solitaria, constituyen tus estigmas. Si pudieras arrancar aquella parte de tu existencia, lo harías.

David se incorporó de manera violenta, caminó por la habitación y luego se volvió. No obstante que abrió la boca, no pronunció palabra alguna. Se miraron uno al otro; como en la tarde, los rayos solares que se filtraban por las cortinas cayeron sobre ellos.

Cuando la madre de Dana entró, ésta fue la primera en volverse; le sonrió al notar las marcadas líneas del rostro, así como el pelo grisáceo.

—Me parece que los dos deben saber cuándo estoy preparando la comida —comentó Denise—. Está lista abajo, si ustedes lo están —observó a David, quien, con la espalda rígida, miraba a través de la ventana.

—Bajaré contigo, mamá —aseguró la chica al momento, sin dirigir la vista hacia la ventana—. Estoy segura de que David querrá lavarse las manos.

Esto era baladí y todos lo sabían, pero la mujer mayor lo aceptó sin cuestionar y las dos bajaron hacia la cocina.

Sentada ante los sencillos platillos, Dana comió sin hablar mientras pensaba en el hombre que se hallaba en su habitación. Casi brincó cuando su madre, mirándola de manera extraña,

preguntó:
—¿Te das cuenta de que hoy no has sido sensible a mí, Dana?
—¿Qué quieres decir? —tartamudeó la aludida, con el rostro blanquecino.
—Tú lo sabes —le escudriñó el rostro y la joven desvió la mirada—. Siempre lo has sabido. Nunca he tenido que llamarte para que bajes a cenar. Y ahora, por alguna razón y por primera vez, has tenido que esperar a que lo hiciera. ¿A qué lo atribuyes?
Mientras miraba sus alimentos a medio comer, Dana respondió con voz trémula:
—No lo sé.
Aterrorizada, pensó con desesperación en cómo hacer algo que había constituido un hábito común en ella. Se relajó cuando su madre aceptó en silencio la respuesta.
—No lo sé —repitió Dana—. Puedo sentir tus emociones ahora.
—Lo que yo estoy preguntando es por qué no las captaste antes —se miraron mutuamente, hasta que la chica, impelida por el sonido de pisadas cerca de la puerta, se volvió.
David apareció, los anchos hombros contrastaban con las estrechas caderas. El hombre tenía el pelo alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él, y su rostro denotaba cansancio. Caminó despacio como si se tratara de un anciano. Sumamente conmovida, Dana estuvo a punto de acercársele. Él se detuvo en la puerta y recorrió con la vista a las dos mujeres.
—Si no les importa, creo que me iré ahora. Tengo muchas cosas que hacer.
Sin responder, la joven lo miró con los ojos muy abiertos e intentó "percibir" qué sentía y pensaba él. Mientras tanto, Denise contestó.
—Por supuesto, no creas que necesitas quedarte. Ya nos has brindado ayuda suficiente por hoy. No sé qué habríamos hecho sin ti.
La expresión sardónica con que David miró a Dana hizo que ésta fuera presa del dolor. En ese momento y sin mirar atrás, él avanzó a grandes zancadas hacia la puerta de salida y se marchó. La joven quedó con una especie de vacío interior, con emociones complejas bulléndole en el pecho, incapaz de adivinar los propósitos de su vecino, o de dar un orden a sus propios pensamientos y sentimientos.
El día siguiente resultó muy tranquilo. Dana pasó el tiempo

entre la lectura, las siestas y su bordado. Se sentía agotada y vacía. Cuando lo comentó con su madre, ésta replicó que no le sorprendía, si se consideraban las tensiones a las que había sido sometida. Denise tenía razón; Dana suspiró, le desesperaba su propia persona y el mundo que la rodeaba. Todo le parecía vacuo. En ocasiones, cuando salía de su soledad y aburrimiento, se valía de su mente para reafirmar su compatibilidad con su madre. Ignoraba por qué no armonizaba tan bien con esta como ocurría en el pasado, mas le atemorizaba indagar la causa.

La tarde transcurrió y al final, cansada y con inexplicables ganas de llorar, Dana estuvo más que lista para ir a su habitación, donde casi al instante cayó en un profundo sueño.

Todo era oscuridad. Nunca había visto tal penumbra y el calor era tan húmedo y sofocante que, atormentada por el absoluto silencio, pensó que debía extraerlo de su mente. Lo peor eran esas pisadas, ese arrastrar de pies; porque, pese a que no podía ver qué estaba ocurriendo, lo escuchaba y sabía que era real.

Tentaban a la muerte. Como muchos de los soldados, después de alejarse, ella (él) había regresado para asegurarse de que ninguno quedaba, luego de la cruenta batalla sostenida contra los vietnamitas de ese pequeño poblado.

La rabia la (lo) dominó cuando recibieron la orden de disparar contra los indefensos aldeanos, quienes portaban arcaicos fusiles, cuchillos, bieldos y otros aperos de labranza. Como los soldados estaban "enfermos del corazón" y los aldeanos, de miedo, la noche pronto se lleno del pútrido olor del miedo y de la locura.

De pronto, otro aroma hizo su aparición. Cuando el olfato de ella (él) detectó el olor a gasolina, algo la (lo) hizo reaccionar; volvió la cabeza en esa dirección y apuntó con la mano hacia el brillo que le hería los sentidos. Lanzó un alarido de horror y rabia al verlo que se estaba incendiando.

Los soldados prendían fuego a los aldeanos muertos. Ella (él) nunca había visto algo tan escalofriante en su vida.

Los gritos resonaron desde los límites del bosque donde los nativos sobrevivientes se habían refugiado, y ella (él) gradualmente se percató de que sus propios disparos nunca cesaron, que habían constituido otra forma de alarido.

El repentino e intenso calor hizo que Dana se irguiera, rígida, en

su cama; tenía el cuerpo empapado en sudor y el eco de sus gritos aún reverberaba en la oscura y silenciosa casa. Todavía impresionada por el terrible sueño, abandonó la cama y caminó tambaleante rumbo al baño, con una mano sobre los trémulos labios.

El dolor por lo que había presenciado seguía atormentándola. Las manos le temblaban y los sollozos la estremecían. De improviso, su madre apareció en el baño y acto seguido, encendió la luz, somnolienta, confusa y aterrorizada, inquirió:

—¿Dana, querida, estás bien?

Sin molestarse en contestar, la chica, dando traspiés, volvió al dormitorio, donde se puso la bata de baño tan rápido como lo permitieron sus torpes manos. Pasados unos minutos, aún impresionada por la pesadilla y su propia reacción, se encaminó a la escalera y, asiéndose de la balaustrada, bajó a ritmo pausado. Le temblaban mucho las piernas.

Su madre la siguió y desde la parte superior de la escalera, le preguntó aterrorizada:

—¿Dana? ¡Contéstame! Dana, ¿estás bien?

La aludida no se volvió; tenía una idea fija en la mente. Cruzó la puerta principal y salió a la oscuridad, casi cayendo por los escalones del pórtico. Entonces, algo fuerte y grande surgió de entre el manto de la noche y la asió; luego, dos brazos la rodearon con tal fuerza que le cortaron el aliento. Ante el impacto del encuentro y la certeza de saber de quién se trataba, Dana rompió en sonoro llanto. En vano trató de hablar en medio de los sollozos.

David la abrazaba, y tranquilizaba, mesándole el fleco y hablándole al oído. Aferrada a él, Dana intentaba revelarle el horror de las imágenes que aún permanecían vivas en su cerebro.

—Lo sé, lo sé —repitió David las monótonas palabras hasta que ella las comprendió.

Otra voz grave penetró en su conciencia.

—Cielo santo, es verdad.

Como Dana mantenía la cara oculta en el pecho masculino, sus lágrimas mojaban a ambos. Mientras David la oprimía contra sí, ella sintió la mano de él en la parte posterior de la cabeza, el varonil rostro contra su cabello y la cintura dolorida a causa de la presión del abrazo.

—Vamos. Entremos —dijo al fin David—, sentémonos en el sofá hasta que te sientas mejor. Eso es, coloca un pie adelante del otro y

mueve las piernas. No es difícil, ¿verdad?

David la sostenía a pesar de que ella podía levantar el rostro. Al entrar los dos en la ahora iluminada casa, los aguardaba la preocupada madre de Dana. Esta no empezó a calmarse hasta que sintió que la inquietud de David iba en descenso. El tenía el brazo sobre los hombros femeninos, y Dana lo oyó suspirar, como si sostuviera un gran peso.

Al llegar al sofá, la chica se hundió en él y vio que un hombre extraño la observaba; se arregló la bata de baño. Le devolvió la mirada, casi desafiante. Era mayor que David, tal vez de unos cuarenta años, y su pelo gris se conservaba negro en la parte de atrás. Su rostro estaba muy marcado y, al mirarlo de cerca, notó que sus ojos reflejaban compasión.

David se sentó al lado de Dana. Ella no se volvió a verlo. Denise, perpleja ante la inesperada aparición de dos varones, uno de ellos desconocido, cerró la puerta. La vista de la joven viajó hasta ella y la mujer mayor le preguntó por cuarta ocasión.

—¿Estás bien, querida?

Aunque el gesto fue casi de cansancio, Dana sonrió a su madre y asintió. Denise se encaminó al asiento y se arrellanó en él, mientras su hija se cerraba firmemente la bata sobre su agitado pecho.

En ese momento el extraño habló y la joven se volvió a mirarlo.

—¿Tú eres Dana? —inquirió, amable, como si el que lo despertaran a las dos de la mañana le resultara un hecho cotidiano, común. Ciertamente era el único de los cuatro que se hallaba más o menos vestido. Entonces, la chica miró hacia los pies del hombre, y al descubrir que, como el resto, estaba descalzo, se sintió aliviada.

Afirmó en silencio a la pregunta formulada; su rostro mostró una intensa palidez a la dorada luz de la sala, y sus facciones denotaron cierta tensión, en tanto que sus ojos conservaban un tenue brillo. Su mano apretó, temblorosa, la cinta de la bata.

—Me gustaría presentarles a un amigo —dijo David—. Peter Cartwright. Esta es la madre de Dana, Denise Haslow.

La joven inclinó la cabeza cuando oyó a su madre murmurar una especie de saludo y al hombre responder con gentileza. Intentó escudriñar mentalmente la personalidad del extraño, y para su desaliento, no lo consiguió. Era tan "transparente" como un muro de ladrillos. Con los ojos cerrados, las piernas juntas y los hombros bajos, oyó a David agregar:

—Tú también tuviste la pesadilla —aunque era una afirmación,

Dana asintió.

Al alzar la vista, descubrió que la aguda mirada de Peter se hallaba fija en ella. La esquivó y dirigió la propia al suelo. Empezó a contar los hilos del burdo tapete donde apoyaba los pies. Se preguntó por qué ese hombre la cohibía tanto.

—Peter —informó David—, va a pasar una temporada conmigo, y tuvo un despertar brusco, como imagino que tuvieron ustedes. Por favor, perdónenme por eso.

—¡Santo cielo! —exclamó Denise—. ¡No es tu culpa, David! Después de todo, nada de esto habría pasado si Dana…

Titubeó cuando su hija irguió la cabeza y miró fijamente primero a ella y luego hacia Peter. La chica no supo por qué se molestaba, si tenía la horrible sensación de que era demasiado tarde. Reacia, contempló a David, consciente de que él había comprendido su obvia insinuación, y temió que pudiera sentirse ofendido o molesto.

David la miraba con seriedad, como si tratara de comunicarle algo sin palabras. Así, mientras ella trataba en vano de hacerle creer que todo estaba bien, él le decía algo que la hizo palidecer. Era una sensación profunda, terrible y… familiar. Era así como se había sentido ante la traición de la señora Cessler.

—Me tomé la libertad de confiar a Peter algo acerca de la naturaleza de lo que tú y yo… experimentamos —señaló David—. A él le gustaría tratar de ayudarnos a…

—¿Por qué se lo dijiste? —grito Dana, sintiéndose sola e indefensa.

Él dudó antes de admitir:

—Muy poco.

—¡Mentiroso! Le contaste todo, ¿no es así? ¡No creas que lo ignoro! ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Yo confié en ti!

Todos empezaron a hablar a la vez, y Dana, incapaz de manejar la situación, estalló en llanto; mientras las lágrimas empañaban sus ojos, fijó la vista en el hombre que estaba sentado junto a ella. Había un mundo de condenación y dolor en esa mirada.

—¡No te correspondía! —exclamó la joven y saltó del asiento para salir de la habitación. Corrió al primer refugio que se le presentó: el estudio de su padre.

Alguien la siguió de prisa. Desesperada, buscó una cerradura inexistente. Las pisadas se detuvieron de manera abrupta, y Dana alcanzó a oír dos voces que discutían; una era de Peter, la otra, de

David. Cansada y tensa, se apoyó contra la puerta, desde donde captó la aspereza en la voz de David. En ese instante, alguien del otro lado se alejó y ella aspiró hondo.

David se había retirado. Las pisadas continuaron hasta detenerse justo afuera del estudio. Ella se apoyó más contra la puerta y tembló ante el inofensivo sonido de la voz masculina.

—Dana, sé que te sientes traicionada por David, pero te aseguro que él hizo sólo lo que consideró más saludable para los dos.

El hombre mayor se detuvo; Dana guardó silencio y al oír de nuevo la gentil y calmada voz, descubrió que se relajaba.

—Yo estuve en Vietnam con David. Así nos conocimos; él era, como ya sabes, piloto de un helicóptero, y yo, un médico recién egresado de la escuela. Por favor, ¿puedo entrar y hablar contigo?

Dana estuvo a punto de negarse. Pero aun cuando mentalmente preparaba la respuesta negativa, alcanzó el pestillo con ambas manos, lo giró y abrió la puerta. Permaneció impasible, dispuesta a estallar de nuevo a la menor provocación. Aunque Peter no se movió, le sonrió de manera tan gentil que la joven le cedió el paso al interior; él entró y cerró la puerta.

—Me gustaría hablarte un poco de David, ¿puedo?

Era quizá lo mejor que podía haber dicho, pues Dana asintió casi al momento. Lo observó mientras él se acomodaba contra el escritorio, y sonriente, la invitaba a que ocupara el cómodo asiento instalado enfrente. Ella aceptó y, frotándose las sienes a causa del dolor que la agobiaba, escuchó atenta. Peter empezó a hablar.

—David siempre ha tenido una personalidad muy fuerte. Es decidido, agresivo y enérgico. Cuando estábamos en Vietnam, recuerdo su ira ante el caos desatado, el combate, la muerte de inocentes… de ambos bandos…

Dana se acomodó en su asiento casi con violencia, pero Peter al parecer no lo notó, pues continuó:

—Todo lo relativo a Vietnam era una grotesca experiencia a la que muchos jóvenes, casi niños, eran lanzados para que se convirtieran en asesinos. David respeta sobremanera la vida humana, y la forma en que se desperdiciaba en esa guerra era algo ajeno a él.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Oh, Vietnam era algo para lo que no estaba preparado. Ninguno de nosotros sabía lo que le esperaba. El gobierno aseguró que íbamos a pelear por la justicia, y todos marchamos allá con

ideas distintas de lo que eso significaba. Muchos de los chicos, afectados por las películas de John Wayne, aspiraban a convertirse en héroes. David y yo, cada uno en sus diferentes especialidades, sólo tratábamos de preservar cuantas vidas pudiéramos, algunas veces en vano. Independientemente de nuestro regocijo por las que salvábamos, eran muchos los que morían.

Volvió a detenerse para luego continuar.

—Por lo que trato de decirte y por tus propias experiencias con David, tal vez entiendas lo que le ocurrió en el tiempo que pasó en aquel lugar. Los sentimientos que albergó, la rabia, el horror, la impotencia, todo era demasiado para describirlo. David es un superviviente, gracias a su habilidad para encerrarse en sí mismo. Él mantuvo el control sobre sus emociones a fin de no perder el contacto con la realidad, como les ocurrió a muchos de los combatientes.

Aspiró antes de agregar:

—Mas ahora, cuando podía haberse liberado de esos sentimientos negativos, no lo hace y éstos salen a flote por sí mismos, resultando quizá más intensos y atemorizantes. Dana, tengo que darte las gracias porque tú eres la razón de que David al fin se atreva a confesar que necesita hablar de Vietnam, lo que lo llevará a exorcizar el fantasma que lo atormenta. Tú lo has hecho atemorizarse de sí mismo, al pedirle que te salve.

La chica se miró las manos. Los dedos le temblaban y, con la cabeza inclinada, su delgado cuello parecía muy frágil.

—Creo que por hoy es suficiente, ya se ha hecho tarde —señaló Peter, amable—. No podía dejar pasar el resto de la noche sin explicarte el conflicto de David, y la causa por la que él decidió hablar conmigo, quizá para que fuera más cómodo para ti.

—Eres psiquiatra, ¿verdad? —afirmó Dana después de aclararse la garganta.

Tras dudar un momento, él respondió con suavidad:

—Sí, lo soy. Espero que eso no te asuste y te aleje de mí. Me gustaría hablar contigo un poco más, tal vez mañana, si no tienes inconveniente.

Dana tomó aire y lo expulsó despacio, para liberar la tensión.

—Creo que me gustaría.

—Bien. Gracias por escucharme —sonrió Peter.

Al ir a la cocina, encontraron a Denise y David, meditabundos, sentados a la mesa, ante sendas tazas de café. Apenas entraron el

médico y su hija, la mujer mayor se incorporó y miró a Peter y a Dana, quien sólo observaba a David. Este oprimió con las manos la taza del café. Su inexpresivo rostro estaba vuelto hacia la ventana, por donde se filtraban las primeras luces del amanecer.

Aunque Dana se instaló cerca de la silla de David, éste no levantó la vista. Insegura ante qué debía hacer, ella alzó una mano, la sostuvo en el aire brevemente y al fin la posó en el hombro masculino, al que masajeó con delicadeza. David, permaneció inmóvil, encerrado en sí mismo. Dana, desesperada, trató de transmitirle confianza, usando para ello toda su capacidad mental. Al fin, los fuertes y musculosos hombros se relajaron, y David, cansado, se pasó una mano por los párpados. Impasible, miró a la chica, quien sonrió, leyendo con facilidad sus atribulados pensamientos.

En ese instante, el agotamiento hizo que Dana casi se desplomara sobre el suelo; vagamente se percató de que su madre y Peter hablaban con voz baja al otro lado de la habitación. David, por su parte, se incorporó de prisa, le pasó un brazo por los hombros y la guió hacia el pasillo. Dana apenas arrastró los pies y dirigió la vista hacia su madre, quien se hallaba absorta en lo que Peter le decía; el rostro de Denise también mostraba huellas de cansancio. Al mirar hacia David, la joven se sorprendió de descubrir una sonrisa de comprensión; él, sin embargo, casi la empujó rumbo a la escalera. Ella se dio por vencida.

Ya en su habitación, Dana se despojó de la bata de baño, que cayó en el suelo, antes de acostarse. La cama crujió cuando David ocupó un espacio muy cercano a la joven.

—¿Qué te dijo Peter?

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé —replico David arqueando una ceja.

—Lo sabes —insistió ella—. ¿Por qué tratas de engañarte? ¿Por qué no aceptas esa parte de ti que, por alguna razón que sólo Dios conoce, es sensible a mí? Además de mentirte, pretendes hacer lo mismo conmigo, y no funciona. No puedes deshacerte de ese hecho.

David se puso de pie, caminó por la habitación y luego se volvió.

—¡No soy tú! —exclamó tan iracundo que la acobardó—. ¡No estoy acostumbrado a esto, no he vivido con ello como tú! ¡Tú gimes, te lamentas, pregonas tu aflicción! ¿Cómo te sentirías si de pronto perdieras esa "gran aflicción"? ¿Cómo te sentirías si esa parte de ti no se manifestara más?

El rostro de Dana perdió color, y sus labios temblaron. Él percibía el miedo, oculto a medias, que ella sentía cada vez que se preguntaba si estaba perdiendo esa sensibilidad a los demás, la constante y peculiar invasión de otras emociones y pensamientos. Al gritar, Dana había controlado el miedo, lo mismo que al atraer, en consecuencia, la atención de su madre y, en un esfuerzo consciente, lograr la percepción de pensamientos y emociones ajenos. Mas el temor persistía y David no lo ignoraba.

En ese instante, Dana se levantó de la cama y se alejó tanto como pudo del ahora silencioso hombre que había invadido su mente, conciencia y hasta su intimidad. Entonces, se volvió como un animal furioso y espetó:

—Al menos yo nunca he sido tan cruel para herir a otra persona con el conocimiento que me brinda mi sexto sentido. Fíjate en lo que dices y aclárame por qué lo hiciste.

Esperó un momento, en el que todo quedó en silencio.

—¿Ves? —murmuró Dana al fin—. Te mientes más de lo que te das cuenta. Ahora, vete. He tenido suficiente para una noche. No quiero escucharte más.

Apenas terminó de hablar, se encaminó a la ventana y miró el amanecer. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Al oír a David moverse, percibió sus intenciones y se contrajo contra la ventana, como si quisiera atravesarla y salir de allí. Por desgracia, tanto la habitación como el hombre la tenían cercada, y no hizo sino estremecerse cuando la mano masculina se posó en sus hombros y David la hizo volverse hacia sí, para rodearla con los brazos y oprimirla contra su cálido pecho.

Tras un prolongado silencio, él musitó:

—Nunca ha sido mi intención herirte. Lo lamento. Lo último que querría sería lastimarte. Lo siento.

—No es cierto —apoyó la cabeza en el fuerte hombro y con los ojos cerrados añadió—: ¿Cuándo vas a dejar de herirte a ti mismo?

Pasado un tiempo, David inclinó la cabeza para ver su fatigado rostro. En seguida, con infinita amabilidad, la llevó a la cama, la ayudó a acostarse y la cubrió con las mantas. La palidez de su faz, el delgado cuello y la seriedad con que lo contempló, hicieron parecer a Dana como una niña. Esto provocó una sonrisa en David. Los rasgos de ella se relajaron y su respiración se hizo profunda.

Él permaneció cerca algunos minutos, acariciando el cabello que se había extendido en la almohada. Después de un tiempo se movió,

sin darse cuenta de que, desde la puerta, Denise y Peter lo observaban en silencio, preocupados. Con el agotamiento que parecía haberse propagado por todo su ser, y que arrastraba desde hacía años, respondió a Dana, como si ésta acabara de formularle la pregunta.

—No lo sé, Dana. No sé cuándo, simplemente no lo sé.

Las dos silenciosas personas que se hallaban en la puerta se retiraron sin hacer ruido. Luego de un tiempo, David salió y se marchó.

Capítulo 8

Al día siguiente Dana despertó tarde y al hacerlo, se sintió descansada. Después de una rápida mirada al reloj, abandonó la cama y se puso la bata de baño, con la intención de dirigirse a la ducha. Al llegar al corredor, escuchó voces que provenían de la escalera; consternada y sorprendida, se detuvo. ¿Por qué no lo adivinó?

En el pasado nadie la habría sorprendido. Sin importar que fuera sensible o no a la persona que visitaba la casa, siempre sabía cuándo alguien ajeno a la familia entraba en ella; incluso sabía cuándo iba a recibir una llamada de larga distancia, pese a que a veces ignoraba quién la haría. Buscó en su mente, incómoda. Antes que tuviera oportunidad de comprender, oyó la profunda e impaciente voz de David, la cual llegaba desde la sala.

—Dana, por el amor de Dios, ¿terminarás con eso?

Ella se sobresaltó, consternada, y en seguida se oyeron las pisadas que se acercaban. David apareció al pie de la escalera y se detuvo, con un pie en el primer escalón.

—¿De qué se trata? ¿A qué le temes?

Ocultando su tribulación, la joven avanzó y replicó irritada:

—A nada. ¡Nada en absoluto! —se metió en el baño, cerró la puerta de golpe y le puso el cerrojo. Se duchó con furia; se frotó la piel hasta enrojecerla y, sin prestar atención al brillo de su cabello, lo lavó con grandes dosis de champú. Al terminar, fue a su habitación y se vistió del mismo modo como se bañó; se puso un vestido ligero y en su furia rompió un tirante, por lo que se lo quitó y lo arrojó a un rincón para ponerse otro con la misma rudeza. Después de pasar un peine por su larga y espesa cabellera y dejarla caer sobre los hombros, salió de la habitación y bajó por la escalera.

Cuando entró en la cocina, halló a su madre ocupada con la cafetera y a David y a Peter sentados a la mesa. Todos se volvieron a ver a la joven. Saludó con una inclinación de cabeza a Peter, al tiempo que miraba a David, y tocó el hombro de Denise al pasar junto a ella. Abrió el refrigerador y se encerró en sus pensamientos y sensaciones, tratando de descartar la posibilidad de que David hurgara en su mente. En ese momento oyó una risa, mas no podía darse el lujo de volverse para ver quién la emitía.

Tomó el envase de leche, cerró la puerta del refrigerador, sacó una caja de cereal de la alacena y los depositó con fuerza sobre la mesa, antes de regresar por una cuchara. La única silla disponible estaba junto a David.

Al abrir la caja de cereal y dejar caer algunas hojuelas en el plato, el hombre cercano a ella se movió, colocó las manos sobre la mesa y preguntó:

—Bien, ¿qué ocurre?

En cuanto Dana levantó la vista, encontró tres pares de ojos con la atención fija en ella, uno impaciente y demasiado cerca para su comodidad.

—No hay intimidad en este mundo, ¿verdad? —musitó Dana al tiempo que bajaba los hombros. Vertió leche en el tazón, esparció azúcar sobre el contenido, mirándolo furiosa, como si quisiera lanzarlo al otro lado de la habitación.

—Tanto tu madre como Peter, saben qué sucede entre nosotros —comentó David, con excesiva suavidad cuando Dana hundió la cuchara en el cereal—. Nada de lo que se diga los impresionará o sorprenderá.

—¿Y de quién es la culpa? —espetó ella con ojos, boca y cuello tensos en un esfuerzo por sofocar su inquietud y frustración. Fue inútil.

—¡Maldita!…

—No me maldigas, no… —estalló, iracunda.

—¿Dictas mi conducta ahora? ¿Es eso?…

—Porque me atacas sin…

—… he tenido un gran cúmulo de provocación y ello no es…

—¡Calla! ¡Basta! —al tiempo que gritó, Dana se cubrió las orejas con las manos. La cuchara que aún sostenía golpeó contra su oreja.

—¡Ouch! —exclamó David y se llevó la mano al lado derecho—. Rayos, casi te la arrancas…

Dana golpeó la mesa con ambos puños, mientras decía en un alarido:

—Es mi oreja, no la tuya; sal de mi mente, por favor.

Los cuatro presentes vieron como en cámara lenta cómo volaba por el aire el platón de cereal, al golpearlo Dana con la cuchara, esparciendo su contenido sobre la mesa, en la pared y aun en la joven y en David. El tazón se precipitó contra el suelo con un sonoro crack y los fragmentos formaron una especie de tapete.

En silencio y con expresión de fastidio, Dana miró el suelo.

Luego, decidida y sin volver la vista atrás, se marchó. De camino a la salida tomó la toalla que pendía del refrigerador y se enjugó la cara. Al llegar a la sala se lanzó sobre el diván.

—Supongo que tienen una explicación completa y comprensible para todo esto —comentó Peter de buen humor.

David casi lo taladró con la mirada.

—Lamento el comportamiento de Dana —intervino Denise con tono de desamparo—. No sé qué decir.

—No se disculpe —la tranquilizó el psiquiatra—. David y Dana son responsables de sus actos, no usted. Ambos se hallan bajo una gran presión y por eso es comprensible que actúen así —se dirigió a la puerta, pasando sobre los fragmentos de cristal, que Denise se apresuró a recoger.

Con una mano, David detuvo a Peter.

—Creo que esta vez es mejor que yo hable con ella.

—Yo tengo una cita —replicó Peter después de retirar con cuidado la mano de su amigo—. Ten paciencia. Hay tiempo.

Aunque apretó los labios, David permaneció atrás y le permitió continuar su camino. Apenas el médico abandonó la habitación, él suspiró, movió la cabeza y ayudó a Denise a limpiar el suelo.

Dana no se volvió cuando oyó que alguien entraba en la sala. Se concentró en ocultar su rabia y frustración, en tanto decidía no permitir que se repitiera lo sucedido hacía unos momentos, sin importar lo que David dijera. En ese momento, Peter se le acercó y ella experimentó un gran alivio, pues supuso que se trataba de David.

—¿Te das cuenta de que es válido que algunas veces te molestes y vociferes? —preguntó el médico dedicándole una sonrisa. Su gentileza la hizo sollozar—. ¿Eres una persona que teme enfurecer y hacer escenas? —inquirió él mientras se sentaba a su lado.

Dana asintió, se enjugó el rostro y musitó:

—Nunca me había puesto así. Yo… no sé qué me sucedió, yo… él estaba tan tenso e irritado… eso martillaba en mi cabeza y no pude evitar lo ocurrido.

De alguna manera empezó a contarle todo. Fluyó con naturalidad, en tanto Peter sólo intercalaba algunas preguntas y palabras de aliento. La joven habló del horror sufrido durante las pesadillas, de su miedo a enloquecer, de la sensación eterna y tirante de los días pasados, de su extraña pesadilla diurna el día anterior y de su intento de suicidio. Le contó de su reciente pérdida

de sensibilidad, así como de su creencia de que el mundo entero se volvía contra ella y no sabía en qué parte de sí misma volver a confiar. Cuando mencionó que se consideraba una aberración de la normalidad, Peter la interrumpió.

—¿Y de veras te consideras única? —le sonrió de tal manera que ella no pudo considerar sus palabras como una ofensa.

—En realidad no sé qué pensar —respondió con sinceridad—. No tengo nada ni nadie con quién compararme.

—Eso es una parte importante de nuestra realidad, ¿no crees? Nos permite medirnos y relacionarnos unos con otros. Aun en nuestra individualidad, todos somos iguales y diferentes a la vez. ¿Cuál es tu realidad, Dana?

Melancólica, bajó la barbilla.

—La conciencia de mí misma y de los demás —murmuró.

—¿Temes estar perdiendo parte de esa realidad?

—Temo estar perdiendo esa parte de mi realidad —le confirmó Dana como en un eco—. Pero mi realidad es anormal… —agregó sin poder evitarlo—, no es… no puedo vivir con ella ni sin ella.

Se cubrió el rostro y, temblando, aspiró hondo. No vio al sujeto que sin hacer ruido apareció en la puerta y lanzó una mirada inquisitiva a Peter, quien movió la cabeza de manera negativa. David desapareció.

—Dana, escúchame un momento. ¿Sabes algo de los fenómenos psíquicos? ¿Has leído acerca del tema? —ella bajó las manos mientras Peter continuaba con gentileza—. Yo me he documentado desde que me enteré de lo que te pasa. Eso no me hace un experto, desde luego, pero me ha abierto los ojos de muchas formas. ¿Por qué has de considerarte como un ser anormal? ¿Por qué tienes esa idea? Todos, o una gran mayoría, usamos sólo una fracción de nuestros cerebros. ¿Quién puede decirte que tu manera de usar tu cerebro es correcta o equivocada? Yo no puedo establecer juicios, y he hecho de la medicina del cerebro el trabajo de mi vida. Tú no eres la única que ha experimentado una especie de percepción extrasensorial. ¿Cómo explicas el que un psiquiatra ayude a la policía en sus investigaciones sobre víctimas asesinadas? ¿Cómo puede uno explicar el que una mecedora empiece a moverse a su propia voluntad, a mitad del día? ¿Cómo entender la sensación de peligro o desastre que experimentan algunas personas, o cómo otras saben cuándo un ser querido ha muerto? El cerebro emite poderosas ondas de energía, Dana. ¿Qué ocurre si esas ondas se hacen

presentes en una casa, si las emitió la mente del inquilino que acaba de fallecer? ¿Llamamos a eso viejas, inusuales ondas de un fantasma o de un espíritu chocarrero, en tanto tememos su existencia? Hay miles de leyendas acerca de personas que perciben lo que un ser amado está pensando, aun cuando se hallan en puntos apartados de un salón atestado de gente. ¿Cuántas veces no se trata sino del conocimiento íntimo del otro, o quizá de telepatía? ¿Qué es la normalidad? ¿No es normal para ti el don particular que posees?

—Supongo que sí.

—No lleves tu peculiaridad como si se tratara de una mancha en tu alma. Tú eres lo que eres, y pese a que creo en la habilidad de las personas para mejorar, hay cosas que no pueden modificarse. Yo siempre mediré un metro setenta y cinco. Mi estatura podrá variar al envejecer, pero nunca será de un metro treinta, ni de dos metros veinte centímetros. Por el mismo motivo, querida niña, tú posees una peculiar y poderosa mente. Algunas veces será difícil de sobrellevar, mas es tan valiosa como tu propia personalidad —con una mano oprimió la femenina y en seguida la apartó.

—Nunca había experimentado algo tan intenso como me sucedió con David hace unas semanas, y jamás había sentido esta merma de sensibilidad. ¿Qué tal si de verdad la estoy perdiendo?

—¿Qué hace tu madre?

La pregunta de Peter surgió de manera tan natural, que Dana, sin reflexionar, respondió:

—Está sacando un asado del refrigerador… ¡Oh! —rió al toparse con la mirada que le dirigió el médico.

—Ante una afirmación tan contundente y automática, yo diría que tu talento es inherente a ti, Dana, y pese a que éste puede cambiar tanto como tú, siempre estará presente.

—¿Te… dijo mucho David acerca de lo que…ocurrió antier? —preguntó la chica, lenta y dolorosamente.

—Sí, lo hizo —respondió Peter, calmado—. Y por lo que tú me has contado, me parece que tuviste un gran susto.

—Nunca había estado tan aterrorizada —musitó Dana al tiempo que se oprimía las sienes con las manos, pues ya se hacía patente una jaqueca—. Siempre he temido captar los desvaríos de un enfermo mental, que yo misma pierda la cordura, que pierda la compostura… como me sucedió… y haga entonces lo que más me atemoriza…

Alzó la vista y abrió la boca asombrada, pues David, con el

rostro convertido en una desconocida máscara, se encontraba allí. Oprimía un vaso con agua de tal manera que tenía los nudillos blancos y Dana pensó que la frágil pieza de cristal se haría añicos. En ese momento él le entregó el vaso, acompañado de unas aspirinas.

—Toma —dijo carente de emoción—. Son para tu dolor de cabeza —desapareció antes que la chica tuviera oportunidad de decir algo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Dana y su rostro mostró una profunda tristeza. Alarmado, Peter le quitó el vaso, que empezaba a vibrar violentamente.

—¿Qué sucede, Dana?

—David oyó lo que dije. Pensó que me refería a él.

El sol brillaba en todo su esplendor, como aquel nefasto día en que estuvo a punto de quitarse la vida. Pesada y lentamente subió a la ladera; sintiendo el agradable esfuerzo de sus músculos. Ahora, en lugar de querer morir, le complacía sobremanera estar viva. Al llegar a la cima de la colina, dirigió la vista a un pino, bajo cuya sombra descansaba David, absorto en contemplar el panorama, con la mente y el rostro ajenos al escrutinio de ella.

Dana se sentó a una distancia discreta, mientras sentía que un dolor incierto la asaltaba. David no se volvió para reconocer su presencia. Ella suspiró. La cabeza masculina descansaba contra el pino y el rostro denotaba dureza. Dana lo examinó de arriba abajo: los inexpresivos ojos, los apretados y delgados labios y las manos apoyadas en las rodillas, que en ese instante se cerraron en un puño.

Ella flexionó los dedos y habló suavemente.

—Interpretaste mal lo que oíste.

No hubo respuesta. El viento silbó y las hojas de los árboles se agitaron. Dana estaba en un aprieto, ignoraba cómo traspasar la barrera que David interponía entre los dos, no sabía qué decir ni qué estaba mal. Sólo pudo hacer suposiciones, de modo que su única opción consistió en tratar de comunicarle, en su natural lenguaje silencioso, anhelo, intensidad y confianza. Puso todo su empeño en ello. David inclinó la cabeza, se pasó los dedos por el pelo y bajó los hombros.

—Sal de mi cabeza —musitó.

Las palabras, tan familiares para ella, pero pronunciadas por otra persona, constituyeron un golpe a sus sentidos. La boca le tembló al murmurar:

—Discúlpame. Estoy muy avergonzada.

Torpemente, se puso de pie y se volvió con intención de alejarse de él, aterrorizada por haberse entremetido en algo que siempre había valorado más que cualquier otra cosa: la intimidad de una persona.

Sólo avanzó unos pasos, hasta apartarse de la sombra de los pinos y quedar a merced de los rayos solares, cuando algo a su espalda se movió y unos brazos masculinos la asieron para, con rudeza, obligarla a volverse. Debido a la sorpresa, abrió los labios, de los que, con los propios, se apoderó David. La boca de él la lastimaba. Como Dana gimió, el hombre la liberó y la tomó por los hombros.

—¿Sabes lo que estás haciendo de mí? —gritó; la mirada brillante hipnotizó a la chica—. ¿Sabes lo que estás haciendo de mí?

—¡Basta! —gritó ella al tiempo que tomaba las manos de él en un esfuerzo porque la soltara—. ¡Basta! ¡Basta!

Para su horror y consternación, vio que él permanecía inmóvil y abría desmesuradamente los ojos, que parecieron vulnerables al darse cuenta David del daño que hacía. Con lentitud, cayó de hinojos ante ella, rodeando la breve cintura con los brazos y posando la cabeza en su vientre. Ningún sonido salió de la boca masculina, el fuerte cuerpo empezó a sacudirse una y otra vez, ante el horror de Dana, quien de manera paulatina se percató de que David lloraba sin control.

La experiencia fue terrible para Dana. El único integrante del sexo masculino con el que había estado cerca, era su padre, y siempre lo recordaba fuerte, seguro de sí. En su inocencia, de niña llegó a considerar a los hombres como dioses. Todas sus impresiones acerca de David se concretaban en que era poderoso: en carácter, emociones, instintos y convicciones. Este vulnerable aspecto de él le encogió el corazón. No podía soportarlo.

—Oh, David. Oh, David —mientras pronunciaba las palabras, le acarició el cabello.

Dana introdujo los dedos en el pelo masculino e hizo la cabeza de David hacia atrás. Se miraron uno al otro durante largo rato. Dana tocó el húmedo rostro de él, cuyos ojos seguían anegados en llanto. En seguida, también se puso de rodillas y lo abrazó tan

fuerte como pudo.

Con el corazón dolorido, posó la cabeza en el cuello de David y éste arqueó la espalda. Los fuertes brazos quedaron a la altura de los hombros femeninos y los rostros de ambos se rozaron cuando Dana lo oprimió más. Ella no supo si sólo él derramaba lágrimas, o si las de ambos se confundían. No era consciente más que del brillo del sol y del dolor que los dos padecían.

—¿Qué necesito de ti? —musitó David—. ¿Qué necesito? ¿Por qué no puedo sacarte de mí mente y de mi vida?

Dana rompió en sonoro llanto, trató de apartar los brazos, mas David no se lo permitió. Tomó el delicado rostro entre sus grandes manos y le buscó los ojos; éstos estaban tan cerca de los de él que la joven parpadeó.

—¿Qué te he hecho? —inquirió David con suavidad—. ¿Qué he hecho de mí? ¿Por qué no puedo ignorar esto como tantas otras cosas y continuar mi vida, en vez de perpetuar esta especie de dolencia psicológica que no funciona siquiera?…

—¿Crees que eres especial? —replicó ella calmada, repitiendo deliberadamente las palabras que había oído de Peter, tres horas antes—. ¿Crees de veras que tienes el monopolio de los problemas? Oh, David, ¿has hablado con Peter?

Las facciones de él se endurecieron.

—Algo.

—Entonces sabes que Peter supone que experimentamos lo que él denomina un *flashback*, es decir, que estamos reviviendo los hechos del pasado. Según él, esto les sucede a otros veteranos de Vietnam. Hay muchos hombres que viven en situaciones de pesadilla. En cuestión de días, luego de un breve entrenamiento, todos ustedes fueron arrojados a una guerrilla, llevada a cabo en escenarios surrealistas. Jóvenes de los que se esperaba que hicieran del asesinato su modo de subsistencia, para, pasados dieciocho meses o dos años, o el tiempo que se suponía debían servir al gobierno, enviarlos de vuelta a casa sin prepararlos para reanudar una vida común y corriente. De pelear por sobrevivir y ver los cadáveres de sus compañeros, pasaron de pronto a un pacífico pueblo o ciudad del país. Eso constituye un severo choque de culturas y sistemas, David.

—¡Debí ser capaz de manejarlo! —replicó él con los labios apretados y oprimiendo el delicado cuerpo femenino. Dana se encogió de dolor—. ¡Era mayor que todos! ¡Yo salvé vidas,

maldición, no cegué una sola! ¡Debí ser capaz de manejarlo!

La furia de David violentó a la joven.

—¡Oh, sálvanos del Todopoderoso! —estalló y se arqueó hacia atrás, cayendo en la tierra.

Después de apoyarse de nuevo en las rodillas y mirarlo iracunda, continuó:

—¿Por qué no puedes meterte en la cabeza que sólo eres un hombre? ¡Sólo un hombre, David! Deja de atormentarte con esos sentimientos destructivos, libérate de ellos antes que se conviertan en una llaga que nunca cierre. ¡Fíjate con quién hablas! —se golpeó el pecho hasta causarse dolor—. ¡Yo también sé lo que ocurrió! ¡Conozco ese horror! ¡He experimentado en carne propia esas vivencias del pasado!

—¡Yo tengo que vivir con ese hecho! —vociferó David mientras golpeaba el suelo con un puño.

Asustada, Dana se estremeció. Tenía la vista fija en David, en tanto soportaba en un hombro casi todo el peso de ese cuerpo viril. El la miró a su vez.

—¿Crees que yo no? —murmuró ella—. Nunca he disparado un arma, jamás había perdido el control de ese modo. ¡Nunca había tratado de llegar al suicidio, y tengo que vivir con eso!

—Por causa mía —repuso tenso.

—No, David, por la mía —él suspiró—. Soy yo. Tú tal vez has tenido crisis, tú solo. ¿Crees que lo ignoro? ¿Es por eso que escapaste del trabajo, porque sentías la presión y la furia de que el pasado emergiera? Yo me entremetí, ¿no es así? Eso es algo que no esperabas. Los sueños que te atormentan los padezco yo, y no puedo manejarlos. Tú eres el fuerte; si no fuera por ti y por tu autocontrol, yo habría sucumbido hace tiempo. Yo soy la débil…

—Nunca debiste enfrentarlo —repuso él con dolor.

—Tampoco tú.

—No digas eso.

—Es la verdad. ¿Recuerdas el sueño en que contestabas que no creías en el infierno? Insistes en negarlo, y es una creencia que ha sobrevivido por años. David, existe un infierno. No importa cuánto hayas querido, no puedes salvar al mundo de él.

En un acto inconsciente, cerró el puño contra el corazón, como si sujetara algo. Tenía los ojos y el cuello de David muy cerca.

—No puedes suprimir esa parte de tu vida. Vietnam es algo intrínseco en ti, y ahora también en mí. No sé, puede ser parte de

todos. Aunque es un hecho pasado, resurge y tú tratas de ignorar su existencia. Está aquí.

—¡No tiene que ser una parte de ti! —espetó David, moviendo la cabeza—. ¡No será una parte de ti! Puedo evitarlo —la atravesó con la mirada y agregó—: Estoy seguro de que Peter te dijo que tú y yo estamos inmiscuidos en esta… esta crisis, porque ambos nos necesitamos, nos complementamos. Sólo Dios sabe qué necesitas tú de mí. Yo lo ignoro.

—¿No lo sabes ya?

—Tal vez se trata de tu fragilidad. Debí necesitar que alguien me mostrara eso. Lamento que hayas tenido que ser tú quien me ayudara a exorcizar mis fantasmas, pero al menos ya terminó.

—No —protestó Dana—. ¡No!

David se puso de pie y ello, aunado a la larga mirada que le dirigió, la llenó de un miedo extraño.

—¿David? ¡No, espera! ¡No te vayas! —la súplica brotó de sus labios antes que él hiciera movimiento alguno.

—No puedo hacer algo cerca de ti sin que lo adivines, ¿verdad? Tengo que hacerlo, dulce Dana. Por los dos, y en especial por ti. No crees que yo puedo descubrir tu mentira cuando afirmas que no te importa que me vaya, ¿no es así? Me llevó mucho tiempo comprender lo que siento, pero al fin llegué a una conclusión. ¿Crees que no lo sé?

Dana sintió como si le hubieran propinado un puntapié.

—¿David? Si sabes eso, por lo tanto sabes también que yo…

—¡No lo digas! Por favor, no lo hagas —repuso, él áspero—. Esto no puede suceder. No a ti, no a mí. Esto no debe seguir.

"Lo está haciendo de nuevo", pensó Dana, ofuscada. "Se está bloqueando, esta vez para protegerse de mí". Las lágrimas empañaron su vista, se llevó las manos a los trémulos labios y contempló la sombra de David, la cual parecía de pronto muy lejana.

—¡No me mires así, jovencita! —gritó, furioso—. ¿No te das cuenta de lo que nos hacemos mutuamente, de lo que te he hecho? ¡Por el amor de Dios, sal de mi vida antes que sea demasiado tarde!

Dana tropezó al querer levantarse. "Sal de su vida, ya lo oíste", se dijo. Se volvió como una autómata, para mirarlo. David lo sabía, siempre lo supo. Y ahora se encontraba allí; la tenía prisionera en sus brazos.

La besó con locura, tratando de probar cada milímetro de la

boca femenina en ese postrer abrazo.

De pronto, la apartó de sí e insistió:

—Sal de mi vida, Dana.

Tiempo más tarde, la joven logró entrar en la cocina de su casa. Su madre, quien leía una revista, le obsequió una sonrisa estimulante.

—Oh, qué bueno que eres tú. Empezaba a preocuparme —comentó Denise, y su expresión sufrió un brusco cambio al percatarse de la palidez mortecina de su hija—. ¿Qué ocurrió ahora?

Dana se limitó a mirarla.

—Ofrecí mi amor —espetó segundos después—, ¡y me lo arrojaron a la cara!

Capítulo 9

Los siguientes días, Dana pudo actuar con normalidad. El constante presentimiento de que se avecinaba una tragedia, disminuyó, lo mismo que las pesadillas, y ella empezó a creer que estaba a punto de superar el problema. Una vez habló por teléfono con Peter y le informó que los días transcurrían con tal quietud que su alma sanaba y se revitalizaba. Su mente alcanzaba una paz nunca lograda, pues sentía que lo único que David le había transmitido era su habilidad para bloquearse. Ello le proporcionó un control del que antes no había gozado y apaciguó su mente. Si era sensible a una persona, como su madre, aún podía percibir su presencia.

Al segundo día de su dramática confrontación con David, fue a ver a Grace Cessler, sin que la visita la trastornara. De verdad atravesaba por buenos momentos; no obstante, leyó la mente de la mujer mayor para asegurarse de que el dolor de ésta disminuía, ya que si le preguntaba tal vez la anciana mentiría. Las dos pasaron juntas una placentera hora, con el único inconveniente del comentario desagradable que hizo Grace acerca de que David planeaba marcharse a fin de ese mes.

La noticia sacudió a Dana. Nada le había advertido sobre la inminente partida de David; el hecho le confirmó que él sin duda hacía esfuerzos desmedidos por bloquear su mente. La sensación de rechazo la doblegó como si se tratara de una herida abierta.

De regreso a su hogar, la chica se detuvo en la tienda, confiada de andar en un sitio público. En uno de los pasillos se topó con una joven ya casada que hacía varios meses había intentado trabar amistad con ella. Dana respondió con placer a la mirada de Jenny, y pronto las dos caminaban complacidas mientras Dana sostenía contra la cadera a la pequeña hija de Jenny, sonriendo al ver a la niña mordisquear su chupete con insistencia.

Jenny, quien vivía una calle abajo de la de Dana, comentó:

—¿Sabías que el club local de jardinería está patrocinando una gran fiesta en el gimnasio cercano a la taberna?

Dana negó con la cabeza.

—¿Por qué lo hacen? ¿Es una manera de obtener dinero?

—Por supuesto —respondió la otra mujer después de mirarla con sorna—. Están vendiendo boletos a precios razonables, por

cierto. Tengo algunos, por si a tu madre y a ti les interesa ir. Ha habido otras fiestas en el pasado, pero siempre temí invitarlas, pues parecen tímidas. Una tontería, ¿no? Me agrada descubrir que no es difícil hablar con ustedes. ¿No resultan extrañas las ideas que uno se forma sobre la gente, sin conocerla?

Dana sonrió con ironía. Si Jenny supiera…

—¿Cuánto cuestan las entradas? —inquirió en tanto hurgaba en los bolsillos de su pantalón vaquero—. ¿Puedes venderme dos?

—Sólo cuatro dólares, y tienen derecho a la cena. Habrá vino y otras bebidas, pero se pagarán aparte —intercambiaron dinero por entradas y Jenny exclamó feliz—: ¡Dos billetes más! ¡Mi madre me enloquece! Se ofreció para vender más de lo que puede, y me dio la mitad, sin siquiera pertenecer yo al club. ¡Oh, Dana, me alegra mucho que asistas! Necesitas algo de vida nocturna, aunque no sea lo más importante en el mundo. Te divertirás. ¡Nos veremos el sábado!

Dana rió de sí y de su ansiedad ante la perspectiva de ir a una fiesta el sábado. La antigua Dana se habría encogido de terror por el simple hecho de encontrarse en un lugar atestado de gente. Ahora, con su recién adquirida seguridad, se sentía emocionada y feliz, libre por primera vez, de sus temores.

Sostenía su cuaderno de dibujo en las manos cuando llegó a su casa. Luego de besar a su madre fugazmente en la mejilla, salió a hacer algunos bosquejos. En vez de seguir el sendero acostumbrado, se internó en el bosque y terminó en la propiedad de Grace, en una zona que nunca había explorado. El terreno se perdía en una hondonada, al pie del peñasco, y un poco más lejos ascendía a una apacible colina. Dana era capaz de alcanzar la cima, salvar el obstáculo que constituían los árboles y obtener una vista perfecta del risco, con los oscilantes pinos arriba y las rocas abajo. Nunca había contado con perspectiva tan hermosa. Tomó el lápiz para capturarla en el papel.

Después de un rato de soledad y silencio, levantó la vista y miró a su izquierda. A través de una línea de árboles, se movía la oscura figura de un hombre. Su lápiz rodó al suelo al levantarse ella con torpeza. Eso atrajo la atención del recién llegado, quien irguió la cabeza y se detuvo de un salto.

Los sentimientos que durante los últimos días Dana mantuvo ocultos, de pronto amenazaron con nublarle la visión.

—Discúlpame. Me iré ahora —casi sin pensarlo, buscó y localizó

su almohadilla y su lápiz y, con la cabeza inclinada, intentó alejarse de David.

—¿Dana? —la llamó él con voz humilde, urgente.

Ella se detuvo temblorosa, sin atreverse a mirarlo. El sólo ver a David rompería sus barreras. No importaba cuánto lo intentara, no podía sacarlo de su mente ni de su corazón.

—Dana, por favor mírame.

—No. ¿Qué quieres? —el lápiz se le rompió en la mano y una extraña sensación de *dejá vu* la invadió.

—No te vayas. Disculpa si te molesté. Yo… no me di cuenta de que estabas aquí. Me iré —habló con gentileza, pero no era su amistad lo que Dana deseaba. Anhelaba su amor.

Como sólo se escuchó silencio, Dana se volvió; la expresión de sus ojos fue de ansiedad, su mano de manera involuntaria se extendió… David continuaba allí, observándola. Las barreras creadas por Dana cedieron ante la arrolladora presencia del ex combatiente y las emociones que él experimentaba. Aspiró de manera ruidosa y encogió la mano cuando David la abrazó con tal fuerza que la arrojó al suelo; en seguida, cubrió el cuerpo femenino con el propio. La tomó del pelo con ambas manos y la obligó a girar la cabeza de tal manera que sus hambrientos labios pudieron ir al encuentro de los de ella.

Dana nunca había tenido una experiencia de ese tipo, por lo que no se daba cuenta de lo que hacía. Todo lo que sabía era que su apremiante necesidad física debía ser satisfecha, de modo que rodeó con las manos el cuello masculino, arqueó la espalda y presionó el cuerpo al de él, en una instintiva invitación.

Después de lo que pareció una eternidad, Dana sintió que David retiraba las manos del interior de su blusa y rodaba a un lado, con la respiración entrecortada. Ella aspiró y dirigió la vista a las oscilantes ramas de un roble, por las que asomaban fragmentos de cielo azul. Tanto su pecho como su vientre se hallaban húmedos a causa del calor externo e interno. Dana alzó una mano para secarse el sudor de la frente. Sus dedos temblaron al hacerlo.

—Lo lamento —musitó David, esforzándose por recuperar el control—. Esto no sucede…

—Desde luego que lo lamentas —lo interrumpió Dana, calmada, y fue esta calma la que hizo que él la mirara con fijeza, en tanto erguía la cabeza y los músculos del cuello se tensaban.

Todavía acostada, Dana movió la cabeza y lo miró un tanto

divertida, antes de agregar:

—Eso ha sido tu vida. La has convertido en un eterno lamento: te condenas por no haber salvado la vida de aquellos chicos, no ser el gran salvador del mundo y no poder controlar emociones que son incontrolables. Me pregunto si todos los hombres son así, si olvidan que están sujetos a cometer errores. Claro que lo lamentas, no has dejado que tu vida sea otra cosa que un perenne lamento.

—No me sermonees —replicó David, molesto—. Mírate, eres tan joven e inexperta… ¿cómo demonios esperas saber cómo soy yo?

—Oh, te refieres a la certeza absoluta —dijo sardónica—. Nada sé. Desconozco qué es tener una navaja hundida en los intestinos, ignoro qué es estar rodeada de banalidad y comprobar mi incapacidad para salvar de la muerte a cinco sangrantes chicos. No sé qué es…

—¡No, no lo sabes! —gritó al tiempo que se abalanzaba sobre ella, con las manos sobre la tierra, a los lados de la acobardada joven—. ¡No has tenido que vivir con eso durante trece años!

—Ni tú —repuso, implacable.

—¿Qué diablos quieres de mí?

Dana nunca había visto a un hombre en ese estado.

—Eso es —respondió ella—. Nada quiero de ti. He aprendido mucho y te estaré eternamente agradecida. No sabes que logré imitar tu habilidad para bloquear mi mente de factores externos. Ha sido maravilloso, he disfrutado de una paz inigualable, y por eso te doy las gracias.

Empujó una mano de David; quien cayó al suelo, mientras la contemplaba sentarse; algunas hojas secas cayeron en la cabellera femenina. Dana lo miró y apuntó:

—Lo que estuvo a punto de ocurrir no es correcto, porque te ocasiona un fuerte sentimiento de culpa que tal vez me contagies, y hacer el amor es algo de lo que no quiero arrepentirme. ¿Me entiendes? No quiero tu culpa. Por eso nada pediré de ti. No cargaré con tu culpabilidad. No estás preparado para dar sin condiciones. Dejaré el peso de la decisión en ti. En apariencia, sabes sobrellevar muy bien cualquier carga. Yo tal vez no sea muy fuerte para algunas de las cosas que tú has tenido que soportar, pero tengo la fuerza necesaria para enfrentar una circunstancia semejante. No voy a dar la espalda ni retirarme. Estoy decidida a correr el riesgo. Tú puedes irte o quedarte, es tu decisión.

Él rodó a fin de alejarse y Dana, pese a que no esperaba otra

cosa, sintió que el corazón se le contraía. No obstante, al oír sus siguientes palabras, un rayo de esperanza inundó su pecho.

—Necesito pensar —dijo David—. De verdad lo necesito.

Su expresión hizo que el corazón de Dana se contrajera de nuevo.

—No esperes mucho de mí, Dana. No toleraré el chantaje emocional.

—¿Cuándo te darás cuenta de que eres tan libre como te lo permitas? —murmuró la chica—. Nada espero de ti. Sólo vive y sé feliz. No te obsesiones.

David se marchó y en medio del silencio de su partida, la joven se preguntó por qué le dolía verlo alejarse, si él no había hecho otra cosa desde que lo conoció.

Nerviosa, Dana se detuvo frente a la puerta cerrada desde la que se escuchaban los sonidos de la fiesta. Se alisó la falda de su vestido verde y, en busca de apoyo, miró a su madre.

—Oh, mamá, ¿está bien mi vestido? ¿Se me corrió el maquillaje en el auto? Quizá debí revisarme en el retrovisor.

Denise miró con cariño a su hija y, al mismo tiempo que le oprimía una mano, respondió:

—¡No, no tienes que revisarte! Te examinaste hace menos de tres minutos, y estás maravillosa. Vamos, Dana, ¿en dónde dejaste el espíritu de aventura?

—Sé que olvidé algo.

—En este lugar hay sólo un grupo de personas y tú siempre has manejado bien las cosas si tienes que tratar con una en particular. ¡No estarás ante extraños! Anda, date prisa.

Aunque reacia, la joven siguió a su madre al interior del gimnasio que el club de jardinería había rentado, y cerró su mente a cualquier invasión. Quizá era bueno que se hubiera preparado mentalmente para encarar el golpe que significaba estar en medio de un buen número de personas que parloteaban y reían a la vez. La abrumaron el ruido, la gente, el calor y los empellones.

Su madre estaba delante y Dana la vio volverse para mirarla.

—¿Estás bien? Esto no es lo mejor para ti, ¿verdad? —inquirió Denise.

Dana sonrió, primero insegura, después, genuinamente divertida.

—No puedo decirlo aún. El ruido no me permite pensar. Creo que estaré bien, sólo tengo que acostumbrarme a la multitud.

Examinó el área y volvió a reír.

—Es curioso. Sé que no puede haber aquí más de doscientas personas y siento que el cerebro me da vueltas.

—No estás habituada a gentíos. Tómalo con calma y no te apartes de mí hasta que te sientas capaz de encarar esto sola. Recuerda que aún podemos irnos.

Los ojos de Dana, dilatados ante esa nueva experiencia, reflejaron cierto brillo. Miró cómo los asistentes, ataviados con elegantes prendas de verano y reunidos en grupos, charlaban y reían.

—Prefiero pensar —dijo la joven—, que, después de todo, esta noche me voy a divertir. ¿Habías visto alguna vez a tanta gente junta? —sonrió maliciosa mientras su madre reía—. ¡Mira! Allí está Jenny. Vamos a saludarla.

Denise estuvo de acuerdo, de modo que fueron hacia el grupo en que se hallaba Jenny, quien al instante se volvió para dedicarle una franca sonrisa de bienvenida.

—¡Hola! —saludó complacida—. Me alegra que hayan venido… Mi madre y yo nos preguntábamos si en realidad ustedes se presentarían o no. Teníamos la vista fija en la puerta, pero sin duda no nos vieron.

La madre de Jenny se volvió al oír a su hija, y Dana sintió, casi literalmente, que la envolvía con su calor. Aunque fue una sensación pasajera, resultó maravillosa. Su propia madre pronto se enfrascó en agradable charla con la de Jenny. Esta, dirigiéndose a Dana, recorrió con la mirada su entorno.

—Vamos —musitó—. Cuando mamá empieza, no hay poder humano que la detenga, y ahora no me interesa oír lecciones sobre la plantación de tomates. Vamos a cenar algo.

Se encaminaron a una mesa cubierta de platillos y llenaron sus platos con todo lo que les fue posible. Dana encontró a muchos conocidos. Nunca se había percatado de con cuántas personas tenía trato. Allí estaban el tendero y su familia, el cartero y el encargado de la librería. Todos mostraron placer al ver a la chica, quien sintió una oleada de calor con sus sonrisas.

Al fin, Jenny y ella se volvieron para ir en busca de un asiento. Dana tuvo que detenerse de manera abrupta a fin de evitar a un hombre que le bloqueaba el paso. Su vista viajó a lo largo del

musculoso cuerpo de David, y sintió como si lo viera por primera vez. Él vestía holgados pantalones oscuros, muy elegantes, y una camisa blanca con las mangas enrrolladas hasta el codo; pero no fue su atuendo el que hizo saltar el corazón de la joven. La miraba a los ojos, con expresión retraída y a los pocos segundos empezó a sonreír, mostrando una sonrisa franca, espontánea, que lo hizo parecer más joven y atractivo. La mayoría de la gente no lo consideraría apuesto, pero para ella era la persona más hermosa del mundo.

—…me gustaría presentarte a nuestro vecino —decía Jenny—, David Raymond… ¿o ya se conocían? —los miró con avidez.

—Sí —contestó Dana, tranquila y aunque sonrió, dio media vuelta para retirarse—. Discúlpanos, David. Puedes acompañarnos sí gustas… pero no te sientas obligado.

Jenny rió y Dana alcanzó a oír un leve susurro de David.

Pronto, la joven se hallaba sentada a una mesa. Mientras trataba de calmarse, se preguntaba por que su corazón latía apresurado ante la inesperada alegría de ver a David. Su bloqueo mental cedió por un momento, y al observar a través de la habitación, se puso pálida. Oculta entre la gente, se encontraba una insolente figura: Mick. La familiar oleada de antipatía la envolvió. Lo miró molesta mientras él levantaba un tarro de cerveza en dirección de ella; una parte del líquido rodó por el cuello y el pecho del mocetón. Reprimiendo su ira, Dana se volvió.

Entonces vio a David, quien, de pie ante ella y con el ceño fruncido, la observaba.

—¿Qué es esto? —preguntó él con brusquedad, en tanto colocaba su plato en la mesa y se sentaba—. ¿Qué te molesta?

La mirada de Dana se perdió en la lejanía.

—Nada, debiste imaginarlo —apuntó. Sus dedos oprimieron el plato y una enorme mano se los apretó.

—Dana —ella percibió un ligero temblor en su voz y en seguida dirigió la vista a los ojos masculinos, los que denotaban cierta diversión—. No me mientas, no a mí. ¿En dónde he oído eso?

La joven sonrió.

—De veras… no es nada. Fue una… una mala sensación que ya pasó. No quiero hablar de eso aquí, por favor.

—Está bien.

—¿Has percibido la presencia de alguien más? —preguntó, impulsiva.

—No, sólo la tuya.

La voz de Jenny, confundida con la risa, se oyó a espaldas de ellos.

—Supongo que sí se conocen. Tienen las manos unidas sobre un plato. La verdad, Dana, no sabía que las chicas de hoy se sonrojaran. ¡Sólo era una broma, por todos los cielos! Te traeré un vaso con vino.

—Oh, permíteme pagarlo —replicó Dana, agradecida.

—No. Me comprarás uno más tarde. ¿Han probado la ensalada de mariscos? He oído que es muy buena.

Dana nunca se había divertido tanto como al cenar en compañía de David y Jenny, riendo ante los agudos comentarios de él y las rápidas y cómicas respuestas de ella. Por todos lados la gente reía, y ellos disfrutaban también. Los brillantes ojos de Dana expresaron fielmente su estado de ánimo.

Cuando se levantó para darse un respiro, David la asió por los codos. Ella se mostró tan aturdida que él rió y le preguntó de nueva cuenta qué estaba mal, esta vez en tono de broma, como si ya lo supiera, lo que era muy probable.

Pese a que David bromeó, Dana casi lloró por su propia seriedad.

—Sé que tú te das cuenta de que esto es nuevo para mí —dijo mientras señalaba alrededor—. Pero no tienes que… permanecer a mi lado, si es porque…

—Dana —la interrumpió con suavidad y con un dedo cubrió los trémulos labios femeninos. A ella le temblaron las piernas—. Estoy contigo porque quiero. ¿Eso es lo que deseabas que dijera?

Dolida, Dana retrocedió.

—Sólo quiero la verdad —subrayó.

—La dije.

Dana lo observó un momento, luego sonrió.

—Gracias —movió la cabeza hacia atrás y rió ruidosamente cuando David hizo una reverencia frente a ella.

La noche se convirtió en un cuento de hadas para Dana, quien rió, bailó y vivió cada instante como si fuera digno de atesorarse, dejando que quedara impreso en su memoria. Más de una vez descubrió la mirada de David fija en ella; el verlo tan contemplativo y serio la hizo titubear y guardar silencio. Poco a poco se calmó y empezó a sonreírle. En una de esas ocasiones él arrugó la nariz hasta provocar su risa.

—¿Cómo es posible que cosas tan simples te hagan feliz? —preguntó David en tanto extendía una mano para invitarla a que fueran a la pista de baile.

Dana alzó la vista y contestó con suavidad:

—Quizá es porque no tengo más expectativas. Nunca he tenido que arriesgarme por nada, lo sabes. Me he concretado a sobrevivir. Esto… te muestra algo acerca de lo que es la vida, supongo. Te hace apreciar lo que posees.

En la expresión de David no se registraron visos de diversión. De hecho, al mirarlo Dana a los ojos, descubrió un brillo familiar. Los brazos masculinos le oprimieron la cintura hasta causarle dolor. Se deslizaron por la pista lentamente. La joven apoyó la cabeza en el hombro viril, antes que David se inclinara y posara el rostro contra la cabellera femenina.

Al avanzar la noche, Dana descubrió un pequeño conflicto cerca del bar, y vio a Mick con otro joven; sus rostros enrojecieron cuando empezaron a lanzarse improperios. Ella los observó, perpleja, pues trataba de entender qué los hacía vociferar. Casi instintivamente, buscó la explicación en su mente, y percibió una variedad de emociones confusas que la hicieron tambalearse: malicia, agresión, temeridad, frustración, fastidio y resentimiento. La chica tragó en seco e irguió la cabeza; el brazo de David la rodeó cuando se encaminaron a la mesa donde se hallaban Denise y la señora Bernstein.

—¿Dana? ¿Dana? —la sacudió por los hombros en un esfuerzo por hacerla reaccionar—. ¡Dana, contéstame! ¿De qué se trata?

Ella lo miró y trató de sonreír.

—Nada. ¡No me mires así, David! No hay algo que puedas hacer. Cada quien debe enfrentar sus batallas y resolver sus problemas por sí mismo. Es muy desagradable; por favor, no le des importancia.

Llegaron a la mesa de las señoras y éstas, puesto que habían notado el momentáneo vértigo de Dana, los abrumaron con preguntas, para luego concentrar su atención en el bar. David no indagó más acerca del asunto, pero, pensativo, recorrió el salón con la vista.

Al fin, una mujer de aspecto severo abordó a los dos jóvenes, y aún con la indignación de éstos a flor de piel, los llevó hasta la puerta de salida, ante el evidente alivio de los presentes.

—¡Vaya! —exclamó Jenny—:. No sé a qué vienen ellos aquí, pero siempre lo hacen. La madre de Mick es miembro del club y

supongo que lo obliga, aunque ni él ni nadie más se alegra, pues son muchas las probabilidades de que termine como hoy… ebrio. Bueno, el precio de esas bebidas es bajo, aun pagando el derecho de mesa, por lo que no es extraño que venga.

En vez de sentirse aliviada porque la pareja de pendencieros se hubiese marchado, una extraña aprensión se apoderó de Dana. No era algo concreto y mucho menos comprensible, de modo que trató de apartarlo de su mente.

El salón se tornaba frío a medida que anochecía. Veinte minutos más tarde, cuando David dejó la mesa a fin de ir por otra bebida para Denise y la señora Bernstein, Jenny dijo a su madre:

—Dejé mi chaqueta en el auto. Regresaré en un minuto —se encaminó a la salida con la indicación de que llevara también el abrigo de su mamá.

Era algo normal, nada fuera de lo común. De hecho, todo parecía inofensivo, pero Dana, al ver a Jenny dirigirse a la salida, se sintió acalorada. Necesitaba aire fresco. Se impulsó contra la mesa y tropezó con sus propios pies. El miedo la invadió. Algo muy malo estaba por ocurrir. Sin molestarse en explicar algo a sus acompañantes, Dana se dirigió, con veloces pasos, hacia la puerta. Estaba acalorada y algo la impulsaba a ir de prisa. Agitada, llegó hasta el exterior del edificio, desde donde buscó a Jenny con la mirada.

Más tarde Dana no sabría cómo o por qué ocurrió, pues nunca había experimentado algo similar.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio un sinfín de cosas. Un torrente de antipatía, aunado a cierta temeridad, se apoderó de ella, al descubrir a Mick y a su amigo reír dentro de un coche. Mick vio hacia atrás y encendió la marcha, forzando el motor.

El ruido le llegó por la derecha, y fue cuando se percató de que los había visto con la mente, no con los ojos. Dana se volvió, ahora con la certeza de hacia dónde debía mirar, y una vez que su mal presentimiento se materializó, decidió actuar. Jenny iba rumbo al último auto estacionado en la calle y se aprestaba a abrir la puerta del lado del conductor. Movió la mano hacia donde daba la luz del reflector y, con la cabeza inclinada, buscó la llave del vehículo.

Mick se hallaba con el ánimo ideal para hacer algo excitante. La bebida y el aburrimiento lo volvían peligroso. Avanzó ruidosamente por el estacionamiento, en dirección de Jenny.

Dana adivinó sus intenciones y un grito de advertencia salió de su garganta en el momento en que se lanzó en carrera mortal. Su presentimiento se triplicó. Oyó y sintió la tensión de los músculos de sus piernas cuando éstas obedecieron su mandato. Jenny irguió la cabeza y al mirar a Dana, empezó a caminar, para ir a su encuentro. En ese momento, Dana vio también a David, quien, por la puerta y demasiado lejos para ayudar, comenzó a correr. Dana ya había percibido los propósitos de Mick, el cual conducía su auto en dirección de Jenny, colocada en posición peligrosa. En su afán de procurarse una emoción fuerte, Mick daría un buen susto a Jenny, y Dana supo, por la velocidad del automóvil, que no podría detenerlo o desviarlo a tiempo.

Se sintió gloriosamente viva cuando la adrenalina empezó a fluir por sus venas y proporcionó velocidad a sus piernas. Pudo oír su propia respiración y el golpeteo de sus pisadas sobre el asfalto. En medio de las sombras de la noche, vio que David corría más rápido. Con la mente, vio la sádica sonrisa de Mick, sonrisa que se convirtió en expresión de horror al percatarse él, demasiado tarde, de lo que estaba a punto de ocurrir. Dana no dudó ni un momento.

Se arrojó sobre Jenny con el cuerpo extendido y, valiéndose de ambos brazos, la empujó hacia atrás. Mick cambió la dirección para esquivarlas, pero lo hizo a destiempo y al girar el coche a la izquierda para no chocar contra los autos estacionados a la derecha, Dana quedó en punto exacto para que la arrollara.

Un ruido sordo se escuchó cuando el metal golpeó a la joven y la apartó de Jenny. El auto no se detuvo; pese a que Mick oprimió el freno, avanzó contra la segunda fila de vehículos estacionados y chocó contra tres antes de detenerse con un último impacto.

Dana gemía, estaba segura de que habría sido inútil tratar de apartarse del camino, pues había puesto todo su empeño en hacer a Jenny a un lado. David gritó con rabia y horror en cuanto contempló la escena, muy cerca y lejos a la vez, ya que sin importar cuánto corriera, no podía retroceder el tiempo.

Jenny se quejó al sentir el impacto de la parte derecha del parachoques y ser lanzada a un lado; el metal del auto chirrió, en tanto que Mick lanzaba agudos gritos, inútiles ahora, puesto que había atropellado a Dana.

El golpe recibido en el vientre le sacó el aire a la chica, quien recordó cómo había volado por el aire como muñeca de trapo, para luego precipitarse con dolorosa fuerza contra el asfalto y rodar una

y otra vez, hasta detenerse a unos metros de los autos chocados. La imagen del mundo se le presentó extraña; la sensación de hallarse en el aire y después en el suelo se manifestó en tan rápida sucesión, que le pareció que nunca sabría qué era arriba y qué abajo.

Tendida sobre la espalda y con un fuerte dolor interno, Dana supo que algo se le había fracturado. No pudo llorar, cuando, desesperada, intentó tomar aire. Con un brazo fuera de su lugar, las piernas flexionadas y la cabeza a un lado, parecía una muñeca rota.

Al oír dolorosos gemidos, Dana supo que se trataba de Jenny, quien lloraba sin cesar. En un descomunal esfuerzo, aquélla movió la cabeza unos centímetros y vio que su amiga se levantaba del suelo. En ese instante alguien corpulento se instaló a su lado. Era David, quien, pálido, se estrujaba las manos como si quisiera tocarla, y a la vez temiera hacerlo. Ella lo miró asustada cuando lo que obstruía su garganta pudo al fin salir por una comisura de su boca y correrle por el cuello. No podía respirar.

Dominado por el pánico, David se volvió a gritar a la gente que corría hacia él:

—¡Pidan una ambulancia! ¡Dana está muy mal herida! ¡Demonios, dense prisa! —se volvió de nuevo hacia la chica y la tocó con su temblorosa mano—. ¡Cariño, oh, Dios!

—¡Está viva! —vociferó Jenny muy cerca.

Dana quiso volver la cabeza para tranquilizarla, pero le resultó imposible.

—Sí —respondió David.

En seguida, examinó los brazos de Dana para asegurarse de que no tenía alguna fractura. La gente gritaba y la joven herida vagamente se dio cuenta de que su madre se arrodillaba a su lado, mientras la señora Bernstein la sostenía. Dana sólo tenía ojos para David. Vio que él se quitaba la camisa, con un movimiento rápido e impaciente, y tomaba la prenda para limpiar la sangre que salía de la boca de Dana. Los dedos le temblaron cuando, arrodillado, acercó su rostro al de la joven.

Esta sintió que la adrenalina dejaba de fluir. Un lamento creciente se oía a distancia. Dana no podía respirar con normalidad, mas eso había perdido importancia; sus sentidos estaban atentos a aquel sonido. Los ojos empezaron a brillarle. Aunque no pudo ver más allá, alcanzó a vislumbrar a David y detectar la angustia que se reflejaba en sus ojos. Supo entonces que sentía el dolor de ella. Al ir perdiendo la conciencia de la realidad, se preguntó cómo sería la

muerte. Esperaba que no fuera dolorosa. En ese momento llegó a su memoria el recuerdo de la pesadilla en la que resultaba herida por una navaja y sonrió con pesar.

—¿Ves? —dijo a tan bajo volumen que sólo David pudo escucharla—, yo tampoco fui capaz de salvarme —bloqueó su mente, al tiempo que lo veía estremecerse; poco después, cayó en una profunda oscuridad.

Capítulo 10

Había estado demasiado tiempo en tinieblas y se sentía pesada. Era hora de iniciar la partida definitiva, de liberarse de la carga de ese cuerpo. No quería sufrir. La oscuridad menguó y Dana no sintió dolor. Enfrente brillaba una luz dorada que hizo que el padecimiento fuera cosa del pasado. Fue a su encuentro, complacida. Entonces oyó que alguien a su espalda la llamaba, desde la oscuridad, y ella se detuvo de golpe para escuchar. Se trataba de un extraño llamado, un susurro que la inmovilizó como si hubiese sido una mano de acero. Se resistió, quiso seguir hacia la luz, pero en ese instante reconoció al dueño de la voz, quien también sufría.

Perpleja, recordó a medias que ella había logrado suprimir el dolor. Él musitaba un nombre una y otra vez y ella se dio cuenta de que era el que solía usar. A la desesperación se sumaron el cansancio y la desesperanza. Él pensó que ella agonizaba. Dana intentó decirle que no estaba muriendo, sino que simplemente iba a otro lugar; por desgracia, no consiguió que él la escuchara. Volvió la mirada de la luz a las tinieblas, indecisa. Habría sido muy fácil perderse en la calidez de esa luz. Sin embargo, sabía quién la llamaba, y recordó que alguna vez lo había amado. El dolor y la aflicción de él no eran necesarios. Aunque reacia, ella dio la espalda a la luz y volvió a las sombras. Después de todo, se dijo, ya habría tiempo para regresar. Algún día acudiría a esa luz. La oscuridad total la absorbió hasta que no supo más ni de tinieblas ni de luz, ni del hombre que, sentado a su lado, permanecía en vigilia.

Cuando Dana abrió los ojos captó dos cosas a la vez: algo blanco y una manta de algodón que la cubría completamente. "No, no es cierto", pensó, y giró la cabeza para observar con curiosidad su cuerpo. Al menos eso creyó que había hecho. Lo intentó de nuevo y descubrió que el mover la cabeza le resultaba muy difícil. El sudor perló su frente y le humedeció el cuello antes que lograra levantarse un poco de la almohada, lo suficiente para contemplar su cuerpo.

Exhausta, se dejó caer de nuevo y la cabeza le dolió al esforzarse en pensar. No había tal manta de algodón, sino unas extrañas

protuberancias.

En ese momento, alguien cruzó la puerta, fuera de su ángulo visual. Movió la cabeza ligeramente hacia la izquierda y ese acto la obligó a cerrar los ojos para descansar. Sintió que le tomaban una mano y se la estrechaban con delicadeza; el cálido contacto resultó tan placentero que Dana sonrió. Abrió los ojos para mirar con amor a su demacrada madre, quien estaba inclinada sobre ella. Los ojos de Denise se bañaron en llanto cuando vio que su hija la observaba sonriente.

—Siempre he sido una carga para ti —musitó Dana, a lo que su madre respondió con un movimiento negativo de la cabeza—. ¿Y Jenny?

Denise le tocó la frente antes de contestar:

—Jenny está bien. La sacaste a tiempo del camino.

—¿Y Mick?

—Está en prisión por conducir ebrio y por manifestar una conducta perniciosa. ¿Por qué preguntas por él? ¿Cómo estás tú, cariño? ¿Tienes algún dolor?

Dana sonrió con tristeza al tiempo que cerraba los ojos.

—Pobre chico… —murmuró antes de quedarse dormida.

El silencio reinaba en el lugar cuando volvió en sí, y permaneció con los ojos cerrados. En seguida, sacó una mano de las sábanas, con dedos temblorosos, y la dejó extendida, como en una muda invitación. Una gran mano la oprimió. David la sostenía como si fuera algo muy preciado. Una lágrima escapó por el rabillo del ojo de Dana, y a ésa se sucedieron muchas más; la manta no estaba allí, pero sí el dolor.

En ese instante, David le frotó la cabeza y acercó la mano femenina a su pecho, donde la acunó.

—Habría sido muy fácil morir —musitó Dana con labios temblorosos.

—Lo sé —replicó él—, pero no lo digas. No ocurrió y ya no hay probabilidades de lo contrario —después de una larga pausa, añadió—: ¿De verdad querías morir así?

Con gran pesar, Dana obligó a sus ojos a abrirse y mirar a David. Este parecía cansado e inquieto.

—No —respondió ella en un susurro apenas audible. Tras mirarlo de nuevo, sus ojos volvieron a cerrarse—. Sólo estaba… muy fatigada… para soportar sola el dolor… —se detuvo para reunir fuerzas y agregar—: Quiero vivir —los labios masculinos se

presionaron contra su frente, y ella volvió a quedarse dormida.

Unos días después, Dana comía con ayuda de una enfermera cuando la puerta de su habitación se abrió y entró David. La había visitado todos los días y pasado muchas horas a su lado; le leía, le hablaba o le ayudaba a sobrellevar el dolor y el tedio. Ella le sonrió antes de llevarse a la boca una verdura.

David permaneció parado, mirándola en silencio durante unos minutos, para el fin decir:

—Hola.

Dana farfulló un saludo con la boca llena, arrugó la nariz y volvió la cabeza hacia la enfermera. El corazón le palpitaba con fuerza y las manos le temblaban como no le había ocurrido en varios días. David esperaba, en silencio.

Después de lo que pareció una eternidad, durante la cual el apetito de Dana fue satisfecho, la enfermera tomó la bandeja y salió deja habitación, dejando a la joven convaleciente sola con el callado hombre que se había colocado en el antepecho de la ventana. Miraba a Dana a la cara, y la joven se volvió para contemplar la pared contraria.

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya? —preguntó David y ella, nerviosa, tragó saliva, lo que no la ayudó a expulsar lo que obstruía su garganta—. Debes saber que he sentido la coraza tras la cual te has ocultado los pasados días. ¿Qué has pensado? ¿Por qué te cierras como una almeja cada vez que atravieso esa puerta?

—Por nada —murmuró mientras oprimía la sabana hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Por nada.

—Aún no sé por qué te molestas en mentirme. Te diré algo, Dana: no escaparás. Tarde o temprano me revelarás con qué objeto haces esto —esperó antes de añadir con suavidad—: Mírame.

—No —cerró los ojos con fuerza, decidida además a no volverse hacia David.

—Mírame, Dana.

—¡Dije que no!

Se sintió frustrada al oír las pisadas que se acercaban, poco antes que unos fuertes brazos le asieran la barbilla para obligarla a girar la cabeza. David pronto venció la débil resistencia que Dana opuso y tomó el rostro femenino con las manos.

—Sólo voy a decirlo una vez. Mírame en este instante…

—¡Está bien! —gritó la joven. Tosió y el vientre le dolió al mirar a David con toda la furia de que fue capaz. Él parecía muy calmado mientras examinaba la expresión de rabia de la chica. Esta lo miró unos momentos más antes de preguntar—: ¿Y bien? ¿Has visto lo que querías? ¿Estás satisfecho ahora?

—Sí —contestó extrañado—. Creo que sí —sus recios pulgares frotaron con suavidad la barbilla de Dana. Esta se estremeció y cerró los ojos.

—¡Entonces vete! —exclamó.

Como si ella no hubiera hablado, David continuó:

—¿Quieres decirme qué vi? —ante el obstinado silencio de la chica, agregó, paciente—: Vi a una asustada jovencita. Me pregunto qué la ha hecho tan temerosa. Algo ocurrido en los últimos días, sin duda. ¿Qué podrá ser?

Alzó una mano para apartar el pelo de la frente de Dana, quien aprovechó la ocasión para asir las manos masculinas y tratar de apartarlas de sí, mas David atrapó sus muñecas y aprisionó los cerrados puños contra su pecho, en tanto se inclinaba sobre ella. Dana tragó en seco y trató de controlarse. Se sentía muy débil.

—Sea lo que sea, ¿crees que basta con ignorarlo? —demandó él con gentileza, mientras apretaba las manos de la joven contra su camisa—. No puede tener importancia, ¿o sí? Hablemos de otra cosa. Hay algo que he deseado preguntarte desde hace tiempo.

—¡No! No ahora, ¿sí? —a la vez que negaba con la cabeza, hizo el intento de liberar sus manos, pero David las presionó con tal fuerza que le causó dolor—. Vete, déjame sola —expresó en tono de suplica.

Él se sentó en silencio; luego, la miró con fijeza y seriedad.

—Sea lo que sea lo que te lastima, se relaciona conmigo, ¿no es así? ¿Qué hice que te molestara tanto, Dana? Lo que haya sido, discúlpame. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

Su dulzura resultó excesiva para la joven, quien se volvió y empezó a llorar, liberando sus emociones. Él siseó y como Dana se había deshecho de su bloqueo mental, percibió la oleada de furia que hizo presa del ex combatiente, quien, con dureza le asió la barbilla y la obligó a que se volviera hacia él.

—¿Quién te lo dijo, maldición? ¡Contéstame! Se suponía que aún guardarían el secreto.

Cubrió con las manos la boca de Dana.

—Nadie me lo dijo —susurró ésta—. Yo… sólo lo supe, eso es

todo. Me enteré cuando, hace unos días, los médicos volvieron a examinarme. Nadie tiene la culpa. Simplemente ocurrió. Como el accidente.

—Entonces, ¿sabes todo? —preguntó David, luchando por controlarse.

—Sé que mi columna vertebral resultó afectada y que tal vez no vuelva a caminar.

—Hay una posibilidad de que te recuperes. No la deseches.

—No lo haré —evitó mirarlo—. Sin embargo, debo ser realista, prepararme para cualquier eventualidad.

—Dana, ¿te casarías conmigo? —demandó David de pronto.

—No.

—Te amo —confesó con tono suplicante.

—Y yo te amo —pese a sus esfuerzos, las palabras vibraron en el aire.

—Entonces no puedes rechazarme —él se inclinó y acercó la cara a la de ella.

No la besó, en vez de eso la miró a los ojos y la sinceridad que expresaron los suyos, aunada a la fuerza de sus emociones, tocó el alma de la joven. Con la mirada, él manifestó su vulnerabilidad, su súplica de amor. Su rostro fue el reflejo de marcadas contradicciones, pues sus duras y recias facciones parecieron suavizadas, en tanto que el mechón de pelo en la frente le daba cierto aire infantil.

—Te amo, Dana —insistió—. Adoro tus sonrisas, tu calidez, ternura, sinceridad y preocupación por tus semejantes. Amo tus bellos ojos, tu pelo, risa, tristeza, debilidad y fuerza, además de la feminidad que es inherente a ti. Adoro tu fidelidad y talento. Una vez dijiste que tenías la fuerza necesaria para vivir, y que si yo elegía morir, podía hacerlo. Ahora soy yo el que quiere vivir, contigo, y tú, la que desea morir.

—Estoy inválida —su voz surgió clara, pletórica de miedo, dolor y desesperanza.

—¡No digas eso! No estás inválida. Eres la persona más completa que he conocido. Quizá no camines, pero no estás inválida.

—No me casaré contigo.

—No aceptaré esa respuesta.

—¡Déjame sola!

Mientras sentía que el corazón se le partía en pedazos, lo apartó de sí empujándolo por los hombros. David aprisionó sus manos y la

hizo bajarlas, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hasta el hombro femenino y ocultaba la cara en la cabellera. No trató de reñir con Dana. Al quedarse callada, ésta había percibido tal corriente de amor, anhelo y esperanza de David hacia ella, que se sentía aturdida. Nunca había conocido a una persona como él. David era fuerte, de sentimientos intensos y podía colmar sus anhelos cada vez que se encontraban.

Dana giró entonces el rostro, para apoyarlo contra el de él, y en medio de un gran sollozo, musitó:

—No soy lo suficiente fuerte para manejar esto.

—¡Calla! Eres la mujer más fuerte que conozco —le dio múltiples besos en la cara.

—¡No lo soy! ¡No lo soy!

—Yo seré tu fuerza.

—Estoy muy asustada. Nunca había sentido tanto pánico —murmuró en un gemido, antes de besarlo en los pómulos, la barbilla, la punta de la nariz, en fin, en cada punto que alcanzaron sus labios—. Me encuentro tan amedrentada que el estómago se me revuelve. No puedo…

—Oh, Dana, no —la miró a los ojos y sonrió—. Eres muy preciada para mí. Nunca había estado tan aterrorizado como cuando te vi volar por el aire como una muñeca rota, y sentí tu dolor, tu incredulidad ante lo que ocurría. Cuando estuviste a punto de morir, pensé que ya no admiraría tu delgada y etérea figura, corriendo libre hacia una maravillosa luz, y los pies se me clavaron de tal modo en el suelo, que no pude ir en pos de ti. Mientras estabas en la cama de este hospital, parecías muy pequeña, demacrada y quieta. Los médicos ya me habían advertido que tal vez no volvieras a caminar, y lo que hice fue egoísta. No te hice a un lado por ti, sino por mí mismo. Y lo que demando ahora es totalmente egoísta, no pido más que lo que quiero y necesito, como no he querido y necesitado en la vida. Amo todo de ti, y suplicaré si es preciso. No me dejes; rechazas cualquier cosa que salga de mí, pero yo ahora te pido algo. Por favor no me abandones.

No hubo forma de que levantara su barrera protectora. David era decidido y profundo. Nunca lograría expulsarlo de su corazón ni de su vida. Dana bajó los brazos y él se inclinó para besarla mientras sus ojos se cerraban en estremecedor alivio; Dana cedió sus lágrimas, dudas y labios.

David los tomó, al tiempo que le aseguraba un manantial de

fortaleza y amor. Ella se recostó en ese apasionado hombre al que amaba a pesar de todo.

Capítulo 11

Se hallaba sentada bajo la sombra del árbol. Un libro descansaba en el verde césped. Dana se había puesto un suéter sobre los hombros, pues los días eran frescos. La brisa era ligera y la luz del sol hacía brillar las hojas. La felicidad había llegado para quedarse. Dana sintió que su mundo estaba plagado de todas las bondades y bellezas de la vida.

Más allá de esa belleza circundante, en su antigua y espaciosa casa, el golpeteo de una máquina de escribir cesó y pasados unos segundos, una alta figura apareció en la puerta. El hombre la buscó con la vista hasta encontrarla bajo el árbol. Él sonrió, mostrando su blanca dentadura, y empezó a caminar hasta sentarse en el césped, junto a ella.

—¿Cómo va la historia? —preguntó Dana, mientras le apartaba un mechón de la frente.

—Creo que la terminaré en unas cinco semanas —respondió con una sonrisa franca—. Me adelantaré a la fecha límite.

—¡Bien! Entonces tomaremos las vacaciones que me has prometido desde el año pasado.

—Mmmm —se acercó para besarla—. Nos tenderemos bajo los rayos del sol y haremos el amor en la playa…

Con los ojos entornados, Dana murmuró:

—Maravilloso, amor… ¿Quién pensaría que nuestra telepatía puede hacerlo tan delicioso?

David sonrió y la besó de nuevo.

—Estaré pensando en la continuación del libro…

—¡Te golpearé si lo haces! —exclamó, indignada.

Sonriendo, David tomo el libro que descansaba en el césped, a un lado de Dana, lo abrió y enarcó una ceja.

—Has estado una hora aquí con este libro abierto —le reprochó —. Te vi cuando bajé por café, y no has cambiado la página aún. Es la misma de anoche. ¿Qué has hecho entonces?

Dana miró a lo lejos, hacia la casa, consciente de la ansiedad de David.

—He recordado el pasado —respondió por fin.

—¿Las buenas cosas?

—¡Oh, sí! —la respuesta fue inmediata y rotunda. Al notar él

alivio de él, la envolvió un aura de dulzura. Como aún parecía inseguro, la joven agregó—: He pensado en todo lo que me has dado. Me has hecho muy feliz. Llevamos una buena vida aquí, David, mas cuando miro hacia atrás me invade un sentimiento extraño al pensar en la forma en que nos conocimos y en todo lo que pasamos. Aunque Peter lo llama "mutua necesidad", y yo sé cómo me has ayudado, no entiendo qué he hecho yo por ti. Si yo no hubiera experimentado esas visiones del pasado, tú tarde o temprano habrías recibido ayuda.

—¿De verdad lo crees así? —inquirió, extrañado. Dana dudó mientras observaba que él contemplaba un pajarillo que gorjeaba en el árbol—. ¿No habría caído en ese camino sin retorno al cual me dirigía? Según recuerdo, con mi rigidez me estaba destrozando. No, mi amor, él don esencial que he recibido de ti… cada noche con tu dulzura, calidez y creciente amor, y cada día con tu tranquilidad… el único alimento vital que me brindas, siempre renovado, es… —volvió la cabeza para mirarla a los ojos—, la redención.

Se miraron uno al otro largo tiempo, en lo que constituyó un pacto de entrega mutua, una entrega que colmaba sus vidas. El viento hizo caer algunas hojas. David sonrió a Dana, y con un gesto le comunicó su eterno amor, afecto y deseo.

—Vamos, cariño —musitó él—. Es hora de entrar.

Después de incorporarse, levantó en brazos el delicado cuerpo femenino, lo depositó en la silla de ruedas colocada cerca de ellos y empezó a empujarla en dirección de su hogar.

Fin